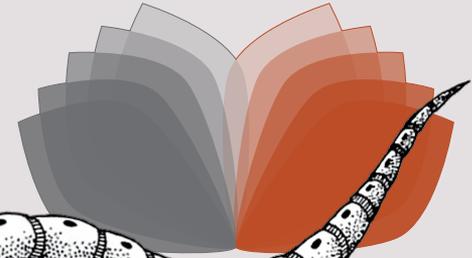




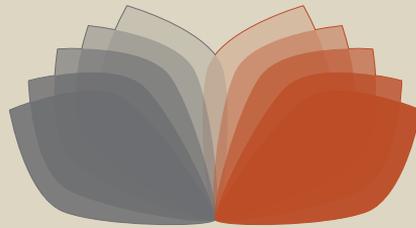
# antesis

paisaje y cultura



relicto

Nº 5 - año 5  
septiembre 2021  
ISSN 2718-8450



**Director editorial:** Hernán Lugea

**Realización:** Ana Aymá, Hernán Lugea, Véronique Celton, Ignacio Fleurquin

**Edición, diseño y armado:** Véronique Celton

**Colaboran en este número:**

Alejandro Powter, Fernando Schapochnik, David McMillan, Ana Paula Forte, María Jimena Cruz, Juan Rafael Martínez-Galarza, Cecilia Garraffo, María Cecilia Aguirre, Gastón E. Giribet, Gustavo Ramírez, Enrique Baquero, Paola Juan Pérez, Eliana Abramoff.

**Tapa:** Ilustración de Mariela Benítez

**Gracias a:**

Juan Bernardo Ramírez, Facundo Cruz, Laboratorio de Estudios Antárticos en Ciencias Humanas (Brasil), Luis Felipe Noé, Lorena Alfonso, Natalia Revale, Matías Roth, Mariela Benítez.

**Special thanks to** Bil Zelman

**Marketing digital:** Martín Simonyan

**Redes y difusión:** Úrsula Moreyra

**Créditos fotográficos:** excepto indicaciones contrarias, las imágenes son parte del Archivo Antesis. La revista no pretende pasar por alto los derechos de autor y busca siempre pedir autorización a quienes los detentan. Pedimos disculpas por los casos en los que no los encontramos.

**Derechos de reproducción:** Los contenidos, textos e imágenes podrán ser reproducidos total o parcialmente con el consentimiento expreso de sus autores.

*Antesis* es propiedad de Hernán Lugea.  
Domicilio legal: Juan Bautista Alberdi 3078, CABA (1406).

Registro DNDA en trámite.

ISSN 2718-8450

**Contacto:** [contacto@antesis.com.ar](mailto:contacto@antesis.com.ar)



# antesis

f. (Bot.) *Fase de expansión de una flor.*  
Dícese del momento de abrirse el *capullo floral*.

Es el nombre de un tiempo. Del pasaje de un estado a otro. Casi podría funcionar como la cuarta idea de la dialéctica de F. Hegel, una última fase de esa tríada acuñada originariamente por J. Fichte, que describe la realidad como un proceso circular en tres momentos: tesis, antítesis, síntesis. Y, ahora, antesis.

Si el primer momento es la tesis, *el estar en sí*, la identidad que aparece siempre sin lograr su totalidad, la afirmación que lógicamente es incompleta; el segundo, la antítesis, es la contradicción que niega al anterior, el ser que se sale de sí, se aliena, se objetiva y se convierte en *ser para sí*. Y el tercero deviene del *ser en y para sí*, que en un acto de superación, de síntesis, logra una totalidad real. El cuarto momento podría ser, entonces, una nueva apertura que garantice este movimiento ilimitado del ser de las cosas. Pero *antesis* no pertenece a la familia de las palabras que viven en el mundo de la filosofía. La usaron los franceses, según se sabe, por primera vez, en 1801: *anthèse*. Viene del griego y reúne dos valores: el de flor y el de acción. Es, precisamente, la flor en acción o la acción de la flor. La florescencia o floración, o, podríamos inventar, la *floración*. El acto de florecer. La antesis es la apertura, en el tiempo mismo en el que sucede. Es el instante en el que se torna visible lo que no se veía, en el que se vuelve existencia lo que hasta entonces no era más que pura posibilidad. Es un intento por detener en un nombre el proceso en el que el ser flor comienza a ser flor, y esto es, también, necesariamente, cuando empieza a dejar de serlo, lanzado en su camino hacia ser fruto. Es, de algún modo, una contradicción. Pero, como dijo Hegel, "sin contradicción no hay mañana".

# contenido



- 4 Este número: Un extraño en el mosaico, Hernán Lugea
- 8 Filosofía: Ruinas. La fragilidad del tiempo, Alejandro Powter
- 21 6 m<sup>3</sup>: morfología del volquete, Fernando Schapochnik
- 24 Ventanas al pasado, Hernán Lugea
- 30 Dossier fotográfico: David McMillan, The Chernobyl Exclusion Zone

Lecturas: Ser o no ser ajolote. 40  
Una re-re-relectura de  
Julio Cortázar,  
Véronique Celton

El hielo que se va, las 46  
geoformas que nos quedan,  
Ana Paula Forte

Lugares: El Chaltén. Núcleo 64  
duro, una incursión por los  
orígenes, Ana Aymá

Buscando relictos en el fin 73  
del mundo,  
María Jimena Cruz





- 96 **Mirar el cielo viendo el origen,** Juan Rafael Martínez-Galarza, Cecilia Garraffo, María Cecilia Aguirre, Gastón E. Giribet



- 108 **Entrevista: Luis Felipe Noé, "Pensando el caos, eso que estaba desde antes",** Hernán Lugea, Ana Aymá



- 125 **Resistir la entropía,** Gustavo Ramírez



- 130 **Retazos del olvido. Fragmentación, corredores y movilidad de la fauna,** Enrique Baquero

- Recuerdos de otra era,** 142  
Paola Juan Pérez



- Epecuén arquetípico,** 157  
Eliana Abramoff



- Hashtag140 y ké + da. ¿Será el habla vestigio de sí mismo?** 166  
Véronique Celton



- Pantallas: Lo que sobrevive: esa presencia insistente en el cine de Werner Herzog,** 172  
Ana Aymá



- Información** 176

## Un extraño en el mosaico

*Hernán Lugea*

En el número anterior de *Antesis* trabajamos en torno del concepto de lo efímero y aquella búsqueda nos llevó a un terreno inestable en el que nos propusimos surfear el devenir del paisaje incierto. Entonces visitamos la reserva Guillermo Enrique Hudson y decíamos, acerca de los bordes del arroyo Las Conchitas: “[...] En este sentido, los corredores verdes, o corredores de biodiversidad, que conectan por ejemplo pequeños parches de bosque relicto, pueden ser cruciales como estrategia para mejorar la movilidad de la fauna”. Y luego nos preguntamos: ¿algún lector habrá buscado el significado de la palabra relicto?

En ese texto de *Antesis* se hace alusión al resultado del proceso antropogénico de fragmentación del paisaje, es decir, causado por la actividad humana. Debido a una multiplicidad de factores, nuestro paisaje cultural es fragmentario. Pero dentro del mosaico, parcelado y geométrico, que generamos, por algún motivo quedan reminiscencias más o menos impolutas de lo que alguna vez fue el paisaje originario. Esas parcelas salvajes, no domesticadas, que pueden no ser necesariamente un bosque, son adjetivadas y clasificadas como relictos ecológicos.

Si bien se puede hablar de parches de bosque relicto, que es la acepción ecológica del término, relicto es una palabra que suele utilizarse en otros ámbitos. En biología se refiere a especies cuya dispersión territorial se redujo considerablemente y que se encuentran acotadas a un área



específica, normalmente en peligro de extinción, usualmente endémicas. También se refiere a especies supervivientes en el tiempo de las eras geológicas, especies de una extraordinaria capacidad adaptativa, de gran amplitud ecológica, que si acaso pudiesen nos narrarían la historia humana completa.

Además, hallamos relictos geológicos. Rocas que en su génesis no lograron una metamorfosis completa y conservan en su interior fragmentos residuales de un estado “embrionario”; por ejemplo, las vetas del mármol. O bien, sedimentos que no supieron conformar una torta de milhojas en el paisaje y afloran en un entorno que les es extraño. O el caso del permafrost, que perdura pero ya no crece, debido al cambio climático, y que muchos científicos evalúan como una Caja de Pandora. Y prácticamente todos los accidentes geográficos del mundo son relictos, por cuanto se formaron a partir de procesos que se detuvieron hace mucho tiempo atrás.

No menos interesante es la idea de relictos en psicología. Translocación de fragmentos del inconsciente a la consciencia, de la realidad a los sueños, y referencias simbólicas de la infancia que conforman y deforman nuestra psique. ¿Qué implicancias tienen esos relictos psicológicos en la percepción de, por ejemplo, un paisaje urbano?



En derecho, relictos son los bienes que deja una persona al morir. Desde esta perspectiva podemos imaginar que los bienes culturales de quienes ya no están son también bienes relictos. Podemos pensar relictos culturales y culturas relictas. Podemos relacionar inmediatamente esto al concepto de patrimonio, y en clave de paisaje, la importancia del patrimonio es capital a la hora de entender la consolidación de una identidad colectiva.

¿Qué nos dice la etimología de la palabra? *Relictus* es abandono, *relictum* es residuo, *relinquere* es dejar atrás. Se puede decir que, en términos conceptuales, relictos tiene una connotación negativa. Y por lo visto en las acepciones ecológica, biológica, geológica y psicológica, existe una idea subyacente de parcela, fragmento, así como de descontextualización, singularidad y anacronismo.

Nos entregamos entonces al juego conceptual de buscar elementos relictos desde el enfoque de diversas disciplinas. ¿Es acaso la radiación cósmica de fondo un relictos astronómico que nos habla del origen del universo?, ¿son las ruinas un relictos antropológico?, ¿existen relictos urbanos?, ¿es acaso el *I Ching* un relictos de la cultura?, ¿podemos pensar en los gauchos de las pampas como un relictos social?, ¿es posible arriesgar que, en el antropoceno, el paisaje natural es efectivamente un paisaje relictos?

No nos hemos olvidado de divertirnos haciendo libre asociación de palabras por su fonética: la palabra relictos es llamativamente parecida a reliquia, y conceptualmente son algo similares ya que reliquia es un vestigio, es un resto y, en un contexto religioso, es específicamente lo que quedó de un santo. Esto último nos llevó a pensar en otra palabra que fonéticamente también suena familiar:



religión. Y entonces encontramos que una manera de entender su significado es ligando su etimología a la palabra *religare*, atar, pero otro punto de vista indica que proviene de *religiosus*, que significa escrupuloso, concienzudo. Según este último enfoque de José Ortega y Gasset, filósofo y ensayista español, lo contrario de religión es negligencia, descuido. En ese sentido, pensamos que estarían haciendo falta paisajes religiosos en este mundo fragmentado.

Relicto es sin duda una palabra para trabajar desde el espacio de *Antesis*, donde se tejen los caminos, se expanden los conceptos, se diluyen las fronteras, se desfigura lo evidente y se trabajan las polisemias.

## *Ruinas. La fragilidad del tiempo*

Alejandro Powter\*

“Aunque caiga la flor, queda la rama.  
La rama queda para hacer el nido.”  
Leopoldo Lugones

### **Todo cambia**

Lo que queda... No podemos vivir la experiencia de lo que queda sin experimentar al mismo tiempo lo que indefectiblemente se ha ido, lo que ha huido de nosotros, lo que se ha perdido, lo que ha dejado de ser. Ya sea por nuestras propias acciones, o por las fuerzas de la naturaleza, lo cierto es que hay una ley de la que no se puede escapar: “todo cambia”.  
Lo que queda es presencia, persistencia, a

veces fragilidad, a veces resistencia. Por eso es habitual que nos aferremos a ello como si en ese vínculo pudiéramos conservar el valor de lo que ya no está.

Lo que queda es evocación, es conciencia del paso del tiempo, como la vibración que subsiste en el oído luego de que la música ha dejado de sonar. Como la luz que vemos al atardecer, aun cuando el sol ya se ha ocultado a nuestros ojos. La evocación en la memoria de un sabor, de una sensación táctil o un perfume que nos hace revivir momentos pasados.

Pero lo que queda también es permanencia, es presente; presencia que remite a una ausencia. Quizá en eso radique la fascinación que la humanidad siente desde antiguo por aquello que

\* Doctor en Filosofía. Ciudad de Buenos Aires. [alejandropowter@gmail.com](mailto:alejandropowter@gmail.com)  
Créditos fotográficos: ©Alejandro Powter. Con amable autorización para este número de *Antesis*.





ha logrado superar los vaivenes y las transformaciones que afectan a todas las cosas. Quizá sea la fantasía de una perduración infinita, quizá el instintivo impulso de supervivencia, el deseo de permanecer, o la nostalgia por un estado pasado perdido siempre asociado a algo mejor que el presente, o el deseo de hacer propia la causa de aquello que corre riesgo de extinguirse para siempre, de hacer propia la lucha por la subsistencia de los más débiles, de lo más frágil.

### **La permanencia de lo que fue**

Para reflexionar sobre estos modos de permanencia relictiva propondremos un ejemplo general, para luego detenernos en un fenómeno concreto.

Tomemos por caso las ruinas. Comencemos por aproximarnos a la comprensión de la ruina como un modo de deterioro, como una pérdida; término que utilizamos para referirnos a algo

que ha perdido su esplendor o que no ha podido alcanzar su plenitud, algo que está “arruinado”. Nos enfrentamos entonces a una denominación con connotaciones generalmente negativas que remiten a una forma de privación. Sin embargo, nuestra propuesta es pensar de modo inverso, entender que en ciertos casos el hecho de no haber alcanzado el objetivo primero puede revelarnos otro aspecto de lo real que suele permanecer oculto a nuestros ojos.

No nos referimos aquí a lo que queda luego de un accidente o de una acción repentina, por ejemplo, un bombardeo o un atentado, en ese caso hablaríamos simplemente de un conjunto de escombros.<sup>1</sup> A esa destrucción le falta el lento y casi imperceptible proceso de lo orgánico sobre la materia inorgánica.

Un edificio en ruinas o las ruinas que permanecen de una cultura real o aparentemente

<sup>1</sup> Cf. A. Huyssen, “Nostalgia for Ruins”, pp. 6-20.

desaparecida nos permiten evocar la presencia de aquello que parece ausente. Tenemos así una diferencia de enfoque, una hermenéutica mutada al momento de aproximarnos a las ruinas. Dejemos a un lado ese espíritu arqueológico que intenta reconstruir un pasado para poder comprenderlo mejor a partir del hallazgo de los restos que han quedado. Por el contrario, nuestra intención es adentrarnos en la viva presencia de ese pasado-presente que obra como un puente que nos permite vivir “lo que fue” en “lo que es”.

### **Entre el abandono y la reconstrucción**

Los modos en que podemos posicionarnos ante la existencia de un conjunto de ruinas son sumamente variados. Podemos pasar a su lado ignorándolo como lo que ya no sirve, lo que ya no significa nada, lo que quedó como residuo de lo que alguna vez fue.

Podemos colaborar en su proceso de





arruinamiento, arrumbarlas en el olvido y el abandono, saquearlas, esquilmarlas y destruirlas hasta que finalmente no quede ningún resabio de su presencia.

O también podemos consagrarlas como espacio cultural de idealización de un pasado o convertirlas en documento viviente de lo que se ha perdido y se desea preservar o reivindicar. Otra actitud consiste en objetivarlas, convertirlas en objeto de estudio o de aprovechamiento práctico –como cuando se las usa de base para una nueva edificación–, turístico, cultural, etc., sea en su preservación o su reconstrucción.

De allí los cinco posicionamientos respecto de la ruina: su abandono, su destrucción activa, su preservación, su reconstrucción y su reutilización. Distintas culturas y en diferentes épocas han tomado estas decisiones de modo más o menos explícito acerca de su relación con las ruinas. La veneración, la explotación, la conservación parcial o total, la reconstrucción... Podríamos dar infinidad de ejemplos al respec-

to. Mencionemos al pasar las antiguas estupas en India, las ruinas monumentales de Palmira, de Roma, el valle de los dioses en Egipto, las Termas romanas de Bath, Chichén Itzá, Machu Picchu, las ruinas de los Quilmes o las de las Reducciones jesuíticas guaraníes; en cada uno de estos casos, mencionados al azar, encontramos diferentes criterios de intervención humana sobre las ruinas.

### **Una fusión inevitable**

Tomemos como eje de reflexión las ruinas edilicias. Al ingresar en su espacio es casi imposible sentirse indiferente: nos puede habitar la nostalgia, la tristeza, la esperanza, la sensación de atemporalidad o la de finitud, la angustia o la paz, todos sentimientos que, muchas veces, se suceden en nuestro interior durante el recorrido.

En todos los casos es evidente que lo que cambia no son las ruinas sino nosotros mismos,

nuestra apertura a ellas y el modo de dejarnos abordar por su misterio. La atmósfera, la luz, las sombras proyectadas, las piedras, el musgo... ese calma reposar que invita al recogimiento cuando podemos entrar en el silencio elocuente de una ruina. Pero también todo esto puede deformarse cuando permanecemos como meros visitantes externos, objetivantes y distanciadores.

Las actitudes subjetivas son infinitas y llevan tanta riqueza y diversidad como las diferencias interpersonales lo permiten. ¿Qué es lo que en las ruinas despierta en nosotros tantas sensaciones? Quizá sea el hecho de que las ruinas expresan el encuentro entre la obra humana y la de la naturaleza. Es decir, el ser humano intenta hacer obras que perduren y resistan a las fuerzas orgánicas de la naturaleza; sin embargo, ha tomado de ella los materiales para realizarlas. Luego, la naturaleza misma, a fin de ejecutar su propia obra, toma como material a la obra humana reabsorbiéndola



mediante la erosión y la biodegradación. De este modo, en las ruinas encontramos la fusión de lo artificial y lo natural; en ellas se manifiestan tanto las fuerzas de la técnica y la razón humanas como las fuerzas orgánicas de la naturaleza, en una armonía que reposa en sí misma, que produce nostalgia y paz y que expresa el inevitable transcurso vital del tiempo a la vez que su suspensión.

### **Intuiciones en Loreto**

Quizá lo que venimos planteando resulte un poco abstracto. Sería un buen ejercicio ejemplificarlo con un fenómeno concreto.

Tomemos el caso de las ruinas jesuítico-guaraníes en la provincia de Misiones y, dentro del conjunto, las de Loreto ya que son un caso de ruinas en preservación con un bajo grado de intervención.

Sin entrar en pormenores respecto de su edificación y de las discusiones que los

historiadores sostienen en cuanto a la intencionalidad, las ventajas y desventajas que las reducciones implicaron en su momento para la cultura guaraní, tomaremos la agrupación de piedras dispuestas de un modo determinado en interacción con la vegetación y los fenómenos climáticos que actúan desde hace siglos sobre el conjunto, dando por resultado lo que hoy hallamos en ese sitio.

Las ruinas de la reducción de Nuestra Señora de Loreto se encuentran próximas al Yabebiry, en el Departamento de Candelaria, provincia de Misiones.<sup>2</sup> Entre los años 1635 y 1686 llegó a su emplazamiento actual. Se trató de una nueva fundación ya que la primera reducción con ese nombre se hallaba en la desembocadura del Pirapó (actual sur de Brasil) y debió ser trasladada durante lo que se conoce como el éxodo del Guayrá, bajo la dirección del padre Ruiz de Montoya, huyendo

<sup>2</sup> Latitud S 27° 20' - Longitud O 55° 32'.





de los bandeirantes que buscaban esclavizar al pueblo guaraní. El tiempo en que la reducción se mantuvo activa culminó hacia fines del siglo XVIII, cuando los jesuitas debieron abandonar todos los territorios pertenecientes a la corona española y pasó a ser habitada un tiempo más por los Mercedarios. En 1984, las ruinas fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.<sup>3</sup> Luego de varias intervenciones, en los años 2012 y 2013 recibieron su última puesta en valor, pero nos centraremos en su estado en los primeros años de este siglo.

En julio de 2004 tuve la oportunidad de recorrer varias ruinas en la región, San Ignacio Miní, Santa Ana y Ntra. Sra. de Loreto, cada una con

<sup>3</sup> Fueron señaladas como Lugar histórico por decreto nacional en 1943, declaradas Monumento Histórico Provincial en 1969 y Monumento Histórico Nacional en 1983. También en 1983, la Unesco declaró Patrimonio de la Humanidad a las ruinas de San Miguel de las Misiones (Brasil) y en 1984 fueron incluidas las de San Ignacio Miní, Santa Ana, Ntra. Sra. de Loreto y Santa María la Mayor (Argentina), denominándose al conjunto como Misiones jesuíticas de los guaraníes (<https://whc.unesco.org/en/list/275>).

su propio atractivo y su historia condensada y palpable. Sin embargo, Loreto produjo un especial impacto: durante el recorrido por sus senderos en lo que fue la selva misionera, entre ejemplares de anchico, pindó y sarandí, podían verse montículos de vegetación en forma de matas oblongas. Al aproximarse se descubrían las piedras de lo que en algún momento fueron muros y que se habían convertido en sustrato y soporte de la vegetación. Una columna de piedras aún en pie servía de soporte a un higuerón que la abrazaba, siendo ambos en realidad sostén del otro. Árbol y piedras, lo animado y lo inanimado, lo orgánico y lo inorgánico, obra humana y acción de la naturaleza en una fusión equilibrada y perfecta, una armonía tan difícil de comprender pero tan simple de ser intuita, era eso, algo para intuir antes que para comprender racionalmente. Cualquier explicación solo se acercaba hasta el umbral de lo que todo el conjunto manifestaba ante nuestros ojos.

Al continuar el recorrido, se podían observar los restos de la capilla y otras instalaciones protegidas por un techo para evitar el avance de su deterioro; más allá, la plaza y el cementerio. Esa tarde, como un regalo a los visitantes, el coro de la Universidad Nacional de Misiones, acompañado por cuerdas y teclado bajo la dirección del maestro Emilio Rocholl, interpretó obras del período de las reducciones. Consciente de relatar una experiencia personal pero igualmente consciente de que lo sucedido obró en todos los presentes, puedo decir que en ese momento la música pareció lograr que las piedras cobraran vida, que naturaleza y obra humana ya no se mostraran como fuerzas bidireccionales sino como una unidad que tendía a un mismo fin en el mismo acto de reposar en sí mismas. La palabra, la música, el canto, el guaraní y el latín, lo propio y lo apropiado, todo cobró unidad, una unidad profunda pero no homogénea.



## Cosmogonía guaraní

Toda la mitología guaraní, en la diversidad de sus etnias, está basada en el significado de la palabra, la danza y el canto, que cobran un valor ritual. En palabras de Meliá, “no es de extrañar que el mito sea siempre tan actual y cambiante, tendiendo puentes entre la realidad vivida y la vida por venir. [...] Las variantes del mito son apasionantes porque son respuestas a preguntas bien hechas, perennes y siempre nuevas”.<sup>4</sup> Según algunos de sus relatos cosmogónicos, los guaraníes sostienen que Ñamandu, o nuestro padre, se crea a sí mismo iluminado por la luz de su propio corazón, “se crea a manera de un vegetal que se va desarrollando, se dilata, de un árbol que se despliega”.<sup>5</sup> De él y su hermano el sabio

4 B. Meliá, “Mitología guaraní”, p. 189.

5 R. Bareiro Sagier, “Los mitos fundadores guaraníes y su reinterpretación”, p. 7.

fueron engendrados, junto con la primera mujer, dos hijos que luego serán la luna (*Jasy*) y el sol (*Khuarahy*). A su vez, estos hermanos se casarán con las hijas de los *añay*, los otros, los extraños, a veces también los enemigos.

Hubo una destrucción de la primera tierra creada y una nueva creación, la de esta segunda tierra en la que vivimos. Desde entonces, el pueblo guaraní peregrina en busca de la tierra sin mal (*yvy marane'ÿ*) que suele estar representada como un lugar en esta tierra que habitamos; a lo largo de ese peregrinar se comulga con los espíritus protectores de cada fenómeno natural, de plantas, de animales, de ríos y barrancos. Toda acción humana está encaminada al *aguyje*, o perfección.

Como podemos ver en esta condensada selección de elementos de la religiosidad guaraní, se parte de un origen que es uno y múltiple, una creación, una unión de los opuestos, una refundación o recreación de la tierra luego de su destrucción y una certeza

en la posibilidad de alcanzar la tierra sin mal mediante la búsqueda de la perfección y en comunión con los espíritus que animan los fenómenos interiores y exteriores.

Quizá estas intuiciones verbalizadas en el relato de fe del pueblo guaraní puedan ayudarnos a echar luz sobre lo que actúa en nosotros en las ruinas. La fuerza de la naturaleza aunada con la fuerza de la artificiosa construcción humana, las energías que todo lo animan, hacen del conjunto un todo orgánico que crece en la lenta degradación transformadora y que puede suscitar en nosotros una calma admiración y la paz de sabernos parte del proceso.

### **Símbolos de unidad**

Hemos reflexionado sobre el valor de lo que queda, sobre las permanencias relictas, sobre

el pasado en el presente que se nos manifiesta en las ruinas. Pero también hemos visto cómo en las ruinas se trazan puentes, no solo en el tiempo y el espacio sino entre el adentro y el afuera, entre culturas que se encuentran, entre el abandono y la continuidad de la vida. Lo orgánico y lo inorgánico, lo artificial y lo natural, todo está ahí, cambiando imperceptiblemente *ante* nosotros y *en* nosotros cuando permanecemos receptivos en las ruinas. Permanencia y caducidad, búsqueda de un sitio donde la paz haya sido alcanzada, donde cada parte sea tomada en cuenta y resuene en la unidad del todo, quizá eso sea lo que en las ruinas nos habla sutilmente de una única verdad que perdura más allá y dentro de cada verdad histórica parcial, un destino a construir desde nuestra propia humanidad en un fin del que no podemos escapar.

## Bibliografía

- Amable, María Angélica, Dohman, Karina y Rojas, Liliana Mirta (2011). *La reducción de Nuestra Señora de Loreto*. Posadas: Montoya.
- Argullol, Rafael (1983). *La atracción del abismo*. Barcelona: Destino.
- Bareiro Saguier, Rubén (1989). "Los mitos fundadores guaraníes y su reinterpretación". En: *Discovering the Americas, Working Papers* n° 3, University of Maryland.
- Huyssen, Andreas (2006). "Nostalgia for Ruins". En: *Grey Room* 23, Primavera, pp. 6-20.
- Meliá, Bartomeu (2012). "Mitología guaraní". En: Ortiz Rescaniere, A. (ed.), *Mitologías amerindias*. Madrid: Trotta.
- Ocampo, Amanda y Bulffe, Rita (2015). "La materialidad arqueológica de la Reducción Jesuítica de Nuestra Señora de la Concepción (provincia de Misiones). Buscando el estilo barroco en la selva". En: *Urbana. Revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades*, n° 4, pp. 63-90. Disponible en: [https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/108711/CONICET\\_Digital\\_Nro.c6804b0d-1551-40ec-a05c-2fbd9728fcda\\_A.pdf.pdf?sequence=5](https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/108711/CONICET_Digital_Nro.c6804b0d-1551-40ec-a05c-2fbd9728fcda_A.pdf.pdf?sequence=5)
- Poujade, Ruth y Salvatelli, Lorena (2014). "Puesta en valor en la reducción jesuítica Nuestra señora de Loreto, Misiones, Argentina". En: *Teoría y Práctica de la Arqueología histórica en Latinoamérica*, año III, vol. 3. Universidad de Rosario, Argentina, pp. 73-84.

## *6 m<sup>3</sup>: morfología del volquete*

Con frecuencia, el equilibrio entre espacio público, infraestructura y domesticidad está subordinado a estructuras de segundo orden, generalmente inadvertidas, con dinámicas propias e imprecisas. La aparición de un volquete en la calle es un hecho incómodo e igualmente encantador. Un objeto de duración indefinida y futuro desconocido, un inquilino a veces despreciado aunque ineludible.

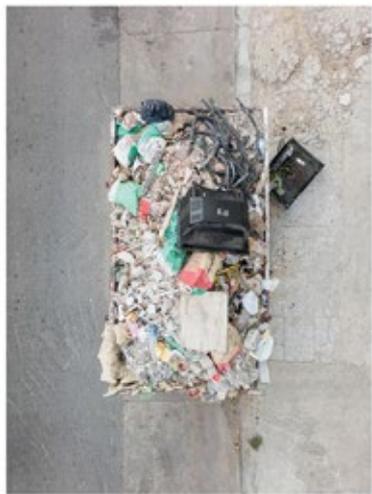
El volquete es un espacio de descarte de lo que acontece del otro lado de la línea municipal. Es bruto y puro, cristaliza voluntades y se excusa del orden mientras almacena restos de construcciones pequeñas, gigantes, reciclajes,

demoliciones. Puede ser muchas cosas a una vez: testigo de la cotidianeidad de un grupo de albañiles, depósito de ramas podadas, una colección de bolsas de contenido incierto, un receptáculo de tierra y arena fuera de escala, un contenedor de escombros, un inventario de todo lo que ayuda a construir pero también desaparece, de todo lo que cimienta la arquitectura desde la ausencia, desde lo que constituye pero no conforma.

Además, en el vértigo urbano, el volquete representa una oportunidad para liberarse de aquello que no sabemos dónde soltar. El anhelo de la domesticidad modelo tiene en

*Fernando  
Schapochnik\**

\*Ushuaia, 1986. Vive y trabaja en Buenos Aires.



el volquete su lado oscuro, la extensión para las obsolescencias. Cada interior ofrece un pequeño universo obscuro del desecho, una colección de vestigios e individualidades, de piezas huérfanas, de idiosincrasias constructivas y públicas.

6 m<sup>3</sup> se compone de una serie de ocho fotografías que retratan la franqueza morfológica del volquete e indagan los universos singulares que se constituyen en su interior a lo largo de distintos barrios de la ciudad de Buenos Aires.

Fotografía digital color.

Serie de 8 fotografías, 104 x 80 cm, 2019

Colaborador: Juan Bernardo Ramírez

Crédito fotográfico: ©Fernando Schapochnik. Con amable autorización para este número de *Antesis*.

# Ventanas al pasado

*Hernán Lugea*

“Las ventanas revelan lo que hay dentro de los edificios. Sólo que *revelan* no es la palabra correcta, pues sugiere que antes de la revelación había un secreto. Las ventanas *presentan* la vida o las vidas de sus edificios. Presentan sus interiores de una forma que muestra que nunca fueron interiores. Nada tiene interiores. Todo es exterioridad. En este sentido, la ciudad entera es como un animal sin vísceras.”

John Berger<sup>1</sup>

Se suele decir que el paisaje urbano, como cualquier otro paisaje, está modelado por una multitud de procesos que actúan en simultáneo y de manera compleja. Resulta interesante

<sup>1</sup> Berger, John (1998). *Mirar*. Buenos Aire: Ediciones De la Flor. Fotos pp. 28, 29: Hernán Lugea. Derechos reservados.

hacer el ejercicio de detenerse y mirar nuestros entornos cotidianos, intentando relacionar las singularidades y los detalles con dichos procesos. A veces se presentan evidentes, a veces no tanto.

En ese ejercicio constante de agudizar la mirada, de expandirla, de hacerla más profunda, podemos comenzar por cuestiones más o menos elementales como, por ejemplo, observar el desgaste de los escalones del subte, por donde transitan a diario miles de personas; o el ennegrecimiento de las fachadas a causa de depósito de smog. O bien el brillo lustroso de algunos pasamanos situados en el transporte público; o los chicles negros, aplastados y cuasi

petrificados en las veredas, justo en las entradas de los cines y teatros, y así seguir con una infinidad de observaciones más que podemos registrar en nuestras bitácoras de ciudadanos curiosos. Desde un enfoque oriental, según las argumentaciones de Junichiro Tanizaki, en su libro *El elogio de la sombra*,<sup>2</sup> el desgaste y el envejecimiento de las cosas tienen un valor en sí mismo, una belleza.

Sin embargo, ocurre que los procesos eventualmente se detienen y sus impactos dejan de acumularse. El concepto de relicto, en sus acepciones provenientes de la ciencia geológica, tiene que ver justamente con la idea de formaciones nacidas de procesos que se detuvieron hace muchísimo tiempo atrás, o bien de

<sup>2</sup> Tanizaki, Junichiro (2016). *El elogio de la sombra*. Madrid: Editorial Siruela. Ver: [https://www.siruela.com/catalogo.php?id\\_libro=11&completa=S](https://www.siruela.com/catalogo.php?id_libro=11&completa=S)

Foto: Calle Humberto Primo, Buenos Aires, ©Alicia Segal (1933-2020).





núcleos de una materia que no sufrió su metamorfosis en el interior de las rocas. En escalas temporales lógicas de los procesos urbanos, podemos también registrar “formaciones” urbanas, que son fruto de procesos finalizados o interrumpidos en otras épocas. Así como también encontramos “burbujas”, que se mantuvieron indiferentes a las transformaciones urbanas de la matriz que las rodean. Podemos hablar de *relictos urbanos*.

En muchos casos, esto último resulta claro si analizamos los cascos históricos de las ciudades. Particularmente en las ciudades europeas, ya que incluso la trama es notoriamente diferente, no solo las fachadas con estilos arquitectónicos de otras épocas. Cosa que no ocurre en las ciudades latinoamericanas, debido a la imposición de las Leyes de Indias, que entre otras cosas generaba una trama urbana en damero, la cual se sigue replicando indefinidamente en la mayoría de los casos.

En la actualidad, el código urbano es una herramienta de planificación que establece usos y densidades en cada zona urbana y está sujeto a modificaciones según la necesidad cambiante, y según las oportunidades de negocio inmobiliario que se van generando, a veces en forma intencionada, por la aparición de nuevas infraestructuras, por ejemplo. Un modelo de “hacer ciudad” que sigue en vigencia.

Una modificación en el código urbano puede implicar un proceso de densificación en barrios, o sectores urbanos, caracterizados por un tejido consolidado con casas bajas. De pronto se desata una proliferación de torres que en un comienzo son la excepción, pero rápidamente se vuelven dominantes, cual hongos después de una lluvia de verano. La metamorfosis ocasiona un *boom* inmobiliario que luego, paulatinamente, se desacelera, y quedan diseminadas entre el bosque edilicio, como auténticos tesoros, algunas viejas casas protegidas quizás



por pertenecer a un catálogo de patrimonio arquitectónico. Ellas remiten a una identidad perdida, no digamos “robada”, sino, más tristemente, vendida.

A escala de parcela urbana podemos decir que esas casas son relictos arquitectónico-urbanísticos. Ahora bien, ¿puede suceder que a escala barrial queden pequeñas áreas de baja densidad incluidas en una matriz de alta densidad, exentas de toda transformación? O bien, ¿pueden ser los espacios verdes residuales de procesos de urbanización considerados como relictos urbanos? Esto último nos lleva a pensar en los terrenos baldíos y en los edificios que nunca se terminaron de construir, temas que se pueden desarrollar ampliamente en cuanto a la posibilidad de usos y servicios.

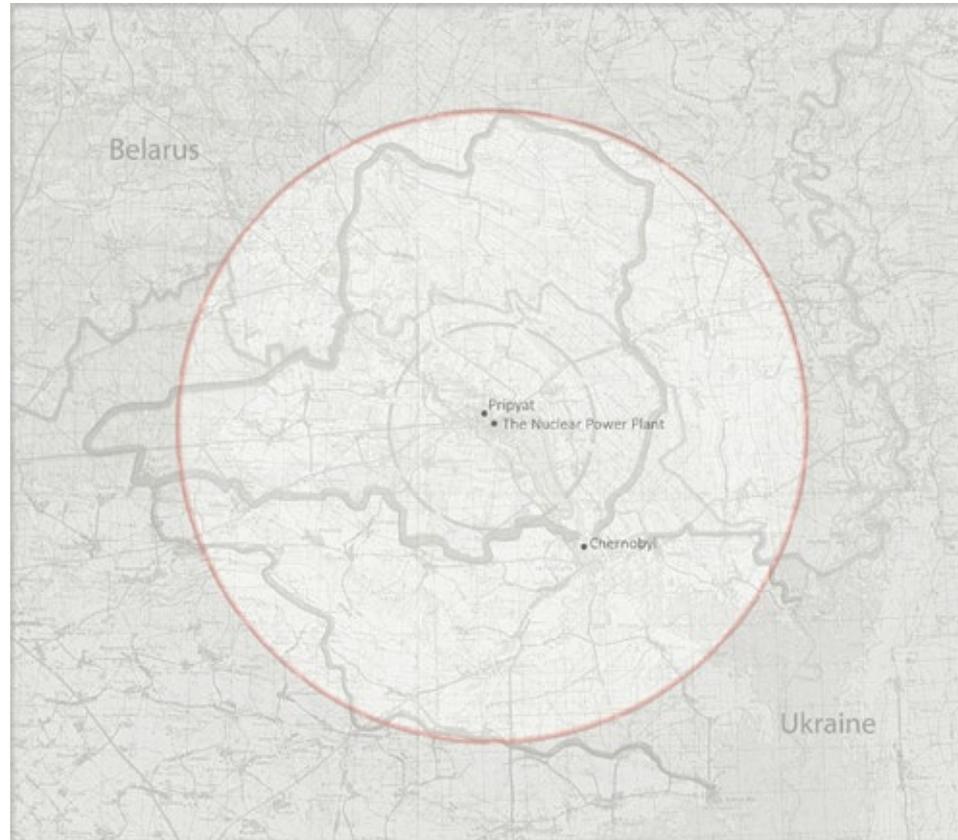
Otra mirada plausible acerca de lo que en *Antesis* consideramos relictos urbanos devela aquellos elementos, infraestructuras o equipa-

mientos que en otras épocas se encontraban ampliamente distribuidos en el territorio y que en la actualidad se vieron reducidos casi hasta la desaparición. No se trata solamente de elementos obsoletos, sino también de aquellos que aún siguen cumpliendo una función en el sistema urbano. Se podría conformar un catálogo al respecto, propio de cada urbe.

En la ciudad de Buenos Aires encontramos innumerable cantidad de elementos que se acomodan a esa lógica: puertas giratorias, teléfonos públicos, glorietas y calesitas de plazas, videoclubs barriales, locutorios, canchas de paddle, antenas de televisión en las terrazas hogareñas, buzones de correo público, calles adoquinadas, aljibes, el tranvía del barrio Caballito, luminarias y señaléticas de hierro fundido, y marquesinas con fileteado porteño, entre otros. Muchos de ellos, al igual que los relictos biológicos, se encuentran en vías de extinción.

Son como ventanas al pasado, pero diferentes a mirar un registro fotográfico o fílmico, es más bien vivenciar el paisaje urbano como un todo en el cual ciertos elementos nos permiten traer el pasado al presente o llevar el presente al pasado.





## *David McMillan\** *The Chernobyl Exclusion Zone*

Shortly after the 1986 accident at the Chernobyl Nuclear Power Plant, 135,000 people were evacuated from an area extending 30 kilometers around the damaged reactor. I first photographed there in 1994 and even though the so-called exclusion zone was closely guarded, I was permitted to travel and photograph freely. I soon realized the subject was large and complex, causing me to return frequently.

The city of Pripyat, where most of these photographs were made, was home to the employees of the nuclear power plant and their families. Known as the Atomic City, Pripyat was considered one of the finest places to live in the former Soviet Union. The first apartments were built in the mid-seventies, when the power plant

was still under construction. There were all the amenities of a modern Soviet city, with many schools, stores, hospitals, and recreational and cultural facilities. At the time of the accident, it was home to 45,000 people but it will never be lived in again.

I had never intended to re-photograph these places over time. In some cases, the changes had transformed a location so substantially I didn't recognize it as a place I had previously photographed. The buildings are crumbling and the vegetation is proliferating. At a certain point, the distinction between indoors and outdoors will be obliterated, returning the city known as Pripyat to a natural landscape with only vestiges of the lives it had once housed.

\*Fotógrafo, Winnipeg, Canadá. All rights reserved. With kind permission. / Derechos reservados. Con amable autorización para este número de *Antesis*.

## *Zona de Exclusión de Chernóbil*

Poco después del accidente de 1986 en la planta de energía nuclear de Chernóbil, 135.000 personas fueron evacuadas de un área que se extiende 30 kilómetros alrededor del reactor dañado. Fotografié allí por primera vez en 1994 y, aunque la llamada zona de exclusión estaba muy vigilada, se me permitió viajar y fotografiar libremente. Pronto me di cuenta de que el tema era extenso y complejo, haciendo que retornara allá con frecuencia.

La ciudad de Pripyat, donde se tomaron la mayoría de estas fotografías, fue el hogar de los empleados de la planta de energía nuclear y sus familias. Conocida como la Ciudad Atómica, Pripyat fue considerada como uno de los mejores lugares para vivir en la ex Unión Soviética. Los primeros apartamentos se construyeron a mediados de los años setenta, cuando la central eléctrica aún estaba en

construcción. Tenía todas las comodidades de una ciudad soviética moderna, con muchas escuelas, tiendas, hospitales e instalaciones recreativas y culturales. Albergaba a 45.000 personas cuando ocurrió el accidente, pero nunca más será habitada.

Nunca tuve la intención de volver a fotografiar estos lugares a lo largo del tiempo. En algunos casos, los cambios habían transformado el sitio de manera tan sustancial que no lo reconocí como el que había fotografiado con anterioridad. Los edificios están derrumbándose y la vegetación ha proliferado, también en ellos. En algún momento, se borrará la distinción entre interiores y exteriores, convirtiéndose nuevamente la ciudad conocida como Pripyat en un paisaje natural, solo salpicado de vestigios de las vidas que alguna vez albergó.



Nuclear Power Plant (NPP), en 1998 arriba; en 2004 abajo.



NPP 2013



Bookstore 2011

Bookstore 2017





Hotel 1996

Hotel 2004





Pool 1996



Pool 2003



Slide and Trees 1995



Slide and Trees 2006



Pripyat Rooftop 1994



Pripyat Rooftop 2011

## Ser o no ser ajolote

### Una re-re-relectura de Julio Cortázar

Véronique Celton

“—¿Y si toda mi vida ha sido un sueño?  
—Sí... pero, ¿el sueño de quién?”<sup>1</sup>

“[...] Detrás de una cosa siempre hay otra cosa que  
tiene detrás otra cosa que...  
[...] ¿O por fin llegaré a la energía primaria  
que me engendró?”  
Clarice Lispector<sup>2</sup>

Ocurre de una manera tan sencilla, tan rotunda, que resulta espeluznante. Sí, horripilante, porque, en definitiva, no hay siquiera sorpresa.

Aquello debía ocurrir. [¿Existe la fatalidad, o es otra cosa?]

Así pues, de tener la cara pegada al cristal del acuario, mirando desde afuera, él la tiene ahora adherida al lado de adentro, y se ve a sí mismo como hombre observándose como axolotl. O quizá sea al revés. Pero sin transición. Este es el resultado de meses de visitas asiduas y exclusivas al acuario de los axolotls del Jardín des Plantes, en París, donde al protagonista le nace una obsesión casi desesperada por comprender y conocer cuál es la esencia vital

1 Diálogo entre Molly y Gus en *Fargo*, la serie (temporada 1, episodio 10 “La encrucijada de Morton”).

2 Clarice Lispector, citada en Ariana Sáenz Espinoza, “La escritora mineral”, *Página 12*, 04/12/2020. Homenaje a Clarice Lispector, a 100 años de su nacimiento (1920-1977). Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/309303-la-escritora-mineral>.

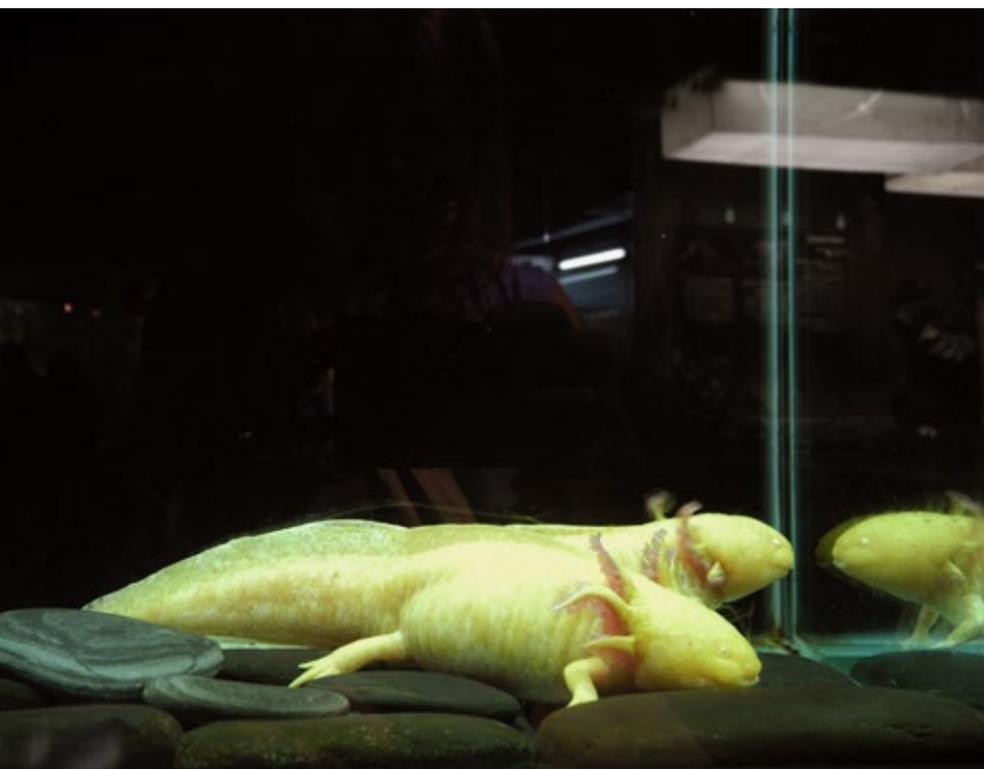
Créditos fotográficos: ©Ana Aymá. Derechos reservados.

de estos exóticos anfibios detenidos en una quietud enigmática y turbadora, apenas removida cada tanto por un suave meneo de sus insólitas branquias. Su fascinación pronto busca justificaciones, o excusas, en el rastreo de huellas y rasgos humanos –“Empecé viendo en los axolotls una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad”–; en la insondable profundidad de sus ojos auríferos despojados de vida; en el doloroso mensaje relativo a una grandeza pretérita que emana de la ineludible existencia insistente de sus cuerpos delicados:

“Españaban algo, un remoto señorío anquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotls. No era posible que una expresión tan terrible, que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían”.

Él –el hombre– acepta la subordinación progresiva a la que lo somete esta minuciosa observación recíproca cotidiana. De alguna manera, es sincero, porque “tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas”. Por eso no lo sorprende el desenlace pues es consciente de lo que se insinúa en las entrañas de este silencio y de esta inmovilidad: “Usted se los come con los ojos”, le dice el guardián. Pero él bien sabe, ya que “eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos en un canibalismo de oro”. Y por eso también se entrega al vértigo del abismo.

En la mitología mexicana, el axolotl representa la negación al sacrificio: se cuenta que el dios azteca Xolotl tomó la forma de ese animal para esconderse en las aguas de un río, huyendo del sacrificio que iba a conformar el Quinto Sol y originar a la humanidad. También, contemplando su aparente comunicabilidad,



se lo asocia a la soledad, a la indiferencia y al individualismo.

El cuento “Axolotl”,<sup>3</sup> de Julio Cortázar, forma parte de la tercera sección de relatos de *Final del juego*, publicado en 1956. Ha sido objeto de numerosas lecturas e interpretaciones –culturales, sociales, psicoanalíticas, entre otras–, todas muy valiosas. En el contexto de la temática de esta nueva entrega de *Antesis*, nos gustó la idea de volver a “sentir” este precioso e inquietante relato, de palparlo una vez más, para detectar si aún era posible intuir en él algún latido nuevo que lo hiciera inagotable. Es tan rico lo que anida en estos pocos párrafos, en estas oraciones sencillas y contundentes que, sin embargo, no le temen a la belleza sombría: “sus ojos, [...] carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada, que

3 Disponible en: [https://www.ingenieria.unam.mx/dcsyhfi/material\\_didactico/Literatura\\_Hispanoamericana\\_Contemporanea/Autores\\_C/CORTAZAR/AxO.pdf](https://www.ingenieria.unam.mx/dcsyhfi/material_didactico/Literatura_Hispanoamericana_Contemporanea/Autores_C/CORTAZAR/AxO.pdf).

parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior”.

Aquí no hay tragedia. Tampoco drama. No se trata de una metamorfosis, nada parecido a la fatal desgracia que aqueja al kafkiano Gregorio Samsa.<sup>4</sup> Se trata más bien de una transmigración de la conciencia al cuerpo del axolotl, pues el propio cuerpo del protagonista queda afuera y sigue mirando. Y luego sigue su vida, probablemente habitado por la conciencia del axolotl. Bien podríamos preguntarnos: ¿qué sucede luego con la vida de aquel cuerpo humano regida por la conciencia del axolotl?

Este acontecimiento surge de la incomunicabilidad de lo que es esencial, eso que los une y de lo que los anfibios son testigos, que ellos pueden representar mas no comunicar; por eso es necesaria esa transmigración. Y como los axo-

4 El relato *La metamorfosis*, de Franz Kafka, cuenta la historia de Gregorio Samsa, quien se transforma realmente en un gigantesco y repugnante insecto, y muere rechazado por su familia.

lotls captan sus esfuerzos genuinos por “acceder” a ellos, por “comprender”, la permiten. Entonces, el carácter horrífico de la situación resulta acotado y también pasajero:

“El horror venía –lo supe en el mismo momento– de creerme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente”.

Por lo que, a nuestro entender, hay algo más. Pues, ¿quién/cuál devora al otro con sus ojos y lo subyuga durante todo este tiempo de observación? ¿Quién/cuál es el otro, una vez consumido el proceso? Esta fusión tiene aspectos

trascendentes que por eso no son meramente culturales –qué/quién/cómo es el otro– o sociológicos –la imposibilidad de comunicar–, por ejemplo. ¿Cuál es la frontera entre el otro y uno mismo, más allá del cristal de un acuario? ¿Qué clase de fuerza es capaz de abolir esta frontera?

Así como “él” busca rastros tranquilizadores (¡o inquietantes!) de humanidad en el axolotl –“lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas”–, también anhela identificarse con las cualidades atávicas del animal, que justamente en este caso es una especie relictas: “desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos”. El rechazo de los seres humanos a su animalidad bien podría atender

una suerte de temor a su propia fascinación por el atavismo biológico del que surgieron, entre otros tipos de recurrencias ancestrales y anacrónicas que suelen movilizarlos. Si todo lo que existe es el todo, no hay forma de evitarlo: todo lo que existe es algo remanente, es memoria.

Entonces, en búsqueda de un sentido que nos aliente a seguir adelante, necesitamos y anhelamos identificarnos, fundirnos en el otro, en lo otro, en el todo que es uno (su memoria inefable), en cualquier cosa susceptible de echar raíces –especialmente en estos tiempos trastornados y aunque nos asuste mucho–. Este modo de comerse recíprocamente con los ojos hasta fundirse, apostamos a que se trata de un canibalismo místico. O quizá de un misticismo caníbal.

La formidable mujer y escritora que era Clarice Lispector lo entendió perfectamente:

“Solo los que le temen a su propia animalidad no quieren a los animales. Es mágica la manera en que mi perro y yo nos entendemos sin palabras: nuestros ojos se cruzan y ocurre un entendimiento que es incomprendible para mi conciencia y la suya; hay un entendimiento que es nuestro, pero que nos sobrepasa y que no comprendemos. Pero existe. Me cansé de tanto no creer nunca, y de no creer y no creer. Al final cedí. Creo. Si no, ¿qué remedio para ayudar a vivir?”.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> En Ariana Sáenz Espinoza, “La escritora mineral”, *op. cit.* Recordemos también que *La pasión según G. H.*, una novela de la misma Lispector, relata la experiencia mística que vive una mujer a raíz de la irrupción de una cucaracha (¿otra especie relictica?) en medio de una tediosa tarde.



# *El hielo que se va, las geoformas que nos quedan*

*Ana Paula Forte\**

¿Cuánto hielo albergan las geoformas de la criósfera? ¿Qué pasaría si todo este hielo se fundiese? ¿Cómo serían los ríos? ¿Desaparecerían algunos de ellos? ¿Qué nueva composición química tendrían los océanos? ¿Cuánto ascendería el nivel medio del mar? ¿Qué materiales entrampados en los suelos congelados se liberarían? ¿Impactarían en el clima terrestre? ¿Cómo? ¿Existen otras formas de vida en el hielo? ¿Podrían ser liberadas? ¿Cómo afectaría al paisaje? ¿Se desestabilizarían las laderas? ¿Qué especies permanecerían en una Tierra sin hielo? ¿Surgirían nuevas formas de

vida? Por último, si el hielo se va... ¿qué queda? Estos son algunos de los interrogantes que preocupan y ocupan a miles de personas en todo el mundo. Para tratar de indagar algunos de ellos, primero hablaremos de la criósfera y las formas del hielo. Después contextualizaremos la ubicación temporal de la existencia humana dentro de la historia geológica y climática de la Tierra. Luego viajaremos a la cordillera de los Andes para acercarnos al hielo y conocer su situación. Por último, reflexionaremos acerca de la importancia de preservar la criósfera y sus reservas de agua dulce.

\* Licenciada y Doctora en Ciencias Geológicas, recibida en la Universidad Nacional de San Juan (UNSJ), Argentina. Profesora adjunta en la Universidad Nacional de Cuyo. Becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Grupo de Geología de Cuaternario del Centro de Investigaciones de la Geosfera y la Biosfera (CIGEOBIO) en el Centro de Ciencia y Tecnología (CCT) de San Juan, Argentina.  
Créditos fotográficos: ©Ana Paula Forte. Con amable autorización para este número de *Antesis*.

### ¿Qué es la criósfera? ¿Cómo es en regiones de montaña?

La criósfera es una porción de la corteza terrestre donde predominan las bajas temperaturas y se desarrollan geoformas y procesos de los ambientes glaciar y periglacial, que conservan importantes volúmenes de agua dulce en estado sólido.

En áreas de montaña, se distribuye de manera irregular y discontinua, tanto en superficie como en profundidad. Suele contornear picos elevados y en el caso de las regiones subtropicales, como sucede en gran parte de la Argentina, prefiere desarrollarse en las caras sur antes que en las caras norte de las montañas. Esta situación se debe a que la radiación solar incide desde el norte, durante todo el año.

El ambiente glaciar es toda zona donde circundan, se desarrollan y conservan glaciares, glaciares cubiertos, morrenas con núcleos de



Glaciares y neveros en los Andes áridos centrales de Argentina.



Morrena con núcleo de hielo en los Andes áridos centrales de Argentina.

hielo y neveros o manchones de nieve. Los cuerpos de hielo cubiertos se encuentran protegidos de la radiación solar por rocas, sedimentos y detritos. Es por ello que, ante un aumento de temperatura o una disminución en las tasas de precipitación, la pérdida de hielo se produce con retardo respecto de los cuerpos de hielo descubiertos. También es normal encontrar geoformas de acumulación glacial conocidas como morrenas, formadas por detritos y rocas que fueron transportadas por glaciares y depositadas en sus inmediaciones. Los avances y retrocesos del frente de los glaciares pueden dejar también hielo remanente entrampado bajo estos depósitos. El ambiente periglacial es toda región fría no glaciaria donde ocurren periódicamente procesos de congelamiento y descongelamiento que afectan las rocas y los suelos. El hielo suele encontrarse en los espacios porales entre los detritos y las rocas, aunque ocasionalmente pueden encontrarse sectores con hielo masivo.

Los cambios de temperatura que dan lugar a estos ciclos originan diferentes procesos geomorfológicos tales como solifluxión, crioclastía, crioturación y selección que van desarrollando distintas geoformas periglaciales, las cuales pueden tener escalas microscópicas o alcanzar varios kilómetros. Al igual que los cuerpos de hielo cubiertos, las geoformas del ambiente periglacial muestran cierto retardo de reacción a los cambios ambientales en comparación con las espontáneas respuestas de los cuerpos de hielo descubiertos. Sin embargo, también son sensibles a cambios ambientales.

A veces se suele hablar de permafrost como sinónimo de ambiente periglacial. No obstante, no son lo mismo. El permafrost hace referencia a todo suelo, toda materia orgánica o roca con o sin contenido de hielo, que permanece a temperatura igual o inferior a 0 °C durante al menos dos años consecutivos. Por lo cual es un concepto térmico. Cuando el permafrost posee sobre-saturación en hielo



Protolobes, protalus ramparts y glaciares de escombros en un típico ambiente periglacial.

intersticial o presenta capas de hielo masivo se lo denomina permafrost húmedo, mientras que el permafrost seco remite a la ausencia del mismo. Otra de las componentes importantes de estas regiones son los suelos congelados que ocupan una extensión mayor que cualquier otra componente de la criósfera. Estos suelos tienen sus espacios porales saturados con hielo que

puede o no ser perenne. Algunas geoformas características del ambiente periglacial con importantes contenidos de hielo son los glaciares de escombros, los protalus ramparts, los protolobes, las superficies con solifluxión y otras geoformas menores como anillos de piedra, cuñas de hielo, cinturones de grava y suelos ordenados.

Cada componente de la criósfera tiene un vínculo relevante con los sistemas geológicos, hidrológicos y climáticos de la Tierra. Esta sensibilidad la diferencia de otros ambientes geomorfológicos cuyos procesos transcurren en otras magnitudes de tiempo indetectables para el ojo humano, permitiéndonos vislumbrar la dinámica y los cambios que ocurren en el comportamiento de estas geoformas ante cualquier perturbación ambiental.

**La pregunta no es ¿dónde?: lo que importa es ¿cuándo estamos?**

La Tierra durante sus (hasta ahora conocidos) 4.567 millones de años atravesó diferentes etapas y situaciones. Para ordenar esta larga historia, se clasificó el tiempo de acuerdo con las características y la disponibilidad de rocas y otras fuentes de datos, en cuatro eones principales: Hadeano, Arcaico, Proterozoico y el último, caracterizado por la existencia de vida

multicelular y compleja, el Fanerozoico. A su vez, estos eones se dividen en eras. En el caso del Fanerozoico, se divide en tres: Paleozoico (era de artrópodos), Mesozoico (era de reptiles: dinosaurios especialmente) y Cenozoico (era de mamíferos). Pero no solo las formas de vida han ido evolucionando y transformándose en la Tierra. Las formas de los océanos, los continentes, el clima y todos los procesos geomorfológicos también lo hicieron en el tiempo.

Actualmente nos encontramos en la era Cenozoica, en el período Cuaternario y en la época geológica Holocena. Esta época inició hace unos 11.700 años y está caracterizada por el amplio desarrollo de la humanidad y por un clima cálido posterior a las glaciaciones que predominaron en la precedente época Pleistocena. Durante los últimos 150 años se ha registrado un incremento en las tasas naturales de aumento de temperatura en diferentes sitios del planeta. El origen de este cambio climático se continúa debatiendo.

Sectores conservadores se rehúsan a pensar que una sola especie podría haber afectado un sistema global tan poderoso e inmenso como el sistema climático de la Tierra. Sin embargo, cada vez hay más consecuencias, y más trabajos científicos que dan prueba de los impactos ambientales humanos, por lo que se propone reemplazar el término Holoceno por Antropoceno, o bien dar lugar a una nueva época geológica. Los pronósticos para las próximas décadas en general coinciden en que continuará aumentando la temperatura, por ello hablar de criósfera y su conservación es fundamental, por lo menos para quienes decidimos ocuparnos de no extinguirnos tan prontamente.

Ahora, sabiendo ya que hubo un pasado reciente muy frío durante el cual inmensos glaciares cubrieron nuestro planeta y que estamos actualmente en un periodo de aumento de temperaturas, viajaremos a la cordillera de los Andes para encontrarnos con

esos vestigios, algunos muy antiguos, otros no tanto. Para esta segunda parte de nuestra aventura precisaremos de muchas pilas y corazón para caminar, trepar y aprender de las montañas andinas.

### **Ahora sí... A la montaña**

Mochila, bolsa de dormir, carpa, cocinita portátil, bastones, entusiasmo y un lindo grupo de trabajo. No puede faltar nada indispensable en esa “mochi”, un pequeño despiste puede significar mucho en una noche de altura. Empezamos nuestra caminata de subida con bastante carga, la suficiente para sobrevivir una semana en los Andes. Internamente sabemos que estudiar la criósfera es un aporte fundamental en estos tiempos y que el agua es esencial para preservar la existencia y armonía de la amplia variedad de seres vivos que habitan el planeta en estos momentos. Pero a la vez, todo se vuelve muy desafiante. Como es de esperar,



Ascenso por los valles de los Andes áridos centrales de Argentina.

el hielo solo existe en regiones muy frías y en estas latitudes tenemos una componente importante que agregar al viaje: la altura.

La pendiente se incrementa, se acaban las palabras y las distracciones con rocas, minerales, flora y fauna de la región. Nos concentramos en coordinar nuestra energía y la respiración. Esta primera colina es una antigua morrena terminal, es decir que es un gran depósito arrojado por aquellos inmensos glaciares que cubrieron los valles andinos en el Pleistoceno. Estos depósitos morrénicos y un sistema de deslizamientos que se les superpone han embalsado el arroyo y formado una hermosa laguna, o dique natural. Al llegar a la parte más alta de la colina se puede vislumbrar la laguna, los inmensos valles y la lejanía entre ese antiguo frente glaciar y la posición actual de los mismos. Nos regalamos un momento para pensar acerca de la magnitud de agua que fue liberada durante las desglaciaciones a lo ancho de todo el mundo. A partir de ahora, el valle labrado por

glaciares se ensancha, la pendiente disminuye y nuestra caminata continúa tranquila por ventosos caminos sin sombras.

Los cambios en la composición y las características atmosféricas van incrementándose con la altura y comienzan a impactar en nuestros cuerpos. Es común experimentar una fuerte sensación de que no nacimos para vivir sin una cierta disponibilidad de oxígeno y presión atmosférica. A esa sensación la llaman *puna*. Para no *apunarnos*, ¡sí que hay muchas recetas! Una de ellas es beber mucha mucha mucha agua, caminar lento, ser respetuoso del entorno y, sobre todo, aprender a escuchar nuestras necesidades y nuestros tiempos. En lo posible, se recomienda hacer un ascenso lento con pernoctes a diferentes cotas para que poco a poco el cuerpo vaya adaptándose a las nuevas condiciones. La primera noche acampamos a 3.600 metros, bajo un cielo alucinantemente estrellado.

Volvemos a caminar, la intensidad del viento helado se neutraliza con la potencia del sol.



Morrena terminal como testigo del alcance de las glaciaciones. La fotografía muestra también la laguna Blanca (dique natural andino a 3.100 msnm) y el cerro Mercedario de fondo. Andes centrales de Argentina.



Mañanas en las vegas de Guanaquitos,  
Andes centrales de Argentina.

Mientras bordeamos arroyos, pensamos: ¿cómo estará la criósfera? ¿Está perdiendo hielo o solo aporta agua estacional? ¿Qué fuentes nutren a estos arroyos? ¿Cómo son los caminos del agua? Vemos que a veces escurre en superficie y por ratos desaparece, subterránea. Los humedales andinos, localmente conocidos como *vegas*, nos ayudan a visualizar sus manifestaciones.

A medida que ascendemos aparecen las primeras geoformas periglaciales. Muchas de ellas demuestran contenido de hielo y condiciones óptimas para el desarrollo de permafrost actual, mientras que otras, sobre todo las que están a menores cotas, se encuentran en actual degradación, como los glaciares de escombros pseudo-fósiles, también conocidos como glaciares de escombros relictos o fósiles. Son aquellos que conservan la forma de glaciar de escombros, pero han perdido el hielo en su totalidad. Recientemente se propuso el término pseudo-fósil, ya que en algunas oportunidades

han demostrado conservar núcleos de hielo. Estas geoformas indican condiciones ambientales actuales desfavorables para el desarrollo del permafrost, pero brindan mucha información acerca de la historia reciente del clima.

Los sistemas geomorfológicos actuales están condicionados por las geoformas y los procesos ocurridos en el pasado (relieves heredados). Cuando se producen importantes cambios ambientales que repercuten significativamente en los sistemas geomorfológicos, se dice que la región entra en un estado de *Rexistasia*. Mientras que un sistema geomorfológico en equilibrio con el clima y la biota, se considera que se encuentra en un estado *Bioestático*. La pregunta es: ¿en qué estado se encuentra la cordillera en este momento? Esa noche dormimos a 4.000 msnm. El día siguiente no será de ascenso, caminaremos en el ambiente periglacial, mientras nos ocupemos de aclimatar nuestros cuerpos.

Seguimos ascendiendo y entramos en una



Ascenso en el ambiente periglacial. La imagen muestra mayor desarrollo de la criósfera en laderas sur respecto de las laderas norte (tonalidad rosa), debido a la situación subtropical de la región.

Vista frontal de protilus ramparts, morrenas con solifluxión y un glaciar de escombros que desciende desde un antiguo valle colgado hacia el valle glaciar principal.





Manantial que da origen al arroyo Turquesa en zona periglacial, proveniente de flujos subterráneos que drenan entre detritos con alto contenido de sulfuros metálicos. El arroyo tiene drenaje ácido natural y su coloración se debe al enriquecimiento de cobre.

zona de transición continua entre los ambientes glacial y periglacial. En esta zona abundan los glaciares cubiertos, las morrenas y algunas geoformas periglaciales.

A partir de los 4.500 metros ya no hay agua líquida. El permafrost es continuo y no se encuentran geoformas en degradación.



Laguna congelada sobre depresiones en glaciares de escombros por fusión de hielo.



Superficie de glaciares de escombros activos (permafrost de montaña).



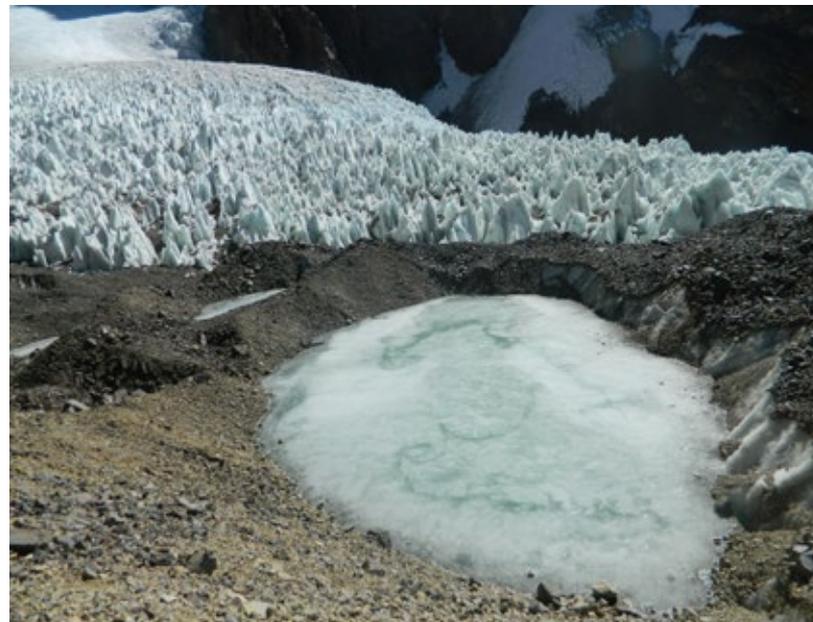
Lagunas de termokarst congeladas sobre un glaciar cubierto. Se producen por colapso, debido a la fusión de hielo.

Estructura interna de sedimentos y hielo en un glaciar cubierto.



Ascenso sobre mantos de nieve estacional.

Frente de un glaciar en retroceso bordeado por morrena con núcleo de hielo, con desarrollo de lagunas de termokarst.



## Reflexiones finales

¿Por qué nos preocupa la pérdida de hielo de la criósfera? Las respuestas son muchas. A escala planetaria, disminuiría el albedo (reflectancia de la energía solar que ingresa al planeta), lo cual se traduciría en un aumento de adsorción de calor en la Tierra. También aumentaría el nivel medio del mar, cambiaría la composición de los océanos, impactando en la vida de muchas especies y también de muchas culturas y sociedades humanas costeras. Otro de los asuntos a considerar son los gases de metano y CO<sub>2</sub> atrapados en permafrost que podrían liberarse. Estos gases modificarían las características físicas y químicas atmosféricas, aumentando considerablemente el efecto invernadero y acelerando los procesos de calentamiento ambiental.

En regiones continentales, considerando que la criósfera alberga importantes reservas de hielo, preocupan los eventuales cambios en

los caudales o en la composición hidroquímica del agua que ocasionarían un impacto directo en la biodiversidad y la seguridad de infraestructuras humanas diseñadas para condiciones hidrológicas diferentes. La pérdida de hielo también produce una mayor susceptibilidad de ocurrencia de peligros geológicos vinculados a procesos de remoción en masa por la pérdida de cohesión de los materiales. Los depósitos que generan estos procesos, además, pueden producir represas naturales en arroyos cordilleranos, que a veces terminan colapsando y produciendo catastróficas inundaciones. Asimismo, se han reportado casos de formación y/o crecimientos de lagunas proglaciales o internas a los cuerpos de hielo en las que también pueden generarse repentinas descargas.

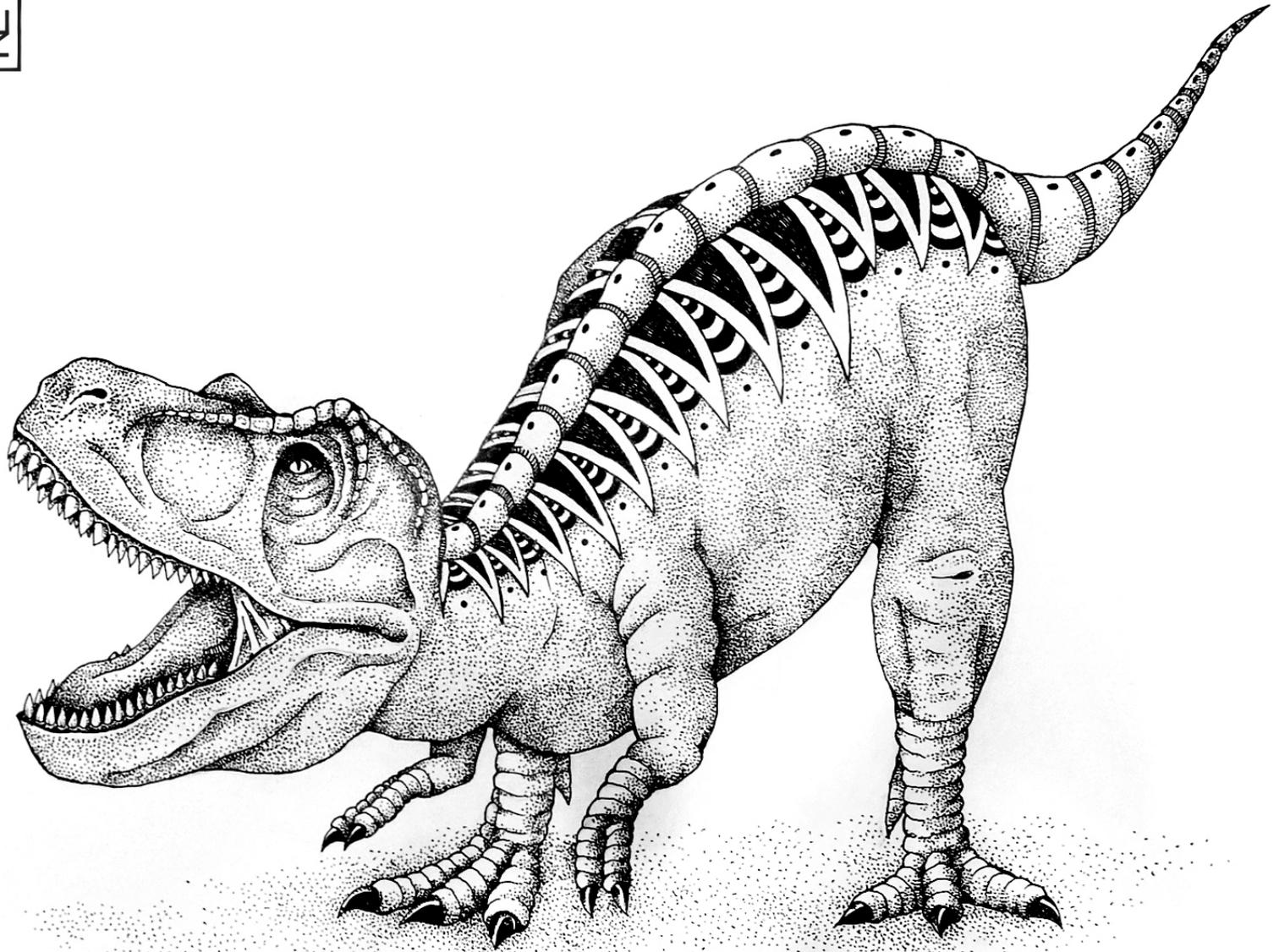
A largo plazo, el riesgo sería carecer de estas fuentes de agua dulce. Si bien la criósfera tiene muchas formas y sus geoformas responden de manera heterogénea a perturbaciones, todas



Amanecer en un campamento de altura (4.770 msnm).

son sensibles y poco resilientes a cambios ambientales. Por ello las intervenciones humanas en estas regiones o en sus zonas aledañas afectan sus condiciones de equilibrio ambientales.

Proteger la criósfera es proteger los ecosistemas de montaña y la salubridad de diversas poblaciones andinas y subandinas que dependen de estos sistemas hidrológicos.





# El Chaltén

## Núcleo duro, una incursión por los orígenes

Al pie del majestuoso cerro Fitz Roy, en la provincia de Santa Cruz, un grupo de casas se desparraman por el valle. Rodeada de muros naturales, El Chaltén,<sup>1</sup> la villa de la Patagonia argentina ubicada al sur de la cordillera de los Andes y a orillas del río de las Vueltas crece en pleno Parque Nacional Los Glaciares.

Alrededor de 3.000 habitantes viven todo el año en la ciudad, que fue nombrada en 2015 como la Capital Nacional del Trekking. Pero entre los meses de octubre y abril, cuando el clima

acompaña, cientos de visitantes arriban a este lugar en el que las caminatas son autoguiadas y permiten variadas opciones de recorridos de montaña. La zona constituye lo que se denomina un ecotono, que se caracteriza por la transición entre dos ecosistemas, en este caso entre la estepa y el bosque.

Una vez que se llega a El Chaltén, y antes de largarse de excursión, se necesita primero un tiempo para observar los mapas y distribuir los caminos entre los días que se dedicarán

*Texto: Ana Aymá  
Fotos: Facundo Cruz  
y Ana Aymá*

1 En octubre de 2014, El Chaltén obtuvo el segundo lugar en un ranking de las “mejores ciudades del mundo por conocer” de la guía de viajes Lonely Planet a publicar en 2015. La localidad solo tuvo por delante a Washington DC, quedando en primer lugar en la Argentina.  
Fotos: pp. 64 a 69, ©Facundo Cruz; pp. 70 a 72, ©Ana Aymá. Derechos reservados. Con amable autorización para este número de *Antesis*.



a explorar. Además, algunas rutas exigen una dosis de esfuerzo físico en los ascensos y es bueno intercalar jornadas de paseos suaves para reponerse. También hay posibilidades de acampar y pasar algunas noches en los campamentos del Parque Nacional. Y, para los alpinistas profesionales, allí están los picos, las rocas verticales que se erigen casi desde antes de la historia. Aunque, más específicamente, se formaron en el interior de la corteza terrestre hace unos 18 millones de años, en el Mioceno inferior, y la evolución geológica del área se completó durante el Cuaternario.<sup>2</sup>



Sea cual sea la senda elegida, a poco de empezar a andar, los balcones naturales, los bosques de lengas y ñires que se tornan más

<sup>2</sup> “Cerros Fitz Roy y Torre. Desde lo profundo de la tierra”, por Andrés Kosmar y Fernando Miranda, en *Sitios de Interés Geológico de la República Argentina*, Tomo II, consultado en: <https://repositorio.segemar.gov.ar/bitstream/handle/308849217/1373/66%20-%20Cerros%20Fitz%20Roy%20y%20Torre.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

tupidos, la luz que se filtra dibujando filigranas en el camino, y el viento que baila silbando en su danza entre ramas y líquenes colgantes son como encantamientos iniciales que la montaña nos arroja, mientras, colosal e inalcanzable, observa nuestra marcha, desde el fondo, a medida que nos adentramos en sus dominios y nos acercamos a su sombra. Paso a paso, las vistas del río sinuoso, hacia abajo, las de las cimas de los cerros, hacia arriba, y la huella de sedimentación inmemorial bajo los pies nos sitúan en una escena que prescinde del tiempo, como las nieves eternas que coronan el cordón montañoso.

En este hábitat, que va tragando al caminante en su andar, los animales hacen sentir su presencia desde la sutileza. Algún sonido, alguna huella, una sensación de movimiento nos recuerdan que estamos cruzando la morada de huemules, pumas, zorros grises. Allí viven y a veces, con suerte, se dejan ver.



Además del Fitz Roy, primero llamado Chaltén por los tehuelches, que alcanza los 3.375 metros de altura y se ve desde cualquier punto del pueblo, la otra presencia que custodia la vida del valle es el cerro Torre. Descrito en 1952 como “la más espectacular convulsión geológica que la corteza terrestre haya lanzado hacia el cielo” por el alpinista francés Lionel Terray,<sup>3</sup> el Torre se eleva como una aguja granítica de 3.128 metros en la Cordillera Patagónica Austral. A tal punto llega el desafío que constituyen su forma afilada y los implacables vientos que la envuelven, que en 1991 Werner Herzog se trasladó al Chaltén a filmar *Grito de piedra*, la película que narra la expedición de dos alpinistas al Torre para lograr pisar el techo de la llamada *montaña imposible*.

<sup>3</sup> Citado en “Cerros Fitz Roy y Torre. Desde lo profundo de la tierra”, por Andrés Kosmar y Fernando Miranda, en *Sitios de Interés Geológico de la República Argentina*, op. cit.







Y así, desde hace millones de años, en torno a esas dos puntas de más de 3.000 metros, las líneas de la cordillera dibujan una guarda que perfora los cielos. Y en sus faldas, descansan



glaciares. Y en derredor de los glaciares, relucen lagunas. Y así, las cumbres, los glaciares y las lagunas que se ordenan como complejos arquitectónicos naturales, que parecen escul-



pidos con cincel y recién pintados, representan los más grandes premios que se alcanzan al final de los senderos principales de este Campo de Hielos Patagónicos. Campo que resulta ser,



a su vez, el último relicto que perdura desde la mayor extensión glaciar que tuvo a partir del Mioceno tardío y durante el Pleistoceno, hasta hace aproximadamente unos 20.000 años



atrás.<sup>4</sup> Último relicto que, paradójicamente, nos remite a los orígenes de la Tierra tal como la conocemos y, a su vez, nos hace sentir como de visita en otro planeta.

<sup>4</sup> “El Campo de Hielo Patagónico Sur. Un pasado, un presente... y un futuro incierto”, por Eduardo C. Malagnino, en *Sitios de Interés Geológico de la República Argentina*, Tomo II. Consultado en: <https://repositorio.segemar.gov.ar/bitstream/handle/308849217/1375/68%20-%20Campo%20de%20Hielo%20Patagonico%20Sur.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

## Buscando relictos en el fin del mundo

Dentro del espectro de las ciencias sociales, la definición más próxima de la noción de “relicto” es aquella desarrollada por la Unesco, que entiende a un paisaje cultural relicto como un territorio que no está necesariamente integrado a la dinámica social generada por las poblaciones actuales, en los términos de la funcionalidad para la cual fue diseñado originalmente, pero cuyas características materiales son aún identificables. A lo que remite el concepto en sí, independientemente del área, es la idea de un pasado que sobrevive a través de una materialidad específica.

Las cuestiones de “pasado” y de “materialidad” son las que quiero tomar como punto de partida para introducir una ciencia directamente tocada por ambas: la arqueología, que es la disciplina de las cosas y que estudia la sociedad y su pasado a partir de ellas. Aunque el relicto sea su materia prima, la arqueología no se interesa en él solamente por representar una reminiscencia del pasado, sino por su capacidad de conectar ese pasado a nuestro presente, de interferir e intervenir en la vida de las personas actuales a través de su materialidad. Partiendo de esa multitemporalidad, los arqueólogos

*María Jimena Cruz\**

\* Arqueóloga, investigadora e integrante del Laboratorio de Estudios Antárticos en Ciencias Humanas (Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil), dirigido por el Dr. Andrés Zarankin.

Fotos propias de la autora y de otros miembros del Laboratorio. Derechos reservados. Con amable autorización para este número de *Antesis*.

buscan generar puentes e integrar esos vestigios con el presente, vincularlos con problemas y cuestiones que nos afectan. Se podría decir que la arqueología es una disciplina hecha en el presente, que genera interpretaciones del pasado para entender nuestro ahora. Al hacerlo, generamos reflexiones críticas que ayudan a construir diversidad y formas diferentes de pensar nuestra realidad.

Mi idea es ilustrar este potencial de los relictos para discutir las formas en que entendemos las relaciones que establecemos con el mundo que nos rodea. Para ello, propongo alejarnos de la idea de paisaje planteada anteriormente y pensar en los paisajes como relictos de los vínculos que la humanidad ha tejido con ellos en el tiempo.

Retomando la cuestión del relicto como una materialidad que hace presente un pasado, ¿qué implicaría esa materialidad? Si bien existen diversas formas de entenderla, en nuestro caso, como integrantes de la llamada sociedad



occidental, elaboraríamos la siguiente respuesta: la materialidad es algo concreto, que existe objetivamente, es preexistente a los humanos y se manifiesta independientemente de ellos (Thomas, 2006; Tilley, 2004). Podemos observar que esta definición está basada en una de las dicotomías modernas por excelencia, es decir, la separación entre sujetos (nosotros) y objetos. Esto resulta en la idea de que la materialidad es algo pasivo sobre lo cual las personas imprimen su huella en el día a día.

Algunos enfoques que buscan superar esa dicotomía proponen enfatizar la asociación entre sujetos y objetos, pues ambos son parte de un *continuum* y, por lo tanto, elementos constituyentes de una relación (Jones, 2007; Miller, 2010; Pellini, 2018). Colocar el foco en el vínculo permite entender a las personas y las “cosas” como agentes, partes actuantes y activas. Si la materialidad se entiende de esta forma, podríamos decir que trasciende los objetos, pues ese vínculo se da entre cosas y también

entre espacios, edificios, es decir, aquello que posee la capacidad de interactuar con los seres humanos. Así, no habría inconveniente en decir que entre las materialidades variadas con las cuales nos vinculamos cotidianamente están los paisajes.

### **Sobre paisajes y humanos**

Al ser parte de la sociedad occidental y moderna, entendemos el mundo desde la perspectiva del ocularcentrismo, cuyo fundamento descansa en dos ideas principales. Por un lado, la visión está vinculada con el pensamiento consciente y racional, es decir, con la mente y la razón, consideradas por la modernidad como única forma de entender el mundo. Por el otro, esta preponderancia e importancia de la razón trae aparejada la idea del cuerpo como algo separado e inferior a ella, es decir, una fuente poco confiable de conocimiento. Estas ideas tienen implicancias en la forma en que se



piensa la dimensión espacial de la existencia. La relación con los espacios se define a partir de un distanciamiento y de la identificación de características objetivas que trascienden la persona (Gosden, 1999) (cualquier semejanza con la idea de materialidad discutida antes no es mera coincidencia). Los paisajes, como parte de esa espacialidad, no son excepción y se busca ordenarlos a partir de un conjunto de referencias abstractas como coordenadas, puntos en un mapa, clasificaciones geográficas y atribución de nombres (Zarankin et al. 2011; Salerno y Zarankin 2014; Zarankin y Salerno 2016). Esto acaba transformándolos en espacios pasivos, simples escenarios, principalmente conocidos a través de la visión de un sujeto (individuo) activo (Salerno, 2011, 2015; Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin, 2014, 2015; Zarankin y Salerno, 2016; Zarankin y Senatore, 2013). Entonces, ¿cómo entenderlos como una materialidad en la forma en que la expliqué anteriormente?

Se podría considerar que el conocimiento se construye no solo a través de la visión, sino también a partir de una relación activa de las personas con el mundo, basada en la acción de estas en un lugar al verlo, escucharlo, sentirlo (Joyce, 2005; Salerno, 2011; Gallagher y Zahavi, 2008; Fowler, 2003; Merleau-Ponty, 1993 [1945]). Siguiendo esta línea de pensamiento se puede enfatizar en que los paisajes son contruidos desde las experiencias producidas en el vínculo entre las personas y la materialidad del paisaje (Gosden, 1999; Ingold, 2000). Partir de esta conexión permite dejar de considerar a los paisajes como algo pasivo y estático, como objeto sujeto a nuestra contemplación, y pasar a entenderlos como un actor cuya existencia impacta de diversas formas en las personas con las que interactúa.

En este contexto relacional, los seres humanos comienzan a ser pensados junto con el paisaje, habitándolo, viviéndolo y estando involucrados en un espacio en el cual no están solamente





inscribiendo sus historias en su superficie, sino que las entrelazan con los ciclos de vida de plantas, animales y todos los agentes y materialidades que lo conforman (Ingold, 2000). Esto significa que los paisajes están siempre en proceso de construcción, son dinámicos y representan una sucesión de historias superpuestas a lo largo del tiempo (Potteiger y Purinton, 1998, en Zarankin *et al.*, 2011). En ellas, las personas se insertan y se relacionan con esos paisajes a partir de actividades cotidianas e interacciones con su materialidad.

Volvamos al relicto. Podemos decir que ese pasado al cual remite no sería de eventos en sí, sino de encuentros entre las personas y el mundo (Zarankin y Salerno, 2016). Se vuelve coherente la propuesta de pensar en los paisajes como un relicto de vínculos, de una construcción mutua entre la humanidad y estos espacios. Me gustaría pensar un caso concreto en el que, al comienzo, este nexo parece ser casi inexistente: la Antártida.

## Llegando a la Antártida

La Antártida fue uno de los últimos espacios de la Tierra a ser pisados por el ser humano y, a diferencia de los otros continentes, no posee una población nativa, permanente o con costumbres y folclore propios (Leane, 2012; Zarankin y Salerno, 2016). Esto tornaría difícil pensar la Antártida de la manera propuesta pues, básicamente, estarían faltando las personas... ¿Realmente estarían?

Contrariamente a lo que se supone, aunque la interacción entre los humanos y el continente blanco no tenga una extendida profundidad temporal, ese vínculo ha sido complejo y heterogéneo, y existió aun antes de que este fuera descubierto o visto por primera vez. Ya en el mundo griego se imaginaba que la masa territorial del hemisferio norte debía estar balanceada por una similar en el hemisferio sur. Entre fines del siglo XVII e inicios del XIX se produciría el encuentro físico entre el continente y





la humanidad (según lo documentado), como consecuencia de actividades relacionadas con la industria de explotación de pieles de lobos y elefantes marinos. Este primer contacto se produjo, no en un marco de descubrimiento sino de explotación y reconocimiento geográfico. Años más tarde, el escaso conocimiento de la Antártida, sumado al contexto expansionista europeo, hizo que este continente se tornase el blanco de exploradores y aventureros. Es a inicios del siglo XX cuando comienza la “era heroica”, cuyo auge se da con la carrera al polo sur, en la que exploradores de varios países buscan llegar al punto más austral y pisar donde ningún ser humano había estado antes. Los anhelos de conquista territorial de estos hombres, respaldados por los discursos nacionalistas, dieron paso al deseo de los países de incluir este espacio dentro de sus fronteras. Así, la Antártida pasó a ser foco de disputas territoriales y reclamos basados en el descubrimiento, la conquista o el asentamiento (Glasberg,

2012). Estas reivindicaciones culminan en la década de 1950 con la firma del Tratado Antártico, que apacigua las disputas entre los países reclamantes.

La humanidad y la Antártida establecieron diferentes vínculos a lo largo del tiempo, que suele minimizarse cuando se cuenta su historia, haciendo que se entienda a las personas y a los espacios como cosas separadas. El resultado es que se acaba reforzando la distinción entre sujetos activos y un espacio abstracto entendido como un tipo de contenedor que espera ser ocupado por las personas (Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin y Salerno, 2016). Esta negación de encuentros refuerza, a su vez, una visión monolítica de este lugar, inicialmente percibido desde lo visual como un espacio objetivo, predeterminado y vacío; un mero escenario de acciones realizadas sobre él, y no con él, en donde las personas no viven, por lo que no lo afectan. No es casualidad que la imagen que tenemos hoy de la Antártida sea la del “último

lugar del mundo”, lejano, un espacio virgen. ¿Cómo pensar formas alternativas de entender a la Antártida que traigan esos vínculos silenciados? Para empezar, reconociendo que el continente antártico es mucho más complejo de lo que se piensa y debe ser entendido desde perspectivas diversas (Leane, 2012). Una de ellas es la mirada arqueológica, que nos permite acercarnos y enfocarnos en la interacción de las personas con el continente, no desde afuera, sino junto con la Antártida. De hecho, los arqueólogos que trabajan desde estas perspectivas ofrecen narrativas diferentes acerca de la Antártida desde hace algunos años<sup>1</sup> (Zarankin, Salerno y Howkins, 2018). Volvamos a la cuestión de relicto y su materialidad. El paisaje antártico puede ser visto,

a partir de esta óptica, como no preexistente, construido en la relación con la humanidad. A su vez, el relicto no cuenta una historia secuencial de vínculos; por el contrario, este vestigio posee la capacidad de materializar una multitemporalidad que cuestiona la idea de un tiempo lineal. La duración del tiempo no es una sucesión de instantes, sino un proceso continuo donde pasado, presente y futuro están interconectados y se influyen mutuamente. Reconocer esa multitemporalidad nos ayuda a entender el presente antártico y cómo lo concebimos, problematizando la visión de una “Antártida única” para pasar a percibirla como una suma de encuentros establecidos a lo largo de su historia por los diferentes grupos que allí estuvieron.

<sup>1</sup> El proyecto de *Arqueología Histórica Antártica* ([www.leach.ufmg.br](http://www.leach.ufmg.br)), realizado en la Universidad Federal de Minas Gerais (Brasil) y dirigido por el Dr. Andrés Zarankin, ha abierto líneas de investigación desde perspectivas que abordan cuerpo, experiencias y percepciones, tanto de los primeros grupos humanos en habitar temporalmente la Antártida como de los propios investigadores, para entender los encuentros humanos con el continente y discutir cómo se construyen estas relaciones (Hissa, 2011; Salerno, 2011, 2015; Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin, 2014, 2015; Zarankin y Salerno, 2016; Zarankin y Senatore, 2013; Zarankin *et al.*, 2011a; Zarankin y Cruz, 2017; Zarankin, Salerno y Howkins, 2018). También resulta importante mencionar el interesante aporte realizado por la Dra. Senatore (2020), quien desarrolla una reflexión sobre la relación entre cosas y humanos en la Antártida a lo largo de la historia.



En 2012, la fotógrafa Adriana Lestido viajó al continente antártico con la idea de encontrarse con el blanco absoluto. Diversas vicisitudes hicieron que su periplo culminara en la base de la cercana isla Decepción. Al ser esta una isla volcánica, donde el calor del piso hace que la nieve se derrita rápidamente, el blanco absoluto no se hizo presente. Haciendo de igual modo honor al lugar, Adriana reflexionó desde ese sentimiento sobre esta búsqueda y otras posibilidades de aprehender la Antártida. A partir de su experiencia, creó una forma de concebirla finalmente plasmada en su trabajo “Antártida Negra”, que registra estas otras caras del continente surgidas de los encuentros.

Esta anécdota sirve como puntapié para presentar a la Antártida en su condición de relictos de vínculos, ver en qué consistieron y pensarla desde ellos. Para esto, deseo traer dos de estos vínculos. En primer lugar discutiré la relación que se estableció entre la humanidad y la Antártida en el siglo XIX a partir





de la explotación de recursos de mamíferos marinos. En segundo lugar, exploraré el nexo que se instaura a partir de las investigaciones científicas allí llevadas a cabo.

### **Antártida no hay una sola. Entre el capitalismo y la ciencia**

A mediados del siglo XIX surgió un mercado mundial basado en la explotación de pieles y aceite extraído de mamíferos marinos que abarcó el océano Índico, Sudáfrica, el sur de la Patagonia (Tierra del Fuego y estrecho de Magallanes), islas del Atlántico sur (Malvinas y Georgia del Sur) e islas subantárticas (Kerguelen, Heard, Shetland del Sur, entre otras). Es importante notar que dicho mercado no se restringió a estas áreas, pues también involucró otros actores: los países explotadores (generalmente representados por Inglaterra o Estados Unidos) y los recibidores (que compraban las materias primas, China al comienzo, Nueva





York y Londres, luego) (Pearson, 2016). Las materias primas buscadas eran las pieles de lobos marinos, para confeccionar mercancías que iban desde tapados y sombreros hasta maletas, y también el aceite, extraído de la grasa de elefante marino y vendido en el mercado inglés como lubricante de máquinas o suavizante de la industria textil (Pearson, 2016).

La dinámica de esta industria se basaba en un aprovechamiento máximo de esos animales, haciendo que el descubrimiento de nuevos cotos de caza, en pos de mayores ganancias por unidad de tiempo invertida, fuera una de sus

necesidades primarias (Richards, 2003). En este contexto, la Antártida, más específicamente las islas Shetland del Sur, representó un nuevo territorio para explotar, donde abundaban los pinnípedos y escaseaba inicialmente la competencia de otros loberos (Pearson, 2016). El periodo más activo de explotación se desplegó entre 1820 y 1825 (Berguño, 1993; Senatore y Zarankin, 1999), seguido de otros dos, a finales del siglo XIX (Martinic, 1987; O'Gorman, 1963).

La Antártida, pues, fijó el momento en que se edificaron campamentos de duración variable

y de construcción improvisada y precaria. Entre las consecuencias materiales de este vínculo entre humanos y Antártida se incluye la casi extinción total de los grupos de mamíferos marinos que moraban en las playas. Es interesante esta nueva configuración del paisaje antártico, considerando que la industria lobera se desarrolló en un contexto histórico específico, el surgimiento de un nuevo sistema productivo y socioeconómico: el capitalismo (Zarankin y Senatore, 2002). Esto significó, entre otras cosas, la aparición de una nueva lógica y modificaciones en las relaciones interpersonales, sociales, con la naturaleza y con el trabajo (Leone, 1984). La industria lobera fue parte de ese proceso, no solo presentando trazos de ese nuevo sistema en su dinámica y sus características, sino también en su forma de expandirse.<sup>2</sup> Pensar en los paisajes resultantes de dicha in-

dustria ofrece la posibilidad de reconocer los vínculos que los operarios (personas totalmente silenciadas de la historiografía antártica) establecieron con este lugar (Salerno, 2011, 2015; Salerno y Zarankin, 2014; Zarankin, 2014, 2015; Zarankin y Salerno, 2016; Zarankin y Senatore, 2013). Al edificar sus campamentos, ellos formaron esa conexión a través de sus experiencias junto y no sobre la Antártida. Esto fue posible gracias a esta construcción mutua entre personas y materialidad que se dio por medio del desarrollo de actividades cotidianas y del hecho de estar allí. También permite conectar la Antártida con el contexto más amplio del capitalismo emergente. Esto no es algo menor, si se considera que durante décadas la visión tradicional de la Antártida fue la de un lugar periférico y marginal, el “fin del mundo”. En realidad, este tipo de contactos

<sup>2</sup> Desde un enfoque arqueológico, el proyecto *Arqueología Histórica Antártica* investiga la incorporación de la Antártida al sistema de producción capitalista a partir del estudio de las primeras ocupaciones humanas realizadas por estos grupos loberos en el siglo XIX (Senatore y Zarankin, 1999, 2000; Senatore *et al.*, 2008; Zarankin y Senatore, 1996, 2005, 2007).



demuestran que es innegable el papel de la región en los cambios que estaban aconteciendo a nivel mundial fruto de la expansión capitalista. Así, la Antártida, siendo parte activa de una red global, se entiende como un espacio de conexión y de contacto, en vez de como un territorio aislado (Zarankin y Senatore, 2007, Senatore *et al.*, 2008).

Un siglo después, la relación entre la humanidad y la Antártida se modificó radicalmente. Si antes este vínculo se caracterizaba por una explotación enmarcada en una nueva lógica de mercado y un sistema mundial en desarrollo, ahora se construye a partir de un discurso científico y del conocimiento. Hoy, la investigación científica es el principal medio de los estados nación para frecuentar la región austral, en el marco de protección y preservación propuesto por el Tratado Antártico firmado en 1959 a partir del cual se establece a la región como zona internacional de conservación ambiental, paz y cooperación científica. Me interesa profundi-

zar este nexo entre ciencia y Antártida pues se encuentra atravesado por otras cuestiones que también acaban influenciándolo.

Es necesario pensar que bajo este nuevo paradigma surgen, a mediados de la década de 1940, las primeras estaciones antárticas construidas por los países posteriormente signatarios del tratado (Resende de Assis, 2019). La instalación de estaciones e infraestructura necesarias para llevar a cabo la compleja logística que hace posible la ciencia antártica genera nuevos paisajes que incluyen construcciones, embarcaciones, campamentos, pistas de aterrizaje, entre otros aspectos. Asimismo, este vínculo involucra, además de los científicos, a profesionales como los militares, operarios, ingenieros, técnicos y alpinistas, entre otros. Esta materialidad resultante cobra forma, tanto a partir de las tecnologías disponibles y las posibilidades de cada país como de los intereses y el momento histórico específico.

Además, diferentes disciplinas científicas se

encuentran trabajando allí y, aunque cada una implique una asociación determinada, todas involucran una experiencia sensorial profunda a partir de la cual se desarrolla un conocimiento específico sobre la Antártida, que nace allí, la construye en cuanto dato, la traduce a un lenguaje a la vez que configura su materialidad (Resende de Assis, 2019). Esto es importante para pensar otras cuestiones que atraviesan el vínculo entre ciencia y Antártida, pues sabemos que la ciencia no es objetiva y neutra. Como consecuencia, la materialidad científica (aquella de las estaciones, embarcaciones, etc.) tampoco lo es y su configuración responde tanto a la labor exclusivamente investigativa como a otros aspectos.

El hecho de que la ciencia antártica no es ajena a los contextos y preocupaciones sociopolíticas de cada época se evidencia en los modos de pensar y entender las formas de lidiar con la materialidad producida por las tareas de investigación. Por cuanto se considera a la Antárti-

da como un lugar a ser preservado, la mayor causa de su modificación es la actividad científica. A modo de ejemplo, el tratamiento de los residuos no estaba antiguamente regulado y los restos generados en las bases solían ser incinerados o apilados en los bordes de hielos oceánicos donde acabarían hundiéndose en las profundidades marítimas (Syed, 2021). A partir del Tratado de Madrid firmado en 1991, esta situación cambia y se establece a la Antártida como un espacio que debe ser preservado, prohibiéndose la explotación mineral, priorizando el manejo de residuos al planificar su remoción del continente, entre otras medidas. Sin embargo, dicha reglamentación no se expresa respecto de edificios y bases abandonados o en desuso, aun cuando implican un peligro ambiental (Syed, 2021). Esto último se relaciona con otro aspecto del vínculo entre ciencia y Antártida. El contexto científico coloca a la Antártida en una unión con los países signatarios del Tratado Antártico y sus intere-



ses geopolíticos. En muchos casos, la reluctancia de retirar algunos de estos restos no se relaciona tanto con los costos y las dificultades logísticas como con lo que esto implica, ya que representa los trazos de ocupación de un país determinado en un espacio supuesto vacío. Si la estrategia geopolítica de los países es estar presentes en el territorio antártico, los restos materiales de la labor científica son en cierta forma un elemento clave (Syed, 2021). No es casualidad que algunas de estas estructuras sean declaradas monumentos o sitios históricos antárticos. Una ironía se hace evidente. Mientras los discursos científicos abogan por una preservación del ambiente, los intereses geopolíticos terminan priorizando la presencia antes que el bienestar ambiental. Estos restos y residuos desafían la visión científica que busca minimizar los impactos humanos y demuestran que la materialidad, aun la relacionada con la ciencia, nunca es neutra.

### **Relictos como formas de repensarnos**

El relikto se mueve en diferentes planos. Su materialidad se entrelaza con la nuestra, abarcando un tiempo que trasciende nuestras temporalidades y donde pasado y presente se desdibujan. Mi idea fue generar algunas reflexiones sobre cómo estos relictos pueden ayudarnos a repensar y problematizar las formas en que entendemos el mundo. Partí entonces de un lugar aparentemente deshabitado y prístino, la Antártida, y busqué deconstruirla enfocándola no como un espacio objetivo sino en base a un vínculo con la humanidad, que toma forma en una configuración material y espacial específica. Paisajes relictos de explotación, como los de los loberos, y paisajes relictos de ciencia e intereses geopolíticos, como los de los científicos.

Pero el relikto no es estático, cambia con el tiempo y de acuerdo con las diversas conexio-

nes que se establecen. Ellos tampoco narran una historia lineal pues son la superposición de encuentros. La Antártida es la suma de estos encuentros, su relación con la humanidad es siempre latente y su materialidad da cuenta de ello. Hoy sería difícil hablar de un único vínculo, pero sí se podría hablar de uno que nos incluya, aun cuando no estemos, no tengamos contacto físico con ella. Esta idea tiene sentido considerando que recientemente la actividad humana se perfiló como una de las causas principales de las modificaciones ambientales globales, sugiriendo el comienzo de una época geológica dominada por los seres humanos: el antropoceno. Este concepto marca un cambio fundamental en la relación entre los humanos y la Tierra, pues evidencia la magnitud, variedad y longevidad de la influencia global del ser humano.

Para lo que venimos discutiendo esto es importante, pues es una manera de afirmar que la relación entre la Antártida y la humanidad

está más próxima y fuerte que nunca, y a veces, lamentablemente, de forma negativa. Basta con observar estudios sobre la presencia de microplásticos en los océanos o de metales pesados que afectan de modo indirecto el frágil equilibrio de la cadena alimenticia de los animales antárticos.

Desnaturalizar entonces las visiones que tenemos de la Antártida como lugar intocado y prístino se hace necesario, pues seguir pensándola de esta forma atenúa el impacto real que estamos generando en ella. Al mismo tiempo, entenderla ya no como un espacio objetivo sino como una materialidad con la que nos vinculamos puede ayudarnos a entender nuestra responsabilidad y nuestro impacto, y también a pensar nuevas formas de elaborar esa conexión con ella. De nada sirven estas reflexiones si no las extendemos en pos de generar nuevas formas de vincularnos con el planeta.

No existe una “Antártida estática” porque



esta fue (y continua siendo) transformada a lo largo de los encuentros con la humanidad, su paisaje es una suma de todos ellos. Tampoco existe una humanidad estática, porque ella también es afectada por esas interacciones. Es a esta transformación, a esta forma de afectarnos que debemos estar atentos. Tal vez sea interesante retomar algunas de las reflexiones de Adriana Lestido después de su

viaje accidentado a la Antártida: “Hoy creo que el sentido de la Antártida tiene que ver con la necesidad de pasar a otra cosa, como un lugar de pasaje. Final y principio. Es el fin del mundo y de alguna manera fue ir al final para empezar algo nuevo”. ¿Por qué no aprovechar los vínculos que queremos establecer con la Antártida para repensarnos? ¿Por qué no dejarnos transformar por ese vínculo?

## Bibliografía

- Berguño, J. (1993). "Las Shetland del sur. El ciclo lobero", segunda parte. *Boletín antártico chileno*, Chile, vol. 12, n° 1, pp. 5-13.
- Fowler, C. (2003). *The Archaeology of Personhood: An Anthropological Approach*. Londres: Routledge.
- Gallagher, S. y Zahavi, D. (2008). *The Phenomenological Mind*. Londres: Routledge.
- Glasberg, E. (2012). *Antarctica as cultural critique: the gendered politics of scientific exploration and climate change*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Gosden, C. (1999). *Anthropology and Archaeology: a changing relationship*. Londres: Routledge.
- Hissa, S. (2011). *Arqueologia do tempo antártico*. Dissertação apresentada no mestrado em arqueologia histórica, Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment*. Londres: Routledge.
- Jones, A. (2007). *Memory and material culture*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Joyce, R. (2005). "Archaeology of the Body". *Annual Review of Anthropology*, vol. 34, pp. 139-158.
- Leane, E. (2012). *Antarctica in Fiction: Imaginative Narratives of the Far South*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Leone, M. (1984). "Interpreting Ideology in Historical Archaeology: The William Paca Garden in Annapolis, Maryland". Em Miller, D. y Tilley, C. (eds.), *Ideology, Power, and Prehistory*. Cambridge: University Press.
- Martinic, M. (1987). "Navegantes norteamericanos en aguas de Magallanes durante la primera mitad del siglo XIX". *Anales del Instituto de la Patagonia*, Punta Arenas, vol. 17, pp. 5-18.
- Merleau-Ponty, M. (1993 [1945]). *Fenomenología de la percepción*. Buenos Aires: Planeta Agostini.
- Miller, D. (2010). *Stuff*. Cambridge: Polity.
- O Gorman, F. (1963). "The return of the Antarctic fur seal". *New Scientist*, vol. 20 n° 6.
- Pearson, M. (2016). "Charting the sealing islands of the Southern Ocean". *Journal of the Australian and New Zealand Map Society*, 80: 33-56.
- Pellini, J. R. (2018). *Senses, Affects and archaeology. Changing the heart, the mind and the pants*. Cambridge: Cambridge scholars publishing.
- Resende de Assis, L. G. (2019). *A proa pressentida. Tácticas oceanográficas para atravessar a duração e avistar baleias no estreito de Gerlache, península antártica*. Tesis de doctorado. Universidade Federal de Santa Catarina.
- Richards, R. (2003). "New market evidence on the depletion of southern fur seals: 1788-1833". *New Zealand Journal of Zoology*, vol. 30 n° 1, pp. 1-9.
- Salerno, M. A. (2011). *Persona y cuerpo-vestido en la modernidad: Un enfoque arqueológico*. Tesis de doctorado en arqueología. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Salerno, M. A. (2015). "Persona y cuerpo-vestido en la modernidad. Los loberos-balleneros de la industria capitalista del siglo XIX". *Vestigios. Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica*, vol. 9, n° 1, pp. 113-153.
- Salerno, M. A. y Zarankin, A. (2014). "En busca de las experiencias perdidas. Arqueología del encuentro entre los loberos y las islas Shetland del Sur (Antártida, siglo XIX)". *Vestigios*, vol. 8, n° 1, pp. 131-157.
- Senatore, M. X. (2020). "Things in Antarctica. An archaeological perspective". *The Polar Journal*, 10:2, pp. 397-419.

- Senatore, M. X. y Zarankin, A. (1999). "Arqueología histórica y expansión capitalista. Prácticas cotidianas y grupos operarios en Península Byers, Isla Livingston, Shetland del Sur". Em Zarankin, A. y Acuto, F. (eds.), *Sed Non Satiata*, pp. 171-188. Buenos Aires: Ed. Tridante.
- Senatore, M. X. y Zarankin, A. (2000). "Hasta el fin del mundo. Arqueología en las islas Shetland del Sur. El caso de Península Byers, Isla Livingston". *Præhistoria*, Buenos Aires, vol. 3, pp. 111-123.
- Senatore, M. X.; Zarankin, A.; Salerno, A. M.; Valladares, I. V. y Cruz, M. J. (2008). Historias bajo cero. Arqueología de las primeras ocupaciones humanas en la Antártida. Em Borrero, L. A. y Franco, N. V. (eds.), *Arqueología del extremo sur del continente americano*. Buenos Aires: Dunken, pp. 251-283.
- Syed, S. (2021). "Laying Antarctica to waste". *The architectural review*, junio.
- Thomas, J. S. (2006). "Phenomenology and material culture". Em Tilley, C.; Keane, W., Küchler, S.; Rowlands M. y Spyer, P. (eds.) (2006). *Handbook of Material Culture*, pp. 43-59. London: Sage.
- Tilley, C. (2004). *The materiality of stone. Explorations in landscape phenomenology*. Nueva York: Berg.
- Zarankin, A. (2014). "A persistência da memória? histórias não-lineares de arqueólogos e foqueiros na antártica". *Revista de Arqueologia (Sociedade de Arqueologia Brasileira)*, vo. 27, pp. 36- 45.
- Zarankin, A. (2015). "Archaeology of a Tear: Delusions in a Tent in a Stormy Day in Antarctica". Em Pellini, J. R.; Zarankin, A. y Salerno, M. A. (eds.) (2015). *Coming to Senses: Topics in Sensory Archaeology*, Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, pp. 11-20.
- Zarankin, A. y Cruz, M. J. (2017). "Arqueología contaminante: Narrativas y una crítica a la falacia del distanciamiento del arqueólogo y su objeto de estudio en la experiencia antártica". Em Pellini, J. R.; Zarankin, A. y Salerno, M. A. (eds.). *Sentidos indisciplinados. Arqueología, sensorialidad y narrativas alternativas*. Madrid: JAS editora, pp. 345-370.
- Zarankin, A. y Salerno, M. A. (2016). "So Far, So Close. Approaching Experience in the Study of the Encounter Between Sealers and the South Shetland Islands (Antarctica, Nineteenth Century)". Em Peder R., Van der Watt, L. M. y Howkins A. (eds.), *Antarctica and the Humanities*. Londres: Palgrave Macmillan, pp. 79-103.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (1996). "Ocupación humana en tierras antárticas: una aproximación arqueológica". *Soplando el viento. Arqueología de la Patagonia*, pp. 629-644, Bariloche.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2002). *Arqueología da sociedade moderna na America do Sul*. Buenos Aires: Del Tridante.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2005). "Archaeology in Antarctica, 19th century capitalism expansion strategies". *Internacional Journal of Historical Archaeology*, Nova York, vol. 9 n° 1, pp. 43-56.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2007). *Historias de un pasado en Blanco. Arqueología Histórica Antártica*. Belo Horizonte: Argumentum.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (2013). "Storytelling, Big Fish e Arqueologia. Repensando o Caso da Antartida". En Morales, W. y Moi, F. (eds.). (2013). *Tempos Ancestrais*. São Paulo: Annablume, pp. 281-301.
- Zarankin, A.; Senatore, M. X. y Salerno, M. A. (2011a). "Tierra de nadie: arqueología, lugar y paisaje en Antártida". *Revista Chilena de antropología*, vol. 24, pp. 147-171.
- Zarankin, A.; Salerno, M. y Howkins, A. (2018). "From Antarctica to New England: Approaching the Memory of Sealing and Sealers". Em Headland, R. (ed.), *The Proceedings of the 2016 Historical Antarctic Sealing Industry Conference, and Related Historical and Geographical Data*. Cambridge: Scott Polar Research Institute.

# Mirar el cielo viendo el origen



## Vestigios helados

*Juan Rafael  
Martínez-Galarza\**

A través de los milenios, y mucho antes de que la ciencia pudiera escudriñar sus secretos, los cometas –fragmentos de roca y hielo que nos visitan desde los confines exteriores del sistema solar– hicieron carrera en la historia de la Humanidad como presagios de desgracias futuras y pestes múltiples. Ya a inicios de la era cristiana, Plinio el Viejo los consideraba

una señal inequívoca de inminente inestabilidad política, mientras que el paso del cometa Halley durante los días inmediatamente anteriores a la batalla de Hastings, en 1066, entre normandos y anglosajones fue el precedente que inició una larga tradición medieval de interpretar estas visitas siderales como presagios de guerra, muerte y enfermedad. Han queda-

\* Los autores de esta nota:

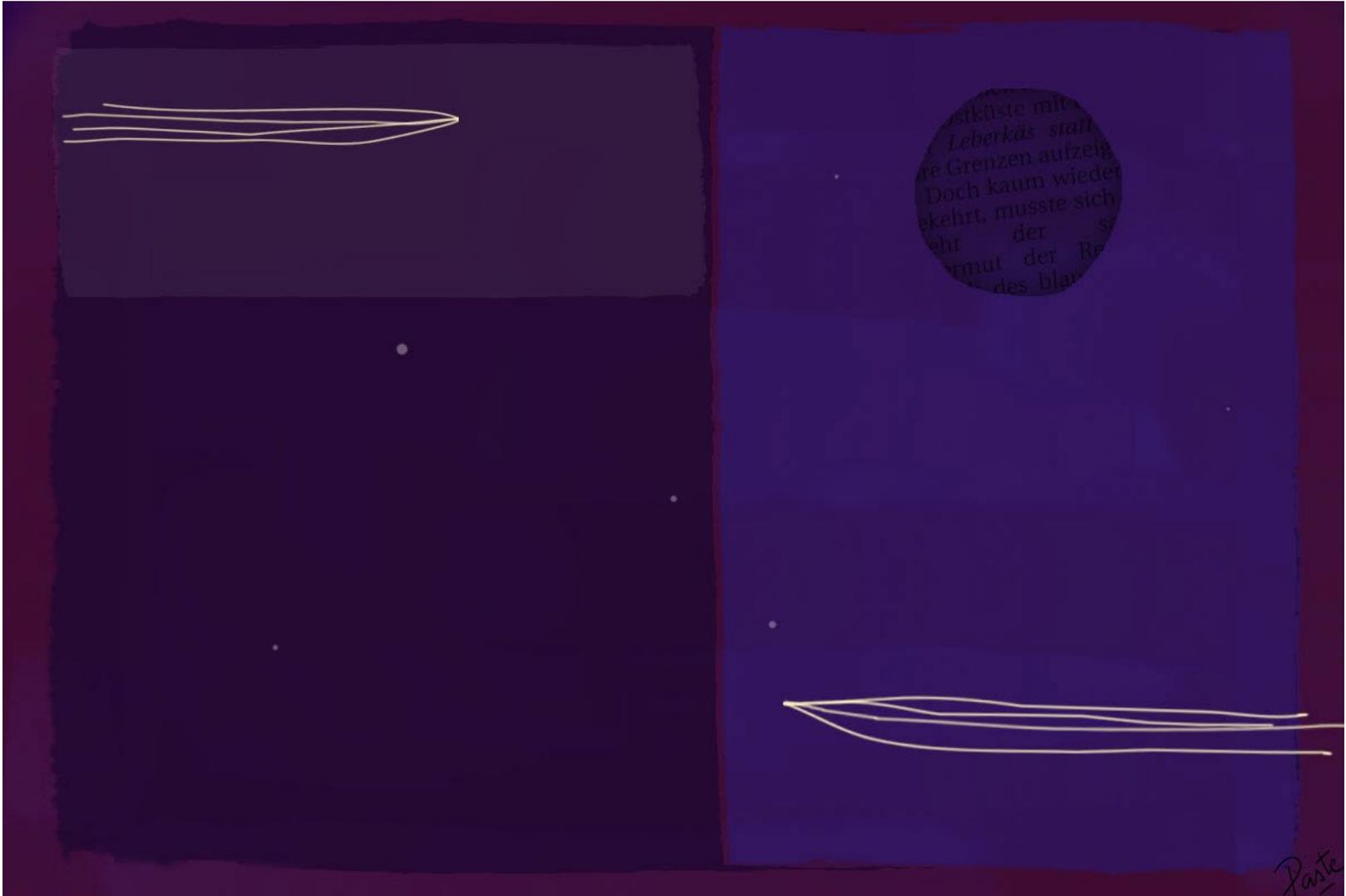
Juan Rafael Martínez-Galarza es astrofísico, Harvard-Smithsonian Center for Astrophysics; Cecilia Garraffo es astrofísica, Harvard-Smithsonian Center for Astrophysics; María Cecilia Aguirre es ilustradora, autora de las obras aquí reproducidas (derechos reservados, con amable autorización para este número de *Antesis*); Gaston E. Giribet es físico teórico, UBA/CONICET.

do plasmadas estas rocas heladas a lo largo de la historia del arte, adornadas en muchas obras con vistosas colas luminosas, notablemente en Giotto, quien asocia un cometa (¿el Halley?) a la estrella de Belén. En fin, tuvieron que llegar los espectrógrafos y las sondas espaciales de la investigación moderna para despojar a los cometas de su triste cometido milenario de anunciarnos la fatalidad.

Sin embargo, lejos de encerrar designios sobre nuestras desgracias futuras, los cometas contienen los secretos más antiguos de nuestro pasado, los ingredientes necesarios para la elaboración de planetas habitables como el nuestro, las muestras primigenias de moléculas orgánicas y de agua que terminaron mezclándose sin remedio en los océanos primordiales de la Tierra temprana para hacer posible la vida y, eventualmente, la conciencia. Esas rocas heladas, una mezcla de silicatos, compuestos carbonáceos, y hielo de agua y metano, que al acercarse al sol son derretidas y pulveriza-

das para formar preciosas colas luminosas que deslumbran por igual a emperadores y pintores, a científicos y sacerdotes, son los relictos del pasado más remoto posible, el pasado de nuestros inicios como planeta habitable. Esto lo hemos comprendido solo en forma reciente, pero ya hemos enviado artefactos a explorar sus superficies y a recoger muestras de sus rasgos gaseosos, con el fin de entender de qué estaban hechas las cosas antes de que siquiera existieran planetas.

Tal vez no haya un paisaje más desolador que el que vería un observador desde la superficie de uno de estos cuerpos, justo antes de iniciar el larguísimo viaje que lo llevaría a lo largo de una órbita elongadísima desde las regiones transneptunianas hasta las inmediaciones incandescentes del Sol: desde allí, donde todo es hielo y carbón, el Sol aparecería en un firmamento privado de atmósfera como una estrella muy brillante, un punto luminoso tan lejano



Cometas, viajeros interestelares.

e intrascendente que sería difícil sospecharlo como el centro de todo, como el punto central de un sistema planetario donde también existen selvas y ciudades, planetas gigantes y lunas, asteroides y planetoides. La superficie, opaca y fétida, compuesta de pequeñas rocas porosas desparramadas por el suelo de un cuerpo tan pequeño que apenas ejerce la fuerza de gravedad suficiente para mantenerlas en su lugar, está salpicada aquí y allá de compuestos orgánicos que tal vez algún día formarán moléculas, pero que por ahora son manchones apenas más oscuros que las rocas que los contienen. Y nada más, solo el cielo estrellado, el silencio de un lugar sin aire, la oscuridad casi absoluta del confín inhóspito de nuestro pasado.

Y como si no fuera suficiente que nos visiten cuerpos helados que nos revelan secretos so-

bre nuestro pasado remoto, hemos descubierto que nos visitan también los relictos del proceso de formación planetaria en otros sistemas estelares, viajeros interestelares que por el azar del destino fueron despedidos de sus estrellas originales antes de lograr incorporarse a algún planeta rocoso e impulsados en dirección de nuestro Sol para confundir a algunos científicos que intentan indagar sus orígenes, sus formas elongadas, sus movimientos inesperados. Hay quienes han querido encontrar en estas visitas interestelares la evidencia anhelada de civilizaciones inteligentes en otras estrellas, de artefactos construidos en otros planetas para investigarnos, para entendernos, para despojarnos. Acaso porque a pesar de toda la ciencia, y de todos los siglos, nos empeñamos en creer que estas rocas primordiales nos anuncian las desgracias de un futuro inevitable.



---

## Vida

---

*Cecilia Garraffo,  
María Cecilia Aguirre\**

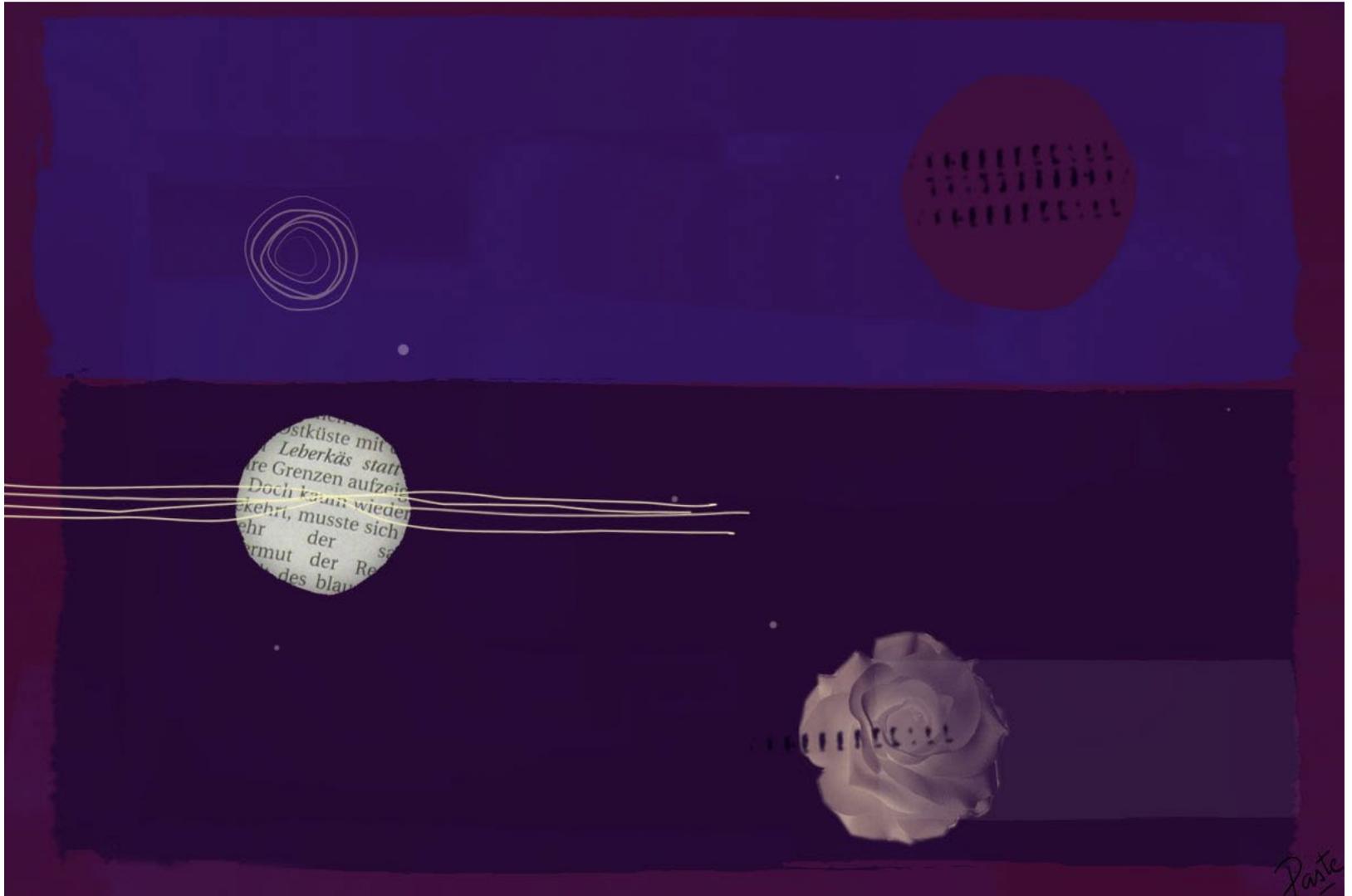
Quizás una de las preguntas científicas más profundas de nuestros tiempos sea si estamos solos en el universo. Para empezar a responderla, es necesario preguntarse en primer lugar qué es la vida y cómo se origina. El único caso que conocemos por ahora es el nuestro y ni siquiera en el planeta Tierra nos es claro qué dio lugar al origen de la vida.

Es interesante que, mientras a los meteoritos se los asocia usualmente a procesos destructivos, como el fin de la era de los dinosaurios, también existen hipótesis que proponen el impacto de meteoritos como el factor responsable del inicio de la vida en la Tierra. La idea es que estos podrían transportar moléculas orgánicas intactas, relictos de vida extraterrestre.

¿Habrán otros planetas orbitando otras estrellas (planetas extrasolares o exoplanetas) en don-

de la vida sea posible? Con más de 4.000 exoplanetas detectados, un número que crece en forma acelerada, y al ritmo de los recursos que dedicamos a su búsqueda, creemos que la respuesta a esa pregunta es sí. Pero, ¿cómo dar con ella, por dónde empezar, si a donde sea que apuntemos los telescopios encontramos nuevos planetas extrasolares? Un buen punto de partida, basándonos en la vida como la conocemos, es elegir aquellos planetas en los que la existencia de agua líquida sea posible. Desde luego eso será, en todo caso, una condición necesaria pero no suficiente para la vida.

Esto nos remonta nuevamente a la cuestión de qué procesos son capaces de producir vida cuando no la hay. Los elementos que componen la vida, como el carbono, se procesan dentro de estrellas y se desparraman por el universo gracias a explosiones violentas llamadas



Planetas extrasolares, rincones lejanos de posible vida extraterrestre.

supernovas. Esos elementos forman compuestos orgánicos que quizás viajen interplanetaria o hasta interestelarmente por el universo, congelados en meteoritos. ¿Será que en realidad la vida en diferentes lugares del universo está más conectada de lo que creemos?

El interrogante acerca del principio de la vida desde la nada misma es, de algún modo, similar al principio del tiempo en el origen del universo, el pasado más remoto que se refleja en el cielo más lejano.



---

## *Una luz original*

---

*Gaston E. Giribet \**

La mirada al universo nos condena a verlo pretérito; nos condena a ver un cielo que ya no existe, o, cuanto menos, que ya no existe como lo vemos. Incluso las estrellas más brillantes del firmamento, aquellas que intuimos cercanas, como Betelgeuse, Rigel o las otras que le dan forma a ese cazador imaginario, son

en realidad una ilusión. Se trata de imágenes de lo que ellas fueron hace cientos de años. Y qué decir, entonces, de las galaxias distantes, que se muestran decenas de millones de años antiguas. Cuanto más lejana y más profunda es nuestra mirada del cielo, más antiguo es el brillo que le vemos.

El universo tiene su brillo intrínseco, su luz inmanente. Se trata de una luz que no es aquella que ven nuestros ojos ante el firmamento poblado, sino una luz más lejana, más antigua; una luz ubicua y tenue, casi imperceptible. Esa luz nos trae la imagen de lo que el universo fue en sus inicios. Podemos leer en ella la entera historia del cosmos.

Si nos fuera dado el poder de apagar cada estrella, cada uno de esos soles, si pudiéramos acallar por un minuto cada uno de los sucesos violentos que iluminan el espacio, aun así, el universo brillaría. Lo haría tímidamente, con un color frío; pero brillaría. Ese brillo, esa luz, es testigo de una época en la que el universo era muy otro, muy distinto al que es hoy.

Vivimos en un universo que se expande y cambia, y que viene haciéndolo hace catorce mil millones de años. En ese tiempo se originó la materia tal como hoy la conocemos: primero,

los núcleos atómicos; luego, los átomos; más tarde, los astros y las grandes estructuras; y los elementos químicos, y la vida, y la razón. Pero el cosmos no siempre ha sido el que hoy es, no siempre contuvo todo lo que hoy contiene, no siempre ha sido enorme y casi vacío y frío y transparente. Cuando no había transcurrido aún un tercio de millón de años desde la gran explosión que le dio origen a todo (*¿ex nihilo?*),<sup>1</sup> el universo era un caldo opaco que poco se parece al cosmos actual de las noches estrelladas. Era un plasma caliente en el que los átomos no lograban formarse aún debido a la gran agitación térmica: los núcleos, que sí ya se habían formado, no lograban capturar a los electrones en sus órbitas sin que el zamarreo de ese tumultuoso universo temprano terminara por arrancárselos de cuajo. No fue sino

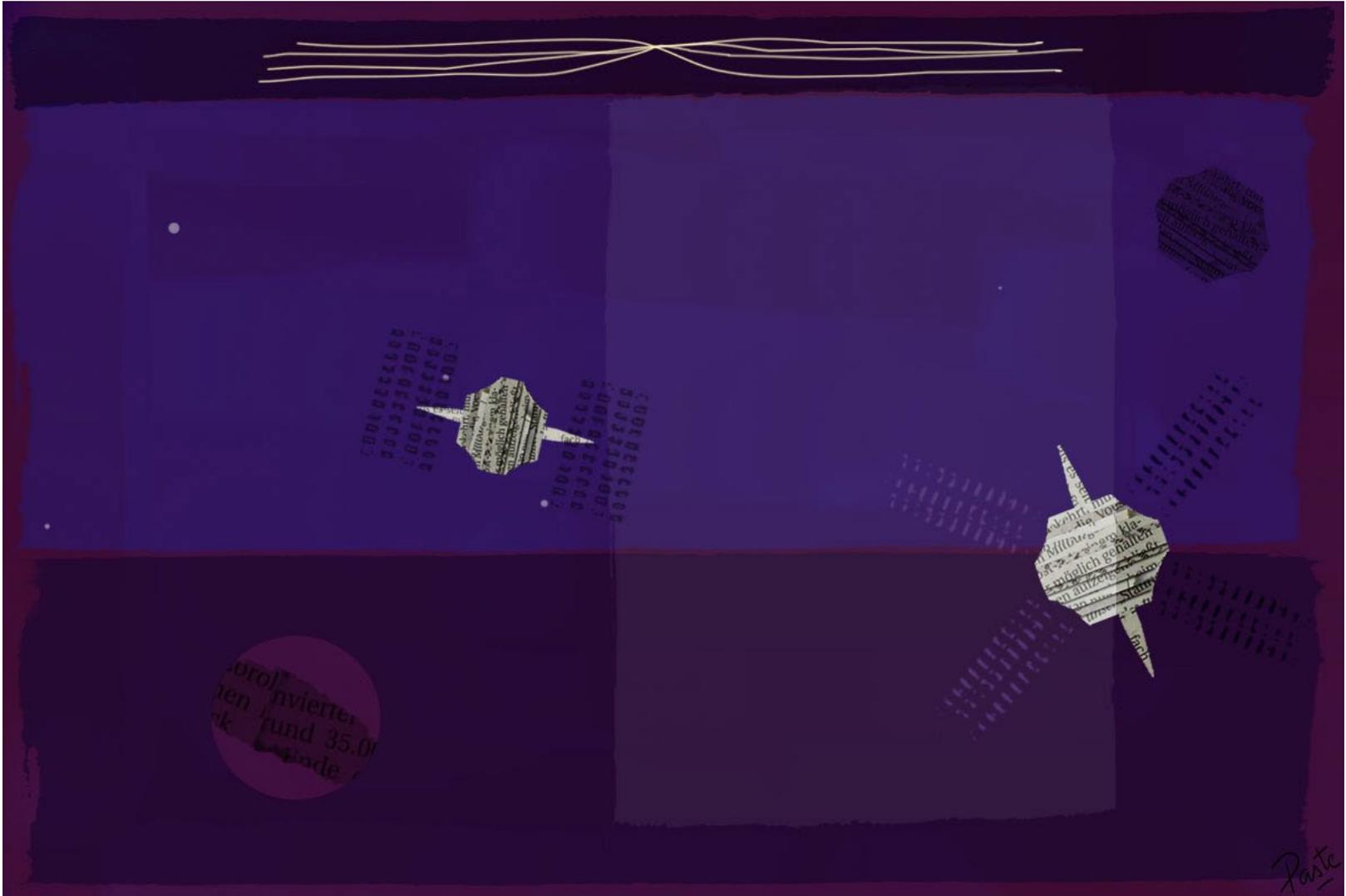
<sup>1</sup> Ex nihilo: locución latina que significa “desde la nada” y alude a lo que se crea a partir de la nada. Se utiliza en especial en filosofía y teología. Como concepto científico, se refiere a la generación espontánea.

hasta que el universo tuvo 380.000 años de vida cuando la temperatura bajó lo suficiente como para que a los electrones les fuera posible quedar atrapados en torno a los núcleos y, así, formar finalmente átomos estables. Fue entonces cuando el universo se volvió transparente: al formarse los átomos, la luz dejó de interactuar con los electrones y quedó, así, liberada. Desde aquel momento, esa luz primitiva navega el cosmos libremente, llevando la imagen de aquella etapa del universo.

El universo continuó su expansión y, junto a esto, su temperatura siguió disminuyendo. Esa luz primitiva, libre navegante de un universo ya no opaco, fue cambiando su color conforme la expansión cósmica dilataba su longitud de onda; “se fue gastando”, dicen algunos. Hoy, esa luz se ha convertido en una tenue pero persistente radiación de microondas, una reliquia del universo temprano que llega a nuestro planeta proveniente de todas partes del cosmos,

de todas las direcciones. Como un código en braille, esa luz, invisible al ojo humano, nos permite leer en su sutil rugosidad la entera historia del universo. Quedaron grabados en ese fondo de radiación las propiedades de un universo joven, un universo que era mucho más pequeño de lo que es hoy, y que tenía una densidad de energía tal que su gravedad forzaba al tiempo mismo a aletargar su marcha. La lectura de esas rugosidades en la “radiación cósmica de fondos de microondas” es la herramienta principal en la cosmología moderna, hace posible la magia de observar lo que ya no es, lo que nos ha permitido conocer la historia del universo con detalle minucioso.

La predicción teórica de la existencia de la radiación cósmica de fondo data de la década de 1940, cuando Ralph Alpher y Robert Herman –e, independientemente, George Gamow– hicieron cálculos estimativos de la temperatura del universo –cálculos no tan desacertados



Radiación de fondo cósmico de microondas. "Luz invisible", reliquia del origen del universo.

si se considera que estaban basados en los rudimentarios datos cosmológicos de la época—. La detección experimental de esta radiación también data de los años 40 y se la atribuye a Andrew McKellar, pero no fue sino hasta 1964 cuando el fenómeno fue advertido concienzudamente: Arno Penzias y Robertson Wilson, mientras se encontraban trabajando en otra cosa, advirtieron desconcertados la presencia de una radiación persistente que

llegaba a su antena y que parecía venir de todas las direcciones del cielo. Fue James Peebles, junto con tres colegas de la Universidad de Princeton —entre quienes se encontraba Robert Dicke—, quien dio la interpretación correcta para la radiación que Penzias y Wilson estaban detectando: la radiación medida por ellos no era sino la reliquia cósmica de la que hablamos, la luz proveniente de los orígenes del cosmos, *relictus* de la gran explosión.





Joseph Beuys, *Trineo, cráneo y símbolo de la conciencia*, 1955, acuarela, 17,2 x 15,2/17 cm.  
Extraído de Werner Schade (1989). *Joseph Beuys. Premières aquarelles*. Múnich : Schirmer/Mosel.

## Luis Felipe Noé

### *Pensando el caos, eso que estaba desde antes*

Ana Aymá,  
Hernán Lugea

En una mañana de mayo, cursando el segundo año de pandemia en el mundo entero y en cada uno de nuestros rincones, nos recibe virtualmente el artista Luis Felipe Noé, desde su casa en la ciudad de Buenos Aires, y nos cuenta lo que está escribiendo, pintando y pensando. El resultado: una charla que atesoramos en *Antesis*, que bien podríamos ubicar en una eventual *sección de las cosas bellas*. En las líneas que siguen, les compartimos las palabras del maestro, que recorren desde sus proyectos actuales hasta los tópicos que atraviesan toda su obra: lo fragmentario, los contrastes, las fusiones entre lo interior y lo exterior, la relación entre lo abstracto y lo concreto, el todo y el caos como el gran tema.

Noé, Yuyo como le dicen, nació en 1933 en Buenos Aires. Estudió unos años la carrera de Derecho, mientras empezaba su formación como pintor y dibujante. Cuando dejó la facultad, en 1955, comenzó a trabajar como periodista. A partir de entonces, ya nunca abandonó esos lenguajes: el de las artes visuales y el de la escritura.

#### **El pintor escritor y su tema de siempre**

En 2020 Yuyo Noé inauguró tres muestras simultáneas, una de las cuales fue para exponer la serie “El virus reina”, realizada ese mismo año, mientras le daba impulso al proyecto de escritura de un libro en el que reflexiona sobre

aquello que viene indagando a lo largo de todo su trabajo: el caos. Aquí, con una impronta filosófica que recorrerá toda la conversación, y con mucho sentido del humor, empieza por contarnos lo que está haciendo este año, 2021:

“Bueno, estoy haciendo lo mismo. O sea, escribiendo y pintando. El año pasado hice tres exposiciones, pero en realidad dos de ellas eran con obras de años anteriores. Entonces, la que significó un proyecto nuevo, con obra que había hecho el mismo año, fue la que hice en mi galería de costumbre que es la Galería Rubbers, y ahí expuse entre 15 y 20 cuadros. Y además estoy escribiendo un libro, que sigo escribiéndolo. Quiero terminarlo dentro de unos meses, no sé, me faltan dos capítulos todavía, sobre mi tema de siempre que es el caos. Se llama *Asunción del caos*”.

“Publiqué antes, en 2017, un pequeño folleto que se llamaba *El caos que consti-*



Noé pintando en su taller, 2020. © Natalia Revale

*La cosa metafísica*, 2019. Esmalte, acrílico y tinta sobre tela, 100 x 80 cm.



*tuimos*. Que todos constituimos, ¿no? Es decir, somos nosotros mismos ese caos. La primera parte se llamaba 'Asunción del caos', que creo que es la que estaba más lograda pero ahora la he desarrollado más. Y esa primera parte se pregunta de qué hablamos cuando hablamos de caos. Y la segunda se llamaba 'El caos como estructura'. No quiere decir que el caos tenga estructura, lo cual no tiene sentido, sino que uno lo toma como la única estructura posible para poder ser, porque es lo único que tenemos".

Pero los proyectos literarios no se detienen ahí, porque además de *Asunción del caos*, que está en proceso y se está convirtiendo en un libro gordo, según nos cuenta su autor, también hay reediciones de dos viejas obras: *El arte entre la tecnología y la rebelión* y *Recontrapoder*.

"El año pasado publiqué un libro que había

escrito hace 50 años, más de 50 años, entre el 67 y el 72, que se llamaba *El arte entre la tecnología y la rebelión*, y que lo había escrito en el contexto de esa época. Yo lo escribí en Estados Unidos, era la guerra de Vietnam cuando comencé a escribirlo y lo terminé en Buenos Aires. Estuve a punto de publicarlo por la editorial Andrés Bello, de Chile, había firmado contrato, pero cayó Allende y bueno, y después con el clima que había acá no lo publiqué. Y lo publiqué el año pasado. También acabo de publicar ahora otra cosa de esa época, que es un libro que sí había publicado, pero que no tuvo mucha difusión. Era una novela escrita y dibujada en base a mis dibujos de terapia, que mientras hablaba dibujaba, y que lo hice actuar a personajes de ese tipo, no digo exactamente esos dibujos, pero personajes fantásticos que me salían, y entonces los hice actuar como una estructura simbólica del



interior de una persona. El libro se llama *Recontrapoder*, para simplificar, y acabo de publicarlo en su segunda versión. Es un libro que siempre he querido mucho, creo que es una de las cosas más originales que he hecho, pero que ha tenido pocos lectores porque se asustan al comienzo. Sin embargo, yo creo que es bastante divertido. Es el interior de una persona, de una persona común que se llama Adrián Nevares. En la novela aparece siendo *Recontrapoder*, como el tipo que se asume a sí mismo, y puede, y entonces recuerda sus tipos anteriores desde el hijo de la pavota, o sea el chico, el adolescente. El hijo de la pavota es una manera de decir el boludo. Después, *Rompecabeza*, el tipo que mezcla todas las cosas, hasta que puede llegar a ser *Recontrapoder* y después toma la conciencia que había en esa época, la de fundirse con la voluntad popular y ahí *Recontrapoder* se

va haciendo *Recontrapoder*. Esa es, más o menos, la estructura del libro, que es totalmente simbólica e interior, pero al mismo tiempo es la conciencia de lo exterior. Y en lo exterior hay una cantidad de anécdotas y cosas que cuento –porque yo fui periodista a fines de los 50-60–, cosas que parecen totalmente ridículas, totalmente absurdas. Las más absurdas son las más reales”.

### **En el comienzo: la mancha**

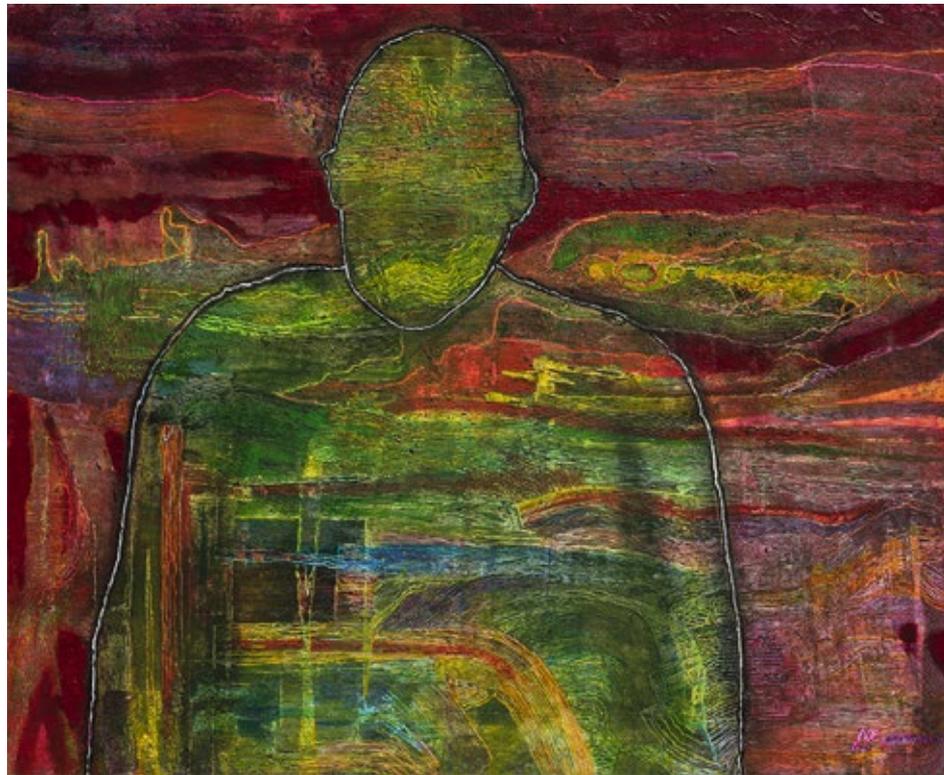
Así, a través de estas reflexiones que entrelazan los mundos interiores con el exterior, los contextos y los entornos, el diálogo nos lleva al tema del paisaje en la obra de Noé y a su particular forma de involucrarlo en la pintura a partir de la nostalgia.

“El paisaje adquirió mucha importancia en mí al retorno de un período de no





*Autopaisaje*, 1978. Técnica mixta sobre cartón y acetato, 54 x 64 cm.



*Autorretrato*, 2020. Acrílico, tinta y pastel sobre tela, 90 x 120 cm.

pintar. Porque estaba en el comienzo en la mancha, después en la mancha con la figuración, después me fui al contraste, a la oposición, todo en torno al caos, y era todo muy interior. De repente, bueno, tuve una crisis porque hacía instalaciones que no sabía dónde guardar, ni vender, y empecé a dibujar en terapia y eso me fue llevando a la pintura, cuando al mismo tiempo alquilaba una casa en el Tigre. Estoy hablando de los años 70. Y ahí, en una manera mítica también, porque es la época en que yo hice *Recontrapoder*, me salió el paisaje del Tigre que es el que sirve como estructura de una serie que se llama “La naturaleza y los mitos”. En el año 75 volví a pintar.

Después me fui en el 76 a París y tenía la nostalgia de Latinoamérica y en un viaje que hice a Brasil desde París, ida y vuelta, yo era amigo de un poeta que se había exiliado en Buenos Aires antes: Tiago de

Melo, que era de Manaos; y estuve en esa zona, en el Amazonas. Volví y tuve una serie amazónica pintándola desde París y el paisaje ganó mucha fuerza en mí. De tanto en tanto aparece de vuelta”.

### **El caos, una especie de eternidad**

En cada nuevo tramo de la conversación nos vamos adentrando más y más en las ideas que recorren insistentemente el mundo artístico y filosófico de Noé. Entre la obra que fuimos viendo cuando preparábamos la entrevista nos llamaron la atención dos autorretratos, uno del año 78 (*Autopaisaje*) y otro de 2020 (*Autorretrato*). Se los mencionamos a Yuyo y la reflexión sobre esas dos pinturas nos termina arrojando de lleno al tema central de su trabajo, que viene anunciándose desde el primer momento: con ustedes, su majestad, el caos.



“Ese retrato que mencionan está fundido con el paisaje. En el otro, el último, habrás visto que es una silueta, en realidad, que se funde con un contexto abstracto, pero mis rasgos desaparecen. Están latentes, pero desaparecen. Y es lo mismo: uno se funde o con el paisaje o con todo, y entonces, ¿qué es el todo? El todo es el todo abstracto con nombres de cosas concretas, pero en realidad es un todo abstracto. Yo veo el mundo como pequeños entes. Lo figurativo y lo abstracto para mí es exactamente lo mismo. En el lenguaje, no somos conscientes, pero en el lenguaje nosotros hablamos más en categorías abstractas que en categorías concretas. Porque estamos calificando y clasificando, y toda clasificación son categorías abstractas. Decimos algo de alguien y lo único concreto es el alguien, pero el algo que decimos es abstracto. En ese sentido, creo que la existencia

humana es una pequeña anécdota en el conglomerado total que va cambiando permanentemente, que para mí es mi tema: el caos”.

“Yo nunca confundo caos con desorden. Me parece que es uno de los grandes errores que existen, teóricamente, el de confundir caos con desorden. Orden y desorden son categorías concretas, son conceptos de algo que está ordenado y algo que está desordenado. Tienen una concepción estática: ordenado–desordenado. En cambio, el caos no tiene contrario, permanentemente va fluyendo. En ese sentido, el escenario del caos es el tiempo, categoría también, no concepto sino vaga concepción, de todo aquello que se nos escapa, de aquello que no lo podemos controlar. Porque una de las cosas más incontrolables que vemos es el tiempo. Y tiempo también es una palabra que no tiene contrario, porque eternidad

no es lo contrario. Eternidad es justamente la categoría esencial del tiempo. El caos es una especie de eternidad. El caos es una especie de dios en realidad, no del dios creador, sino en el sentido del absoluto. Es un absoluto. Un absoluto despelotado si se quiere. Es un absoluto totalmente en movimiento, no un absoluto estático, que es como la gente categoriza el concepto de lo divino”.

Y en esta búsqueda para definir esa realidad en la que habitamos los seres humanos y dentro de la cual se da toda existencia, que podríamos, siguiendo a Yuyo, denominar caos, se nos aparece la pregunta por la libertad, el determinismo y el azar:

“El caos va cambiando permanentemente. Nosotros al vivir el caos podemos decir que las cosas se nos dan por azar, pero es una consecuencia de todo ese fluir

A cara tapada, 2020. Acrílico y tinta sobre tela, 127 x 109,5 cm.



*Optimista/escéptico, 2019. Acrílico, ojos plásticos, papel, 100 x 135 cm.*



entrecruzado. Libertad es un sueño. Ninguno de nosotros somos libres. Todos nosotros queremos ser libres, que es otra cosa. Toda condición que tenemos, desde que nacemos en un determinado país – que es como ser socio por nacimiento de un club– la patria es el club que nos toca ser socios desde que nacemos. ¿Hemos elegido ser argentinos? No. ¿Hemos elegido ser latinoamericanos? No. ¿Hemos elegido vivir en esta época? No. ¿Hemos elegido ser de tal clase social? No. ¿Qué hemos elegido? Si todos estamos condicionados de entrada, entonces de qué libertad podemos hablar. La libertad es un sueño. La libertad es: queremos ser libres, y de qué queremos ser libres, queremos ser libres de nosotros mismos, tal vez. De todo eso que tanto nos han condicionado”.

### **El blanco y negro también es color**

En el devenir del diálogo, que a esta altura ya va evidenciando la presencia de lo fragmentario y lo caótico como parte de la charla misma, le pedimos a Yuyo algún comentario acerca del color, concretamente le preguntamos si se puede pensar en “asumir el caos” en términos visuales sin la participación del color. Y, como no podía ser de otra manera, su respuesta lleva a repensar todas las definiciones y a buscar nuevas conexiones, nuevos contrastes, tensiones y superposiciones.

“El blanco y negro también es color. Todo depende de qué se entiende por color. El color al igual que el blanco y el negro forman parte del abecedario de lo visual y uno estructura con todos esos elementos. Antes lo usaba menos, pero yo ahora estoy usando mucho el blanco y negro también, y me gusta el contraste de lo figurativo y

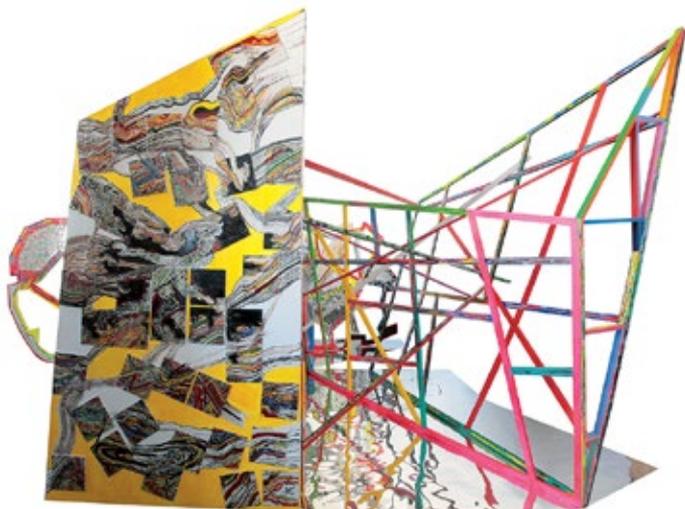


Lo abstracto, la línea y el color, el contraste de la pintura y el dibujo, el contraste de tensión entre los planos negros y las líneas simples y los planos blancos. Todo lo que ayuda a valorizar una cosa en contra de la otra me interesa más. Es como intentar precisar lo que uno está expresando. Hay algo de lo que yo me congratulo: antes, cuando hablaba, nadie entendía un carajo lo que yo decía porque todo se me juntaba y quería decir todo al mismo tiempo. Ahora creo que yo mismo me estoy entendiendo y lo estoy diciendo cada vez más claro. Lo mismo visualmente, eso es lo que me interesa. Los filósofos que creen en la oscuridad, en decir las cosas complejas porque están pensando mucho, me parece que el problema lo tienen ellos, que todavía no saben lo que están pensando, y lo digo incluso para grandes filósofos. Es decir, pueden ser grandes filósofos, pero el gran, gran, gran filósofo es el que

puede llegar a formular con claridad sus pensamientos. Ahora, decir claridad no quiere decir que se lo reduzca al absurdo de decir algo muy simple, sino tener la precisión consciente de qué es lo que está queriendo formular. Hay una cosa que yo me doy cuenta, por ejemplo, que a veces uno, cuando se quiere formar en filosofía, agarra los manuales que explican lo que piensa tal filósofo o tal otro, creyendo que los manuales lo van a ayudar a uno a comprender al filósofo, y es todo lo contrario. Es mucho más fácil entender al filósofo directamente que entender al manual que lo explica al filósofo”.

### **El retorno del paisaje**

Para finalizar, reaparece el tema del paisaje en vinculación con la cuestión del plano, la visión quebrada, la unidad y el trabajo de formular de modo visual la idea del caos. Y para el cierre,



Serie *Entreveros*, 2017.



unas palabras sobre la tarea del pintor, que se descubre a sí mismo aprendiendo a pintar a sus casi 88 años.

“Lo que pasa es que el paisaje por lo general tiene una atmósfera y la atmósfera lo une. El paisaje es caótico de por sí. Pero la atmósfera lo hace retroceder o lo hace ganar, no sé exactamente, como un todo, y el caos tiene más bien el concepto de que todo se va rompiendo y se va deshaciendo. Eso es lo que yo intenté hacer con cuadro dividido, visión quebrada. Esos son los primeros términos que yo fui utilizando, en mi *Antiéstética*, que publiqué en el 65, hablaba en esos términos. Después fui yendo a instalaciones muy difíciles de vender, de guardar, pero en las que la estructura era justamente de opuestos espaciales. Y la idea de instalación siempre me trabaja. La instalación me llevó a parar de trabajar durante años,

porque había llegado a un punto que era muy difícil resolver, y después volví al plano nuevamente. Pero durante nueve años no hice obra pictórica por esa razón. Pero volví a través del dibujo justamente en una terapia que había hecho, empecé a dibujar, y el dibujo me llevo a la pintura nuevamente. En el 94 volví a intentar hacer instalaciones y yo creo que la mejor instalación que he hecho, la más lograda de todas, es la que hice en el 17 en la exposición que hice en el Bellas Artes *Miradas prospectivas*, y la instalación se llama “Entreveros”, pero siempre el problema es dónde se pone, dónde se guarda. Es como hacer para deshacer, tiene algo de fracaso en sí mismo”.

“Pero ahora estoy contento con algo que estoy logrando, mirá que me falta menos de un mes para cumplir 88 años. Yo no tengo ningún miedo a la muerte, pero espero que la vida me dé una propina



para poder llegar a terminar ciertas cosas. Lo que estoy escribiendo, lo que quiero escribir. Y también a terminar de formular, un poco visualmente, mi idea del caos que todavía creo que no lo logré. No lo logré. Y ahora estoy creyendo que, aún en el plano, estoy haciendo una obra muy libre

en este momento, en el sentido de que la empiezo por todas partes, nada tiene que ver con nada, pero al final hay una unidad de vibración, de tensión por vibración total que me parece que es como que estoy recién aprendiendo a pintar. Lo digo en serio, no lo digo en chiste”.

# Resistir la entropía

Actualmente, los sistemas relictos son la esperanza para la sanación del planeta. En estos ecosistemas que todavía se mantienen y en la mayoría de las especies que por miles y miles de años han coevolucionado se encuentra la vitalidad, la salud de la naturaleza.

Son espacios que, en general, han quedado fuera del territorio arrasado, utilizado y habitado por el ser humano. Algunos fueron impactados en el pasado y se están recuperando, otros nunca fueron alterados por “el hombre”. Comúnmente, muchas de las especies que los conforman son endémicas, es decir que se localizan de manera específica en el sistema en el que se asientan, y se

mantienen en pocos ejemplares, ocupando un espacio mucho menor que en el pasado, lo que las sitúa al borde de la extinción.

La conservación de estos relictos es primordial para restablecer los procesos ecológicos fundamentales del planeta. Como si constituyeran una levadura relictual de masa madre para hacer pan, como algunas de estas levaduras que se mantienen vivas desde hace siglos, los relictos naturales permiten recuperar gradualmente áreas que han quedado devastadas por el ser humano. En algunos casos esta tarea puede llevar años, si la intervención del ser humano es consciente, intensa y amorosa; en otros casos se necesitan

*Gustavo Ramírez\**

\* Fundador de la Ecovilla Gaia, Navarro, provincia de Buenos Aires (Argentina); de la Asociación Gaia y de la Universidad Internacional de Permacultura: [www.gaia.org.ar](http://www.gaia.org.ar).

Fotos: ©Asociación Gaia. Derechos reservados, con amable autorización para este número de *Antesis*.



siglos o miles de años (unidades de tiempo comunes en la vida del planeta).

Estos relictos son como bibliotecas: encierran una increíble diversidad genética y, por lo tanto, el valor de la información que mora en sus genes para la evolución es imposible de estimar.

La sociedad de consumo está basada en un proceso contrario al de la naturaleza. Busca homogeneizar todo. La misma moda, la misma comida en todo el mundo. Los mismos pensamientos, la misma forma de hacer agricultura, las mismas semillas para todos los ecosistemas. Nuestra acción en el planeta obra hacia la dirección inversa a la de la evolución, ya que esta última, a lo largo de millones de años, ha favorecido y logrado la aparición de cientos de miles de especies, mientras nosotros las vamos destruyendo.

Perder la diversidad, la adaptación a los climas y a los suelos tan variados del planeta no es más que avanzar hacia la extinción de la





especie humana. Si existe la posibilidad de que estemos vivos, es por los millares de años de evolución durante los cuales se ha tejido la red de la vida.

El hecho de que en cuestión de unas décadas aniquilemos este camino nos posiciona en un lugar que queda fuera de la evolución. Se trata de una fuerza entrópica que trabaja para destruir el medio y a sí misma.

Por eso, los sistemas relictos son como espacios o cuerpos sagrados donde lo más puro, lo más esencial de la vida sigue existiendo.

Por otra parte, también son sistemas relictos aquellas culturas originarias que en su mayoría cuentan con una cantidad muy reducida de población. Muchas de ellas tienen miles de años viviendo en un ecosistema, en equilibrio con su cosmovisión. Todo esto tiene un valor que no se puede mensurar. Al mismo tiempo, no es menos cierto que dentro de la modernidad han surgido movimientos relictuales. Uno de ellos es el de la permacultura, en el cual baso



mis pasos sobre el planeta. La propuesta de la permacultura es la integración de una amplia sabiduría ancestral dedicada al cuidado del planeta con conocimientos científicos de la modernidad. Es un proyecto que tiene el potencial de ayudar a regenerar el planeta, pero por la escasa cantidad de personas adheridas y su casi nulo reconocimiento por parte de los gobiernos somos como un relictos que tiene que cuidarse para no perderse en la sociedad. Los aportes de la permacultura están siendo muy útiles para salvar los ecosistemas

relictuales y también las culturas que están en el mismo proceso.

Es de esperar que cada vez más personas se atrevan a vivir en la naturaleza, *creando pequeños relictos* (¡valga la paradoja!) gracias a las propuestas de la permacultura, y que desde estos lugares se lleven a su área de intervención hacia sus alrededores, pasando así de ser destructores a ser curanderos del planeta. Sanar el planeta es el paso que tenemos que dar para sanarnos a nosotros.

# Retazos del olvido

## Fragmentación, corredores y movilidad de la fauna

Enrique Baquero\*

La realidad de la conservación de la naturaleza es un asunto complejo. Puede abordarse desde la sociedad, la cooperación, la política y, por último, la ciencia, desde la ecología. En realidad, esta última debería abordarlo considerando a todas las anteriores, incluyendo todas las dimensiones, todos los elementos, el pasado, el presente y el futuro. En este volumen el concepto protagonista es lo “relictos”, y en este texto lo serán los bosques relictos. Trataremos de explicar qué son, cuáles son sus orígenes o sus causas, qué los amenaza y también cómo podemos protegerlos.

Un *bosque relictos* es lo que queda de un bosque natural tras retroceder en extensión hasta una superficie minúscula en relación con la que tuvo en su origen. Para ser considerado con valor natural debería mantener una cierta calidad de relaciones ecológicas, es decir, una razonable diversidad biológica, y mantener unas condiciones similares a las del bosque originario. Con fines descriptivos, y considerando la jerga ecológica, una parcela de bosque relictos puede ser considerada como una “isla” rodeada de una matriz que la afecta. Lógicamente, esta terminología puede utilizarse con cualquier

\*Profesor de Zoología y Ecología, Departamento de Biología Ambiental, e Investigador de BIOMA (Instituto Biodiversidad y Medioambiente), Universidad de Navarra, España.

Créditos fotográficos: ©Enrique Baquero. Con amable autorización para este número de *Antesis*.





otro hábitat natural distinto a los bosques. Un hábitat se define como el lugar con condiciones apropiadas –el ambiente– para que viva un organismo, una especie o una comunidad animal o vegetal.

Los bosques relictos son un tipo de *espacio natural*, una parte del territorio que no se encuentra modificada por la acción del ser huma-

no. El término se utiliza también, sin considerar su significado estricto, para designar alguna de las categorías que sirven, de acuerdo con las diferentes legislaciones, para la protección de determinadas zonas de la naturaleza de especial interés. Además, pueden ser considerados como un *paisaje*, pero eso sí, muy especial. Según el Convenio Europeo del Paisaje, el paisaje

es un recurso no renovable y queda definido como: “cualquier parte del territorio, tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y humanos”. El hombre, como queda claro en esta definición, cobra protagonismo cuando se habla de paisaje.

### **El espacio se fractura**

La mayor amenaza para la conservación de los bosques relictos (también de otros espacios naturales) es la *fragmentación*, que en ecología es el proceso por el que una determinada superficie de hábitat queda dividida en parcelas más pequeñas, aisladas entre sí por una matriz de diferente naturaleza a la del hábitat original. Puede parecer que esto no es importante, pero veremos que es un fenómeno que afecta drásticamente la dinámica ecológica de cualquier espacio natural que albergue vida, más aún la vida silvestre, y especialmente su *mo-*

*vilidad*. Para entender por qué, explicaremos qué son el ecotono y el efecto borde. El *ecotono* se define como la zona de transición entre dos ecosistemas diferentes, a modo de frontera ecológica de distinta anchura. Aquí deberíamos pensar en el bosque relictos y lo que haya a su alrededor. Permite la presencia de las especies de ambos sistemas, y frecuentemente se añaden otras que solo están presentes en él. Es un interesante recurso de conservación si se mantiene, pero esto no ocurre cuando las superficies productivas modernas apuran hasta los últimos centímetros de las parcelas que ocupan. El *efecto borde* define la influencia de la matriz que rodea una parcela de bosque (o de otro hábitat que estemos considerando), y según el tamaño de esta parcela, debido a este efecto, puede que no quede en ella una superficie con suficientes condiciones adecuadas para la presencia de determinadas especies. El tamaño de las parcelas tiene una importancia vital en la conservación de la biodiversidad en ellas.



### **Los organismos se organizan**

Ya hemos citado en el párrafo anterior a las especies, las que aprovechan el espacio natural que estamos definiendo. Actualmente, se considera que las especies, agrupadas en poblaciones, se manifiestan bajo la forma de *metapo-*

*blaciones*. Los componentes de una especie se presentan en grupos separados en el espacio, interactuando entre sí y no, como se consideraba hasta hace unos años, formando un solo conjunto. Este concepto es importante, especialmente en relación con las especies de hábitats fragmentados. Cuantos menos integrantes tenga cada grupo, mayores son las posibilidades de sufrir endogamia y extinguirse. En el sentido opuesto, la eventual llegada a un grupo de individuos de otro más próspero favorece su saneamiento gracias al flujo genético. También pueden ser recolonizadas las áreas que han perdido todos los individuos de uno de los grupos. En resumen, la metapoblación es más estable que cada uno de sus grupos.

### **Corredores biológicos: elementos de unión**

Como concepto opuesto al de fragmentación aparece el de *corredor biológico*, definido como la ruta que conecta espacios naturales que

comparten similitudes, ambiente, que pueden ser considerados hábitats similares. Puede decirse que son lo contrario a la fragmentación, pues favorecen la movilidad de las especies, su migración o dispersión, y por lo tanto enriquecen la salud de una metapoblación y aseguran su conservación. Es esencial que estén protegidos por leyes y gestionados para cumplir su función. Por todo lo anterior, junto con los nodos que conectan –por ejemplo, los bosques relictos de nuestro relato– forman una malla muy importante para la supervivencia de muchos hábitats y especies.

### **La importancia de la gestión**

De los párrafos anteriores puede deducirse, entre líneas, la necesidad de la gestión: para que los espacios naturales con valor no vean reducida su extensión; para que la fragmentación no se produzca salvo que sea estrictamente necesaria; para que cuando se produce se corrija



su efecto negativo mediante la creación de corredores; incluso para que las zonas contiguas a las naturales (por ejemplo, de los bosques relictos) tengan usos que permitan el mantenimiento del ecotono, y que el efecto borde sea reducido. Pero sobre todo hace falta que haya *restauración*. Los ecosistemas tropicales



se ven amenazados desde hace mucho tiempo por la llegada de los monocultivos forestales o agrícolas (madera, palma de aceite, maíz, soja, pasto), y por la ganadería. Es evidente que el mantenimiento de corredores con ecosistemas nativos es importante, pero lo es también la reintroducción de hábitats previos –naturales– donde se han perdido. La movilidad que se posibilita entre los fragmentos de los bosques relictos –o entre otros tipos de hábitats cuando el ecosistema no es forestal– es solo uno de los beneficios. Los árboles, protagonistas dentro del grupo de especies que conforman la comunidad biológica de los bosques, favorecen una importante lluvia de semillas, que llegan con los animales cuando los utilizan como percha o refugio, promoviendo el reclutamiento de especies que no estaban presentes en el hábitat degradado. Y no son solo los vertebrados los que contribuyen a este enriquecimiento de la biodiversidad. Los insectos ven diversificada la oferta de alimento, contribuyen a la regenera-

ción con su labor de polinización y, por si fuera poco, llegan para enriquecer la red trófica siendo ellos mismos alimento para otros.

### **Es posible la convivencia**

En ocasiones las plantaciones de árboles forestales permiten cierta regeneración natural. La clave es la sombra, que puede impedir la llegada de especies pioneras (que en su mayoría son exóticas) pero permiten el crecimiento de las especies presentes en los bosques maduros, adaptadas a la supervivencia y al desarrollo en estas condiciones. Es una dirección interesante pues permite la obtención de beneficio sin dejar de lado la conservación. Una alternativa es considerar la naturaleza, forma y disposición de las parcelas dedicadas a la producción, tanto forestal como agrícola. Es decir, es posible compatibilizar la producción creando espacios de convivencia de especies productivas y de especies autóctonas, lo que en ocasiones se llama

cultivo agroforestal. Pueden ser tanto agrícolas como silvícolas, y es posible incluso considerar fórmulas mixtas que incluyan la ganadería. La consideración de todo lo dicho anteriormente lleva a la conclusión de que una determinada superficie, según sea su naturaleza y disposición en el territorio, puede suponer una barrera mayor o menor y, por lo tanto, fragmentar más o menos. Cuanto menos perímetro tenga –con relación a su superficie–, menor será el efecto borde, más orientada estará la balanza hacia la conservación y mayor será su contribución a la conectividad.

### **La importancia del tiempo**

Indudablemente, una zona degradada que es dejada a su evolución natural llegará a aproximarse a lo que era en un tiempo determinado, a veces muy prolongado. Pero la gestión puede acelerar el proceso si 1) se toman decisiones correctas respecto de la forma de las parcelas

dedicadas a la producción en relación con los parches naturales existentes o en regeneración; 2) se actúa de forma directa mediante la plantación de especies que inicien procesos de regeneración de hábitats naturales; y 3) se integra la actividad productiva con la de conservación, sustituyendo el modelo que favorece los monocultivos por otros que añadan otros parámetros de valor distintos a la simple productividad.

### **Una breve presentación de la realidad**

Solo superada por la selva amazónica, la selva paranaense es la segunda más grande del continente sudamericano. Se estima que actualmente se ha perdido el 92% de su extensión original –desde el noreste argentino, este de Paraguay y suroeste de Brasil–. Lo que queda de este tipo de bosque, la mata atlántica de Sudamérica, resiste bajo forma de bosques relictos aislados, con la excepción de un área



de cierta extensión en Misiones. Afortunadamente, gracias al interés de activistas de la zona, apoyados por la administración, pero sobre todo por la movilización de su población, se están cambiando las prácticas ganaderas, creándose corredores para la fauna que conectan bosques aislados, y recuperándose algunas poblaciones, como la del jaguar.

Otro ejemplo ilusionante es el del proyecto en el valle Traslasierra, en Córdoba. Actuaciones de ordenamiento territorial, de normativas que protegen las cuencas y ordenan el uso de recursos, y la creación de corredores para la fauna, aportan identidad a la población existente y permiten tener esperanza en un escenario futuro que revierta la tendencia a la degradación de estos ecosistemas.

### **Reflexión final**

La conservación de los bosques relictos no es una opción, es una obligación. En primer lugar, representan el testigo necesario de cómo era la naturaleza antes de que el hombre sobrepasara la línea de no retorno de la explotación de recursos, sobre todo la de la superficie. En segundo lugar, porque albergan un importante porcentaje de la biodiversidad en muchas zonas del mundo, a muchas especies que tienen en ellos su último refugio. Finalmente, porque es una necesidad moral para la humanidad, porque la responsabilidad con el patrimonio natural y también con los moradores humanos de esas áreas nos define como especie. Y no estamos cumpliendo con nuestra definición.

## Smoke

Paul: Escucha atentamente. Hace unos veinticinco años, un joven fue, solo, a esquiar a los Alpes. Hubo una avalancha, la nieve se lo tragó, y su cuerpo nunca fue recuperado.

Thomas: Fin.

Paul: No, no es el final. Es el principio. Su hijo en aquel entonces era un niño pequeño, pero los años pasaron y el pequeño creció para convertirse en esquiador también. Un día el invierno pasado, se fue a correr solo por las montañas. Llevaba medio camino y se paró a almorzar junto a una gran roca. Justo cuando estaba desarrollando su sándwich de queso, mira hacia abajo y ve un cuerpo, a sus pies, congelado en el hielo. Se inclina para ver más de cerca, y de repente siente que estaba mirando en un espejo, y que se estaba mirando a sí mismo. Ahí está, muerto, y el cuerpo se encuentra perfectamente intacto, congelado en un bloque de hielo, como alguien preservado en animación suspendida. Se agacha en cuatro patas, mira justo a la cara del



cadáver, y se da cuenta de que está mirando a su padre. Y lo extraño es que el padre es más joven que su hijo ahora. El muchacho se convierte en un hombre y resulta que es más viejo que su propio padre.

*Smoke* (1995)

Director: Wayne Wang; Guion: Paul Auster

# Recuerdos de otra era

Paola Juan Pérez\*

El término “biodiversidad” es bien conocido por todos. Abarca la amplia variedad de formas de vida existentes en el planeta, millones de especies compuestas por individuos genéticamente diferentes que interactúan entre ellos y con otras especies, y que coexisten en el planeta en un amplio abanico de ecosistemas (Jiménez-Sierra *et al.* 2010).

Actualmente se encuentran catalogadas 1.300.000 especies, estimándose una cantidad total de aproximadamente 8.700.000 especies (Mora *et al.*, 2011). Esta casi infinita variedad de especies es el resultado de millones de años

de evolución durante la vida del planeta Tierra. Las primeras y más simples formas de vida datan del periodo Proterozoico, hace 4.000 millones de años, cuando la vida comenzó una carrera de fondo, paciente pero continua, para ir plasmándose muy paulatinamente en diferentes formas cada vez más complejas.

Junto con la vida, las condiciones atmosféricas de la Tierra también fueron cambiando, y la mezcla de persistencia y adaptación al cambio dio lugar a una combinación ganadora materializada en lo que se conoce como la “explosión cámbrica”.

\* Bióloga, Pamplona, España. Autora del texto y de las ilustraciones (derechos reservados, con amable autorización para este número de *Antesis*).

Gracias al registro fósil, hemos podido conocer que durante este evento tuvo lugar la aparición masiva de nuevas formas de vida y una acusada diversificación de las especies ya existentes.

Hasta este momento la vida fue abriéndose camino de manera exitosa, pero, como sabemos, la Tierra es un sistema dinámico, cambiante. A lo largo de su historia, la variación en las condiciones ambientales a causa de intensos periodos de actividad volcánica, glaciaciones, procesos geológicos y también fenómenos externos –como por ejemplo el efecto de las radiaciones o el impacto de meteoritos– produjeron grandes pérdidas de biodiversidad durante eventos alternos de extinción (Molina Martínez, 2016).

Son cinco los periodos catalogados como de extinciones masivas (Ordovícico/Silúrico; Devónico; Pérmico/Triásico; Triásico/Jurásico; Cretácico/Terciario) que ocasionaron una pérdida de biodiversidad de alrededor del 90% de

las especies que existieron a lo largo de la vida de la Tierra (Badii *et al.*, 2008).

A pesar de sufrir tan significativas pérdidas, estos cinco eventos de extinción no afectaron de igual manera a todas las especies y aquellas que sobrevivieron comenzaron un nuevo periodo de recuperación (Molina Martínez, 2016).

Continuaron adaptándose a las nuevas condiciones, evolucionando, y algunas de ellas llegaron a colonizar amplias áreas y mantenerse en el tiempo. Otras, por el contrario, han llegado a nuestros días quedando relegadas a áreas muy concretas y limitadas.

Aquí es donde el término “relicto” entra en el vocabulario de la historia de la vida.

¿Qué es un relicto biológico? ¿Qué aspectos le otorgan esa característica?

En biología, se define relicto como aquellos grupos de especies o especies biológicas que antiguamente contaban con una amplia distri-

bución mundial, pero que actualmente, debido a causas naturales o por la intervención del ser humano, tienen una distribución muchísimo más reducida y restringida a áreas muy concretas del planeta, además de presentar una tendencia decreciente (Habel y Assman, 2010). Además, generalmente se encuentran aisladas taxonómicamente dado que muchas de ellas son supervivientes de algunos de los eventos de extinción acontecidos entre los periodos Terciario y Cuaternario, siendo por ello especies con un origen muy antiguo.

El término relicto se emplea a distintas escalas para referirse a diferentes niveles biológicos de organización, ya sean poblaciones de una única especie, especies pertenecientes al mismo grupo, conjuntos de especies que dan lugar a comunidades, y estas, junto con el medio físico, a ecosistemas como los bosques, por ejemplo. Uno de los tipos de bosque relictos más conocidos es la laurisilva. Se trata de un tipo de bos-

que subtropical, húmedo templado, ampliamente distribuido por el planeta durante la era Terciaria. Tras las glaciaciones de este periodo, y ya en el Cuaternario, su área de distribución se redujo a zonas más cálidas del norte de África y Macaronesia. Actualmente, se pueden encontrar relictos de laurisilva en las islas Azores, Madeira y Canarias, siendo estas últimas la zona donde aparecen las formaciones más extensas. Cuenta con un gran número de especies características y propias, siendo la principal el laurel (*Laurus novocanariensis*), además de viñátigo (*Persea indica*), palo blanco (*Picconia excelsa*), la hija (*Prunus lusitanica*) o el sanguino (*Rhamnus glandulosa*) (Salas-Pascual, 2020), además de especies animales específicas de las islas como el reyezuelo canario (*Regulus teneriffae*) o la paloma turqué (*Columba bollii*) (Fernández-Palacios, 2009).

Del mismo modo que encontramos ecosistemas relictos terrestres, existen ecosistemas



Fig. 1 “*Cycas revoluta*”

acuáticos aislados que representan relictos de antiguas superficies marinas que en eras pasadas estaban cubiertas por ellos. Es el caso de la Reserva de la Biosfera de Cuatrociénagas, en el desierto mexicano de Coahuila, conformada por unas 200 pozas relictuales de lo que fue el mar jurásico que ocupó dicha zona hace 300 millones de años (Ma).

Estas pozas están habitadas por formas de vida que poblaron los mares hace 90 Ma, entre las que figuran más de 100 endemismos (Figuera, 2008).

Como apunte extra, los relictos también pueden darse en la esfera geológica, refiriéndonos a minerales, sedimentos o accidentes geográficos que no han experimentado cambios significativos o cuyos procesos de formación no se encuentran activos.

Sería este el caso de los glaciares relictos, los

cuales actualmente carecen de hielo y solo mantienen una morfología similar a la de un glaciar activo, presentando en su superficie vestigios del movimiento del hielo, desdibujados por el efecto de los procesos erosivos (Gómez *et al.*, 2011).

Como especies representativas del estatus de relictos pueden destacarse las *Cycas* (Fig. 1), que se encuentran distribuidas en trópicos y subtropicos cuyo registro fósil posiciona su origen en la era Mesozoica en Japón (Sánchez Valverde, 2015); el celacanto (*Latimeria chalumnae*) (Fig. 2), originario del Devónico y sin registro fósil desde el Cretácico, hace unos 65 Ma. Sin embargo, en 1938 se capturó un ejemplar vivo en Sudáfrica, encontrándose más adelante otros ejemplares en aguas del océano Índico (Zardoya, 2000).

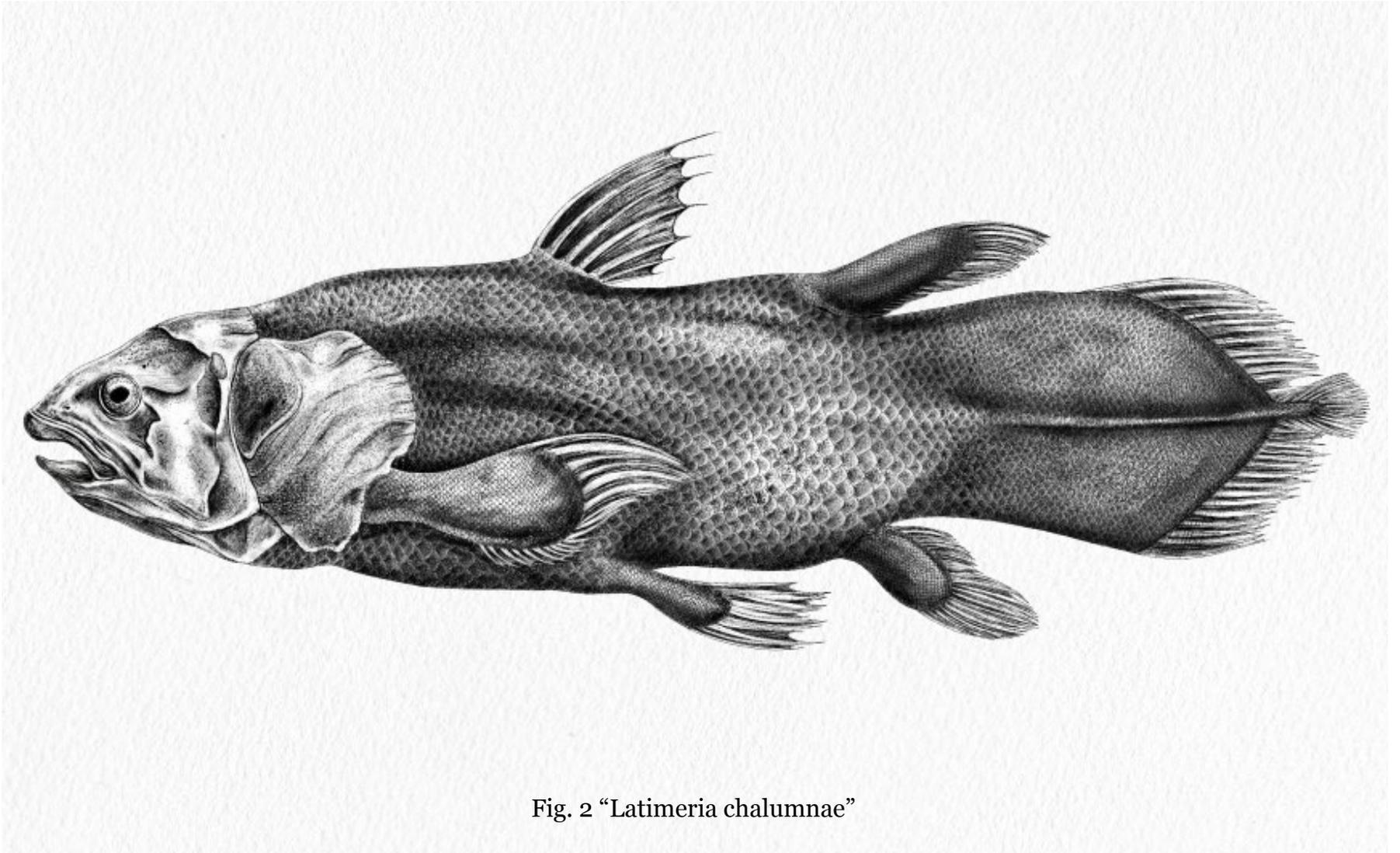


Fig. 2 “*Latimeria chalumnae*”

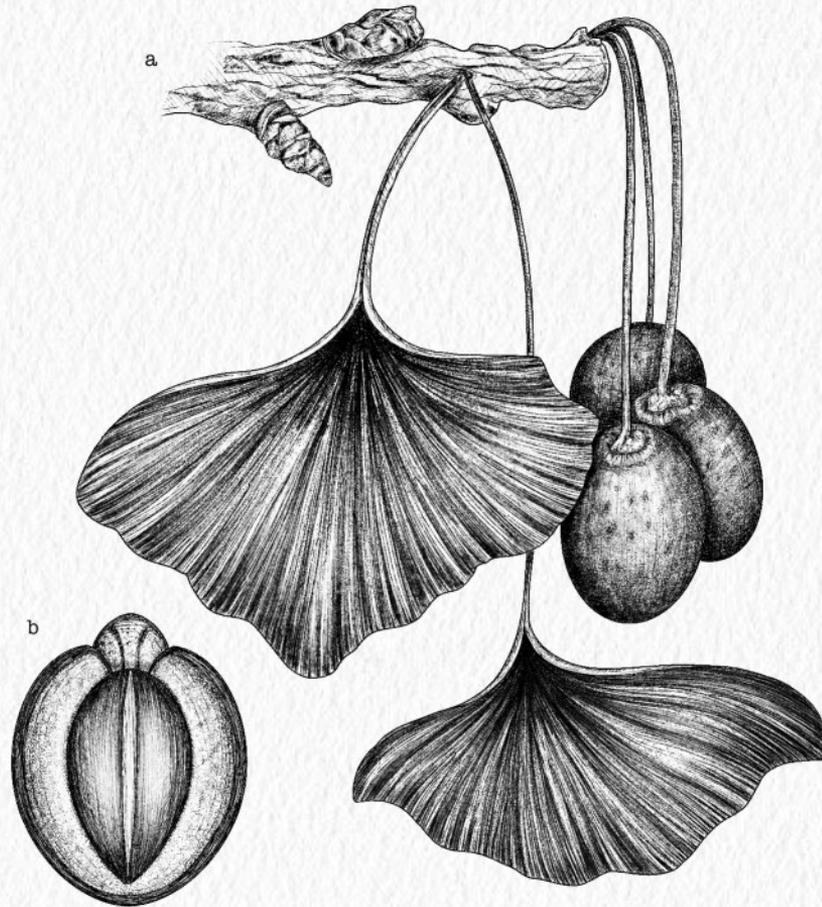


Fig. 3a Hojas y frutos de "Ginkgo biloba"  
Fig. 3b Detalle del interior del fruto

También podrían incluirse en esta categoría las especies pertenecientes al orden Monotremas: equidnas y ornitorrincos. Son mamíferos ovíparos, es decir, se reproducen a partir de la puesta de huevos. Habitan en Australia y Nueva Guinea y se consideran las especies más primitivas de mamíferos.

Habiendo definido y ejemplificado en diferentes escalas el significado y la aplicación del concepto de relictos, nos centraremos ahora en aquellas especies y aquellos ecosistemas que pueden ser catalogados bajo este término.

### **Distintos factores en la misma ecuación**

Consultando diversas fuentes bibliográficas encontramos que sus autores describen paralelamente especies y ecosistemas relictos, basándose tanto en su antigüedad como en el área que estos ocupan. Como hemos visto anteriormente, a lo largo de la historia de la vida ha entrado en juego una multitud de factores,

lo cual se repite en el ámbito de los relictos.

La biología ofrece otras condiciones para describir el estado, la situación y la historia de las especies, que pueden asemejarse –y por ello confundirse– con lo que algunos denominan relictos. Es el caso de los términos “endémico” y “fósil viviente”.

Cuando hablamos de “fósiles vivos”, hacemos referencia a aquellas especies con un origen filogenético antiguo y que hasta hoy han permanecido inalteradas, en términos morfológicos, respecto de sus ancestros fósiles, o presentan vagos signos de evolución (Herrera-Flores, 2018). Serían entonces, especies actuales que presentan una serie de rasgos que calificamos como primitivos (Gío-Argáez, 2004).

En esta categoría encontramos especies como la cola de caballo (*Equisetum arvense*), el *Ginkgo biloba* (Fig. 3a-b), o invertebrados como el cangrejo herradura (*Limulus polyphemus*) (Fig. 4), entre los ejemplos más conocidos.

Por otro lado, están los endemismos, los cuales son representados por especies o grupos de especies cuya presencia natural en un territorio queda reducida a áreas concretas y restringidas (Noguera-Urbano, 2017).

La escala del área a la que quedan circunscriptas estas especies es ampliamente variable, desde un lago concreto a una cima montañosa determinada, una región montañosa, una isla o un continente. Los endemismos pueden surgir por varios motivos, entre los cuales cabe mencionar el aislamiento geográfico del área que habitan, requerimientos ambientales muy particulares, la relativa juventud de una especie determinada o una reducción de su antigua área (Habel *et al.*, 2010). Por ello es común encontrar una alta tasa de endemismos en las islas, ya que estas reúnen la mayoría de las condiciones señaladas.

Como ejemplo de endemismos podríamos citar el lémur en Madagascar, el lince ibérico en la Península Ibérica o el koala en Australia.

¿Qué es lo que determina la condición de “relictos”, “endemismo” o “fósil viviente”?

Durante mi carrera de Biología me familiaricé con este tipo de terminología, pero mientras me encontraba recopilando información para la redacción de esta nota me fueron surgiendo dudas al darme cuenta de que, en algunos casos, el límite entre una especie relictos, una endémica y un fósil viviente no está del todo claro dentro de la comunidad científica. Los tres términos hacen referencia a una condición muy particular de las especies o los ecosistemas y ofrecen similitudes en sus definiciones.

Entonces, ¿qué es lo que determina que una especie sea un “relictos”, un “endemismo” o un “fósil viviente”? ¿Podría equipararse una especie “relictos” a un “fósil viviente”? ¿Una especie “relictos” es “endémica” por necesidad?, o ¿no todos los “endemismos” tienen por qué ser “relictos”?

Recurrí entonces a Enrique Baquero, un profe-

sor –y amigo– especializado en entomología y con un gran conocimiento en materia de biodiversidad animal y ecología de las especies.

Para responder mis dudas, Enrique me dejó muy clara la diferencia entre dos conceptos a considerar a la hora de establecer una categorización para las especies en este contexto: espacio y tiempo. Para otorgar a una especie el *status* de relictas, debemos tener en cuenta que este concepto subraya el espacio, el hecho de encontrarse acotada a una región concreta. En este punto, “relictas” puede entrar en conflicto con “endémico”, ya que la endemidad implica de nuevo una restricción a un área determinada.

Aquí debemos distinguir que una especie puede ser endémica debido a su reciente aparición, es decir, no cuenta con una historia evolutiva como especie formada hace cientos de millones de años. Dada, entonces, su relativa juventud, no ha tenido el tiempo suficiente

para colonizar potenciales áreas nuevas, o bien simplemente permanece en su área de origen pues es la que presenta las condiciones biológicas óptimas para su supervivencia.

En cambio, para el *status* de “relictas”, ese área acotada en la actualidad es un pequeño remanente de lo que antiguamente conformaba una zona muchísimo más extensa.

De manera similar, se nos puede presentar confusa la diferenciación entre “relictas” y “fósil viviente”.

Como se ha explicado antes, las especies relictas se encuentran taxonómicamente aisladas, han variado poco en términos evolutivos y lograron sobrevivir a periodos de extinción adaptándose a las nuevas condiciones ambientales hasta llegar a nuestros días. También pueden haber adquirido esa condición en lapsos más breves de tiempo, como podría ser el caso de una especie antes ampliamente distribuida en un área y que ahora presente un número redu-

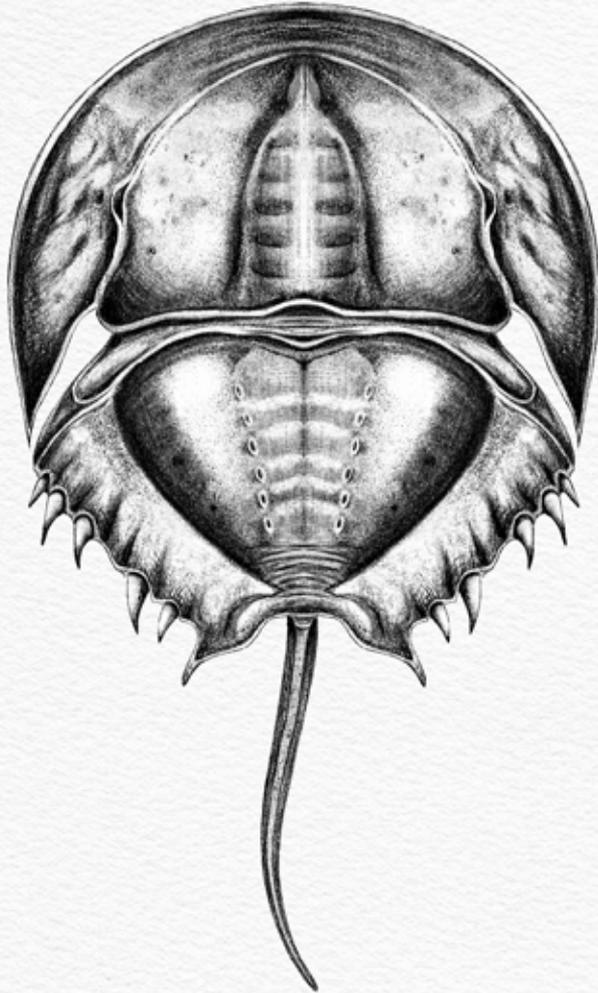


Fig. 4 “Limulus Polyphemus”

cido de individuos en una zona muy acotada, por encontrarse sometida a la presión del ser humano.

Los “fósiles vivientes” también cuentan con ese grado de antigüedad filogenética, pero no presentan esa “necesidad” de reducirse a un área muy limitada del planeta, sino que pueden estar ampliamente distribuidos. Lo importante para determinar si una especie es o no un “fósil viviente” sería su evolución, es decir, la escala temporal.

Podría decirse entonces, que una especie “relictiva” representa la escala espacial de reducirse a un área concreta de los “endemismos” combinada con la escala temporal de la antigüedad filogenética sin grandes cambios evolutivos de los “fósiles vivientes”. En este sentido, un sinónimo para “relictivo” sería el término “paleoendemismo” o “endemismo relictivo”. La Tabla muestra algunas especies que pueden encuadrarse en alguno de los tres *status* definidos.

Especie	Orden	Especie	Orden
<i>Trachypithecus popa</i>	Primates	<i>Zelkova carpinifolia</i>	Rosales
<i>Capra pyrenaica</i>	Artiodactyla	<i>Frangula alnus</i>	Rosales
<i>Ailurus fulgens</i>	Carnivora	<i>Borderea pirenaica</i>	Dioscoreales
<i>Catagonus wagneri</i>	Artiodactyla	<i>Tetraclinis articulata</i>	Pinales
<i>Fringilla teydea</i>	Passeriformes	<i>Ramonda myconi</i>	Lamiales
<i>Vultur gryphus</i>	Cathartiformes	<i>Osmunda regalia</i>	Osmundales
<i>Calotriton asper</i>	Caudata	<i>Sequoia sp</i>	Pinales
<i>Sphenodon punctatus</i>	Sphenodontia	<i>Araucaria araucana</i>	Pinales
<i>Nautilus pompilius</i>	Nautilida	<i>Boronia spathulata</i>	Sapindales
<i>Okapia johnstoni</i>	Artiodactyla	<i>Psilotum nudum</i>	Psilotales

Tabla. Especies animales y vegetales que responden a alguno de los términos relictos, endemismo y fósil viviente

Como hemos visto, durante los miles de millones de años de vida en la Tierra, la aparición y desaparición de especies no ha seguido un ritmo constante, sino que ha ido fluctuando en respuesta a cambios en las condiciones físicas y ambientales del medio. Algunas no consiguieron adaptarse a los cambios y se extinguieron; otras, gracias a la resiliencia, han conseguido permanecer hasta los tiempos actuales, convirtiéndose en relictos y fósiles vivientes.

Vemos también endemismos procedentes de linajes antiguos o relacionados con especies de reciente formación. Sea como sea, los vaivenes de las especies han permanecido sujetos a las fuerzas de la naturaleza, consiguiendo con el tiempo un equilibrio para el óptimo mantenimiento de los ecosistemas terrestres.

Pero desde hace no mucho tiempo debe considerarse otro factor más en la ecuación

equilibrio/desequilibrio de la biodiversidad: el ser humano.

La velocidad a la que intentamos adaptar el medioambiente a nuestras necesidades de vida está provocando cambios insostenibles en el planeta, que traen aparejadas consecuencias directas sobre los ecosistemas.

Está en nuestras manos tomar conciencia de la biodiversidad que nos rodea, de que formamos parte de ella, y frenar la conversión provocada

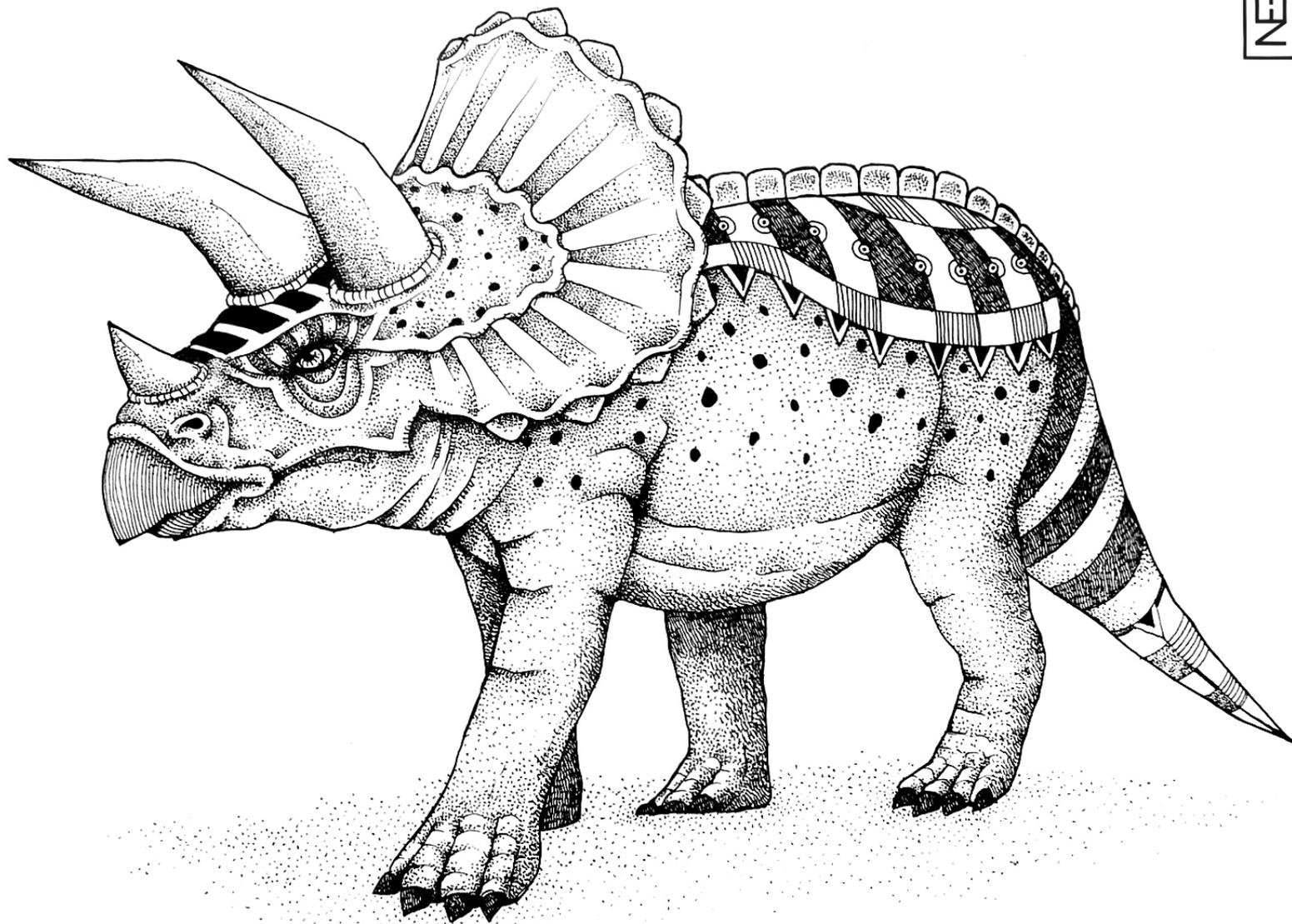
por la fuerza de cientos de especies en relictos, endemismos por desaparición de hábitats, o, en el peor de los casos, su extinción.

Queremos ir más rápido que la naturaleza, pero debemos entender que pertenecemos y dependemos directamente de ella. Es labor de todos nosotros aprender a valorar la importancia del equilibrio natural, para el cual la conservación de la biodiversidad es una parte fundamental.

## Referencias

- Badii, M. H., Landeros Flores, J. y Garza Almanza, V. (2008). "Historia evolutiva de la vida". *CULCyT: Cultura Científica y Tecnológica*, vol. 5, n° 25, pp. 6-18 [consulta mayo 2021] ISSN-e 2007-0411.
- Fernández-Palacios, J. M. (2009). 9360 Laurusilvas macaronésicas (*Laurus*, *Ocotea*) (\*). En: W. A.A., *Bases ecológicas preliminares para la conservación de los tipos de hábitat de interés comunitario en España*. Madrid: Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino. 68 p.
- Figueras A. (18 de marzo, 2008). Otro ecosistema "marino" amenazado. Madrid+d Blogs. [https://www.madrimasd.org/blogs/ciencia\\_marina/2008/03/18/86859](https://www.madrimasd.org/blogs/ciencia_marina/2008/03/18/86859)
- Gío-Argáez, R. (2004). "Los fósiles". Academia Mexicana de Ciencias, enero-marzo. Disponible en: [https://www.amc.edu.mx/revistaciencia/images/revista/55\\_1/presentacion\\_fosiles.pdf](https://www.amc.edu.mx/revistaciencia/images/revista/55_1/presentacion_fosiles.pdf)
- Gómez-Villar, A., González Gutiérrez, R. B., Redondo Vega, J. M. y Santos González, J. (2011). "Distribución

- de glaciares rocosos relictos en la Cordillera Cantábrica". *Cuadernos de investigación geográfica / Geographical Research Letters*. La Rioja: Universidad de La Rioja, 37(2), pp. 49-80. ISSN: 0211-6820.
- Habel, Jan y Assman, Thorsten (2010). *Relict species: Phylogeography and conservation biology*. Londres-Nueva York: Springer Heidelberg Dordrecht. ISBN: 978-3-540-92159-2. doi: 10.1007/978-3-540-92160-8.
- Herrera-Flores, J. (2018). "Macroevolución, fósiles vivientes y la 'Tuátara' como ejemplo". Julio. Disponible en: [https://www.researchgate.net/publication/332874072\\_Macroevolucion\\_fosiles\\_vivientes\\_y\\_la\\_Tuatara\\_como\\_ejemplo](https://www.researchgate.net/publication/332874072_Macroevolucion_fosiles_vivientes_y_la_Tuatara_como_ejemplo)
- Jiménez-Sierra, C. L., Torres-Orozco B, R. y Corcuera Martínez del Río, P. (2010). "Biodiversidad. Una alerta". *Casa del Tiempo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, división de Ciencias Biológicas y de la Salud, n° 36, pp. 9-16 [consulta mayo 2021], ISSN 0185-4275. Disponible en: [http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/36\\_iv\\_oct\\_2010/casa\\_del\\_tiempo\\_eIV\\_num36\\_09\\_16.pdf](http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/36_iv_oct_2010/casa_del_tiempo_eIV_num36_09_16.pdf)
- Molina Martínez, E. (2016). "Eventos de extinción desde el Cretácico a la actualidad: patrones, causas y efectos". Real Academia de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales de Zaragoza.
- Mora C., Tittensor D. P., Adl, S., Simpson, A. G. B. y Worm, B. (2011). "How Many Species Are There on Earth and in the Ocean?". *PLoS Biol*, 9(8), e1001127. doi: 10.1371/journal.pbio.1001127.
- Noguera-Urbano, Elkin A. (2017). "El endemismo: diferenciación del término, métodos y aplicaciones". *Acta zoológica mexicana*, 33(1), pp. 89-107 [consulta mayo 2021]. ISSN 2448-8445. Disponible en: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0065-17372017000100089&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0065-17372017000100089&lng=es&tlng=es).
- Salas-Pascual, M. (2020). "Flora y Vegetación de Gran Canaria". Gran Canaria: las huellas del tiempo. Actas XV Semana Científica Telesforo Bravo. Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. pp. 116-165.
- Sánchez Valverde, M. (2015). "Cycas revoluta Thunb. Generalidades, manejo del cultivo y enfermedades".
- Zardoya, R. (2020). "El Celacanto, el pez olvidado por el tiempo". *Babab*, n° 1, marzo. Disponible en: <https://www.babab.com/no01/celacanto.htm>



# Epecuén arquetípico

“Tu visión se hará más clara  
solamente cuando mires dentro de tu corazón.  
Aquel que mira fuera, sueña.  
Quien mira en su interior, despierta.”  
Carl Gustav Jung

## Paisaje onírico al desnudo

En el año 1985, Epecuén –la perla de la provincia de Buenos Aires– centro turístico reconocido por sus aguas curativas de igual concentración salina que el Mar Muerto, en menos de quince días quedó siete metros bajo el agua, durante veinte años. Ya en el año 2010, tan solo unas manzanas estaban inundadas y desde entonces persiste al desnudo un

paisaje onírico. Los pies se hunden en el suelo arcilloso, los árboles plateados de sal están suspendidos con las raíces expuestas y flota una cierta neblina vaporosa. Un pueblo entero, con su entramado en damero perfectamente trazado, completamente abandonado, entre cristalizado y derruido, corroído, y de tanto en tanto, objetos abandonados de último momento, como esqueletos oxidados de una vida que se evaporó.

Epecuén me sorprende cada vez, trato de dilucidar algo del origen de su encanto, esa mezcla de devastación y belleza que nos zambulle en una profunda admiración, una sensación entre extraña y familiar a la vez... Como el paisaje superpuesto de los sueños, que detrás de su aparente caos condensa una lógica yuxtapues-

*Eliana Abramoff\**

\* Licenciada en Psicología, Buenos Aires. Agradecimientos: Jessica Hecht, Lila Michalski y Malena Calzetta.  
Créditos fotográficos: ©Eliana Abramoff. Con amable autorización para este número de *Antesis*.



ta, capas que resuenan y se asientan unas tras otras sobre una huella anterior.

Al comenzar a retirarse el agua, lo primero que dejó a la vista, inevitable e irónicamente, fue el imponente Matadero de Salomone, construido en 1937. Este prolífero ingeniero y arquitecto fue reconocido por su obra pública en el interior de la provincia durante la década infame. En el acercamiento a esa etapa de su trayectoria –caracterizada por los mataderos, cementerios y municipios– se observa que la misma se distingue por la construcción de obras que denotan, por sobre todas las cosas, sentido de autoridad y orden. Estado, muerte y castigo como posible interpretación de la gran presencia y verticalidad desproporcionada para una chata y despoblada llanura. Y en este sentido podemos pensar también que su plan de obra pública pareciera reversionar el uso de ciertas construcciones como modo de conquista definitiva del territorio ganado;



reminiscencias de las campañas del desierto que precisamente tuvieron allí su origen. Una “evangelización edilicia” a través de la construcción de monumentos de presencia magnánima como protección mágica del territorio, que le otorga así el carácter simbólico de tótem.

Y si de presencias magnánimas hablamos, le damos la bienvenida a Freud, quien en *Tótem y*



*tabú* estudia los vínculos entre neurosis y cultura, entre ontogenia y filogenia, y ubica allí la importancia del tótem como organizador del clan, como símbolo de una ley que ordena los límites y las posibilidades. En él, postula que, no obstante haber caducado el sistema totémico, las nuevas formas de organización sociofamiliar lo contienen como relicto.

**Lo que el tótem es a la cultura, la función paterna lo es a la psiquis**

El tótem es el representante material de la ley, una prohibición que ordena la barbarie relativa al goce de los sujetos y pone un límite a la pulsión. En la esfera familiar, la función paterna opera como instancia simbólica estructurante de la subjetividad (prohibición) e inserta a los sujetos en el entramado social (exogamia). Esa configuración psíquica singular moldea nuestra emocionalidad y construye diques para apartar de la consciencia aquello que trate de alterar

el orden instituido. Sobre ese drama primario de prohibición y acatamiento a la ley paterna es que, a través de la represión, se estructura la psiquis. Sin embargo, aquello apartado de la consciencia buscará manifestarse e inevitablemente retornará como compulsión a la repetición de esa novela familiar disfrazada de síntomas, sueños, actos fallidos. Una lucha entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, como fuerzas complementarias de la vida y la batalla entre el consciente y el inconsciente, como dinámica de la psiquis.

En Epecuén, el paisaje es resultado de la prohibición y a la vez del desborde, de la vuelta de aquello que había sido vedado. El terraplén no soporta la presión del agua y revienta, inundando todo. El paisaje de lo que pudo permanecer resuena como desborde pulsional representado por ese lago que arrasa con el pueblo, con el orden, y ahoga al tótem. Como una alegoría de las advertencias freudianas de que aquello





reprimido siempre retorna, el agua –ancestralmente relacionada con las emociones– comienza a crecer y crecer. Un embate pulsional que parece rebelarse contra todo límite, inundando todo día a día, demuestra que el agua se adapta pero finalmente siempre vence. Me sumerjo en el agua y voy más allá: a las enseñanzas del psicoanálisis transpersonal de



Jung. Al agua como símbolo del inconsciente colectivo que oculta, bajo su superficie lúcida, profundos contenidos en sombra, *“que irrumpen en la tierra firme de la consciencia como una marea. Tales irrupciones son inquietantes por su carácter irracional y porque resultan inexplicables a quien las padece”*.<sup>1</sup> Así, el inconsciente personal descansa sobre una capa



más profunda, la del inconsciente colectivo, en el que los arquetipos –en cuanto modos de funcionamiento psíquico inconsciente y heredado– conforman una estructura comparable “al sistema axial de un cristal, que predetermina la formación cristalina en el agua madre sin



*poseer él mismo existencia material. Esta existencia se manifiesta primero en la manera de cristalizar los iones y después las moléculas”.*<sup>2</sup> Por lo tanto, como el agua antes de ser agua contiene la información relativa a cómo configurarse, existe un aprendizaje colectivo

1 Jung, C. G. (2014). *Psicología y Alquimia*. Buenos Aires: Enrique Santiago Rueda Editor.

2 Jung, C. G. (1982). *Símbolos de transformación*. Barcelona: Paidós.



que es innato e inconsciente en el que se asienta todo aprendizaje individual. Este aprendizaje previo estructura nuestras percepciones y determina nuestras respuestas psicológicas. Los arquetipos no son perceptibles por sí mismos, accedemos a ellos a través de las imágenes en las cuales se proyectan. A nivel individual, en los sueños, en las fantasías y en las formaciones sintomáticas y, a nivel colectivo, en los mitos en cuanto elaboraciones culturales.

Sobre esta base, Carl Gustav Jung –que fue un estudioso de los textos antiguos y de los trabajos de los alquimistas– entiende a la proyección de la trama inconsciente como plantilla significadora de la realidad y considera que este mecanismo está presente en la historia del conocimiento de la naturaleza en general. *“Como es sabido, la ciencia comenzó con los astros, en los cuales la humanidad descubrió sus dominantes del inconsciente [...] Tales proyecciones se repiten siempre cuando el hombre procura explorar una oscuridad vacía que él lle-*

*na involuntariamente con figuras vivas*".<sup>3</sup> De aquí su interés por la astrología, la mitología, el tarot y el I Ching, por tratarse de constructos culturales que contienen formas arquetípicas desde tiempos inmemoriales.

Las aguas sanadoras de Epecuén mostraron su otra cara, su cara oculta, el poder para sacar a la luz aquello que estaba enterrado. La fuerza de la misma concentración salina que bendecía a la villa próspera hizo reventar las cañerías, que salieron a flote junto con todo lo que se escondía bajo la tierra. Así la muerte emergió del fondo, se dejó ver como desfiladero de féretros. "Los flotantes" debieron ser trasladados al pueblo más cercano. Escenario arquetípico de la batalla, de la lucha de los antagónicos, de las aguas de escorpio y su doble cara, la que puede dar vida y sanar, la que puede envenenar y matar.

Escorpio representa los ciclos de vida y muer-

te, de la transferencia de la energía a través de la destrucción de la forma anterior, y su posterior resurrección, cual ave fénix. Por su propia naturaleza, *"...es la energía misma que abre las compuertas y rompe un dique, que para la consciencia identificada, no debería haberse abierto jamás. Inundada por todo aquello que querría haber dejado atrás –muerte, pulsión, deseo, dolor, pérdida, transformación–..."*.<sup>4</sup>

Epecuén como paisaje onírico sembra una metáfora del inconsciente. Detrás de los sueños, decía el maestro Jung, se esconde la *"noche cósmica que era el alma mucho antes de la aparición de la consciencia"*. En la profundidad de la psiquis encuentra la *psiqué*, esta vez con relación al alma, quizás como relictos de otras vidas, de cuando el mar era desierto, cuando la montaña era llanura. De cuando el agua no era agua.

3 Jung, C. G. (201). *Psicología y Alquimia. op. cit.*

4 Carutti, E. (2005). *Ascendentes en Astrología*. Buenos Aires: Editorial Kier, p. 229.

# Hashtag140 y ké + da

## ¿Será el habla vestigio de sí mismo?

*Véronique Celton*

¿Sabía que el wagiman es una lengua aborígen australiana aislada y casi extinta, actualmente (a fines de 2020) hablada por menos de 10 personas en la localidad de Pine Creek y alrededores, en la región de Katherine (territorio del norte)? En cambio, el inglés es el idioma más hablado en el mundo, tanto en cantidad de hablantes (1.268 millones) como en extensión geográfica.

Considerando que la diversidad —en términos generales— es el tesoro más deslumbrante puesto a disposición de la humanidad, hasta en los aspectos más impensados de la vida en

nuestro planeta, ¿no tenemos aquí una paradoja cuando menos inquietante?

El propósito de estas humildes reflexiones es simplemente llamar la atención acerca de una guerra silenciosa deliberadamente puesta en marcha contra nuestra maravillosa capacidad comunicativa.

Se habla aquí de la lengua, no del lenguaje, de la lengua y la palabra, es decir, del uso del sistema de la lengua: sus elementos significativos en sus combinaciones y articulaciones; y de la lengua viva.

No se pretende manejar y menos aún imponer conceptos lingüísticos teóricos y complejos que no nos incumben, sino que, desde una práctica

Créditos fotográficos: ©Véronique Celton.

profesional extensa y variada, que involucra la gestión de textos de todos tipos en torno de una multitud de temáticas, acompañada de una observación sostenida de los contenidos volcados en los medios de comunicación, creemos asistir a un empobrecimiento significativo y acelerado de las formas humanas de expresión –tanto orales como escritas–, el cual es especialmente llamativo en el ámbito académico por ser este el lugar por excelencia de la creación y la transmisión del conocimiento. Cuando es posible, por dar un ejemplo muy sencillo, utilizar el verbo realizar seis veces en una única oración –claro que una oración interminable, que se marea a sí misma en sus propios meandros–, el/la lector/a atento/a está con derecho a preguntarse si el/la autor/a realmente está interesado/a en compartir la riqueza de su saber pues la debilidad de la construcción argumentativa queda manifiesta.

Atribuimos este sugestivo estado de cosas a tres principales factores que nos afectan a to-

des en más o menos igual grado: las fallas del sistema educativo; la homogeneización globalizada de las formas y los estilos de ser y estar en la vida y el mundo; y una actitud bien compartida que oscila entre el conformismo, la pereza, la economía (los mensajes con buena redacción pueden salir muy caros), la inercia y el escaso compromiso por resistir la inmediatez y la rapidez imperantes que expresan nula tolerancia al detenimiento y la dedicación. Todo lo cual termina trabando e hipotecando el imprescindible proceso de asimilación de los conocimientos e informaciones absorbidos que se deriva de la reflexión. Del tiempo de la reflexión.

Algunos datos, presentados en orden decreciente, son reveladores: en Word, una sola cara de una hoja estándar permite el uso de unos 3.000 caracteres, aproximadamente; en Instagram, se puede usar de 30 a 2.200 caracteres (incluye el nombre de usuario, el pie de una



foto, por ejemplo); en WhatsApp, 700 caracteres; y Twitter es famoso por limitar la cantidad de caracteres de un tuit a 140 (aunque esta se amplió a 280 en 2017).

Está de más decir que caracteres no son palabras.

Coincidimos en que las redes constituyen una forma interesante y dinámica de comunicarse, e incluso en que pueden ser útiles. También, en que una lengua debe quedar viva, desde el concepto de que ella “vive” si se adapta a las nuevas realidades y se enriquece de ellas –por ejemplo, contemplando la perspectiva de género a través de la incorporación del lenguaje inclusivo–. Pero la tendencia está en olvidarse de que se trata de sumar, no de restar.

Hay muchos tipos de vehículos para todas las formas de expresión, que en principio no tienen por qué no encontrarse. El problema surge cuando se confunden y asimilan, y una tesis se transforma en una sucesión de telegramas –exagerando apenas un poco–.

Internet, los medios masivos de comunicación y las redes sociales constituyen un arma de doble filo, una herramienta encubierta de dominación, de sometimiento:<sup>1</sup> al mismo tiempo que favorecen la pronta difusión de la información y el acceso al conocimiento, paradójicamente aceleran la uniformización de las ideas y la naturalización de la expansión de la intolerancia bajo el falaz pretexto de la libertad de expresión, haciendo además un uso reduccionista y minimalista de los recursos lingüísticos de los que disponemos. Ello termina reduciendo en una disminuida capacidad para acotar, organizar y articular argumentos y para fundamentarlos.

Nos encontramos entonces expuestas a la intemperie del contrasentido, del sinsentido e incluso de la ignorancia, mucho más que a los soplos benéficos de una creatividad juguetona

y gozosa. Proliferan florilegios de apócope, onomatopeyas, elipsis, abreviaciones, asín-deton, todas figuras retóricas desviadas de su función primaria, sin hablar de los anglicismos, que invaden todos los idiomas, no solamente el castellano que nos toca practicar.

Entonces, el uso adecuado, preciso, minucioso si se quiere, del habla y de la lengua resulta anacrónico, cuando no arcaico, y llega a aburrir. Si se pierden los oficios artesanales y la sabiduría que de ellos se desprende, ¿para qué guardar memoria de su bello léxico? Incluso colocar un punto al final de una oración queda superfluo y hasta ridículo. ¿Qué más da si se sobreentiende? Buscar combinaciones sonoras armoniosas es una pérdida de tiempo, si nadie las va a oír...

Cuando expresarse correctamente cuesta demasiado dinero y/o tiempo, ¿qué lugar les

1 Una contundente nota de Sandra Russo al respecto nos vino como anillo al dedo durante el desarrollo de estas reflexiones. Véase Russo, Sandra, "Disparen contra el lenguaje", *Página 12*, 04/06/2021. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/346162-disparen-contra-el-lenguaje>.

queda a la fantasía y a la belleza? Compartamos este hermoso poema:

Dadles de nuevo lo que ya no está presente en ellos.  
Volverán a ver cómo el grano de la cosecha se encierra  
en la espiga y se agita sobre la hierba.  
Enseñadles, de la caída al vuelo, los doce meses de su  
rostro,  
Amarán el vacío de su corazón hasta el deseo siguiente;  
Porque nada naufraga o se complace en las cenizas;  
Y quien sabe ver cómo la tierra alcanza su fruto  
No se conmueve ante el fracaso aunque todo lo haya  
perdido.<sup>2</sup>

¿Existe más sensible oda al tiempo, que todo lo  
ordena (justamente)?

2 Char, René (1986 [1964]). “Dadles de nuevo...”, en *Común presencia*. Madrid: Alianza, edición bilingüe (trad. : Alicia Bleiberg). En francés: “Redonnez-leur...”. Redonnez-leur ce qui n’est plus présent en eux, / Ils reverront le grain de la moisson s’enfermer dans l’épi et s’agiter sur l’herbe. / Apprenez-leur, de la chute à l’essor, les douze mois de leur visage, / Ils chériront le vide de leur cœur jusqu’au désir suivant ; / Car rien ne fait naufrage ou ne se plaît aux cendres ; / Et qui sait voir la terre aboutir à des fruits, / Point ne l’émeut l’échec quoiqu’il ait tout perdu.

En René Char, el sabio y tan escrupuloso manejo de la riqueza léxica brindada por los oficios artesanales en vía de desaparición, los esplendores aparentemente inalcanzables de la naturaleza y el vuelo azaroso del pensamiento y de las emociones se vuelve numinoso. Pero él también aplicaba el mismo inmenso talento en su adhesión (temporaria) al surrealismo, en su participación en la Resistencia francesa al nazismo, en su férrea crítica al colonialismo y en su defensa de la dignidad humana y la libertad, entendida esta en la primera acepción ofrecida por la Real Academia, que por cierto no es la que actualmente se reivindica.<sup>3</sup>

Sin palabras, no hay memoria. Sin memoria, no hay historia. Verdad de Perogrullo.

Si no usamos las palabras que la lengua pone a nuestra disposición, las olvidamos. Si las olvi-

3 “1. f. Facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos”. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, actualización 2020, <https://dle.rae.es/libertad?m=form>.

damos, no las usamos más, se cierra el círculo. Y la pobreza léxica lleva al empobrecimiento del pensamiento. Cuando no se piensa, tampoco se elige en conciencia. No poder elegir, es perder la libertad.

Entre las 7.000 lenguas que aún existen, se estima que la mitad de ellas se extinguirá antes de final del siglo XXI. Un grupo de lingüistas, etnólogos e ingenieros se esfuerza por proteger estas lenguas a través de diversos proyectos, siendo el más conocido el llamado Nueva piedra de Rosetta. Y nosotres, ¿qué hacemos para cuidar nuestro habla cotidiano antes de que sea vestigio de sí mismo?



## Lo que sobrevive: esa presencia insistente en el cine de Werner Herzog

Ana Aymá  
Special thanks to Bil  
Zelman

*“Me gusta dirigir paisajes,  
tanto como me gusta dirigir actores  
y animales.”*  
Werner Herzog<sup>1</sup>

En 2018, el cineasta alemán Werner Herzog estrenó una película en parte centrada en los restos de un milodonte, una especie de perezoso gigante que vivió hace 10.000 años en la Patagonia. Digo en parte, porque en realidad el eje del documental, titulado *Nómade*, está puesto en la vida y obra de su amigo personal Bruce Chatwin, el explorador inglés que escribió

*In Patagonia*. Resulta que Chatwin viajó a estas tierras a fines de los 70, intentando reconstruir la historia de unos pedacitos de cuero rojizo cubiertos de pelos que lo fascinaron, que habían llegado casualmente a sus manos y que pertenecían a ese extraño fósil.

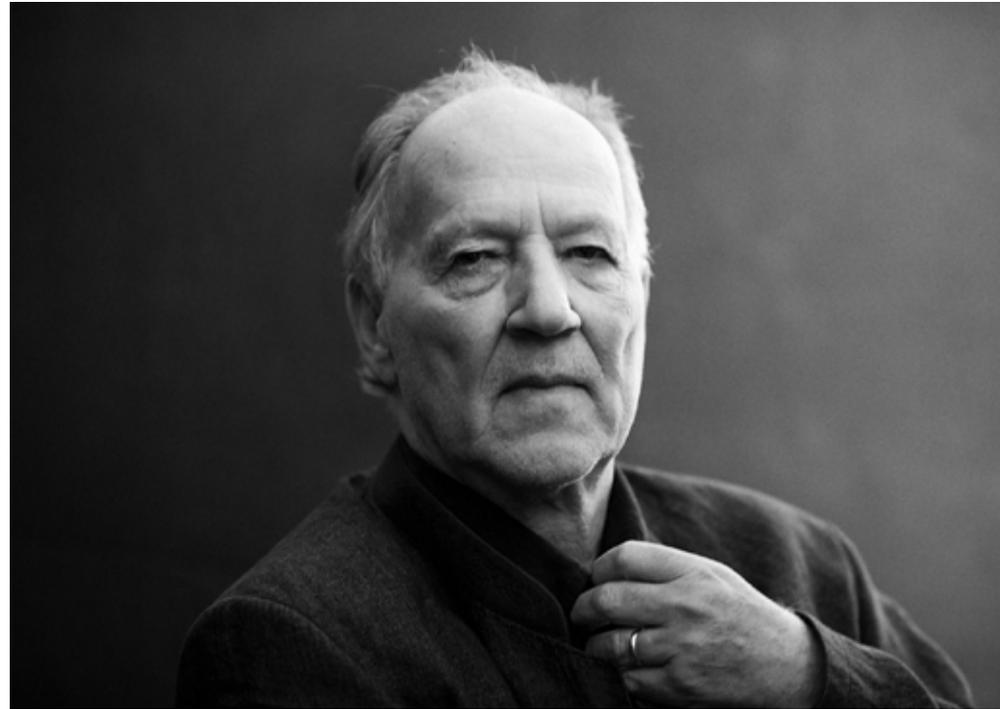
Un poco antes, en 2010, pudimos ver la vida de cazadores y tramperos siberianos retratados en el documental *Happy People: un año en la Taiga*. Una comunidad de sobrevivientes en un mundo helado. El aislamiento y la dureza del entorno se condicen con la conservación de tradiciones intactas a lo largo de los siglos, que

<sup>1</sup> Herzog, W. (2014). *Herzog por Herzog*. Entrevistas y edición de Paul Cronin. Buenos Aires: El cuenco de plata.  
Retrato de W. Herzog: © Bil Zelman, with kind permission for this *Antesis*'s issue / Con amable autorización para este número de *Antesis*.

caracteriza a los habitantes de este pueblo llamado Bakhtia, al que solo se puede acceder en bote o helicóptero.

Y ese mismo año, en *La Cueva de los sueños olvidados*, Herzog nos condujo a las profundidades, a indagar a fondo las pinturas rupestres de la cueva Chauvet, en Francia: las imágenes producidas por seres humanos más antiguas que se conocen hasta ahora. Tigres, jabalíes, caballos, un búho que nos mira. Y las huellas de un niño, o una impresión de olas de agua en la roca. Todo está allí, petrificado, pero el realizador nos muestra que es capaz de recuperar una ilusión de movimiento con un simple juego de luces y sombras.

Tres años antes, Herzog había puesto su cámara en la Antártida, en la Estación McMurdo en la isla de Ross, y desde ese punto fue adentrándose en el desierto blanco, hasta llegar a los confines polares prácticamente inexplorados donde ocurren inimaginables formas de vida. Esta obra se llamó *Encuentros del fin del mundo*,



pero podría pensarse que, paradójicamente, hay en su relato más descubrimientos sobre el origen que sobre el fin.

A mediados de los 80, en la película *Donde sueñan las verdes hormigas*, Herzog nos había



arrojado a otra aridez, la del desierto australiano, para narrar un drama. Una empresa minera intenta quitarles a los aborígenes locales una parte sagrada de su territorio para extraer uranio, y ellos lo tratan de conservar, porque de ello depende su mundo todo. En ese preciso lugar en el que sueñan las hormigas es donde se origina la creación de la existencia, y si las hormigas dejaran de soñar, la humanidad se desvanecería.

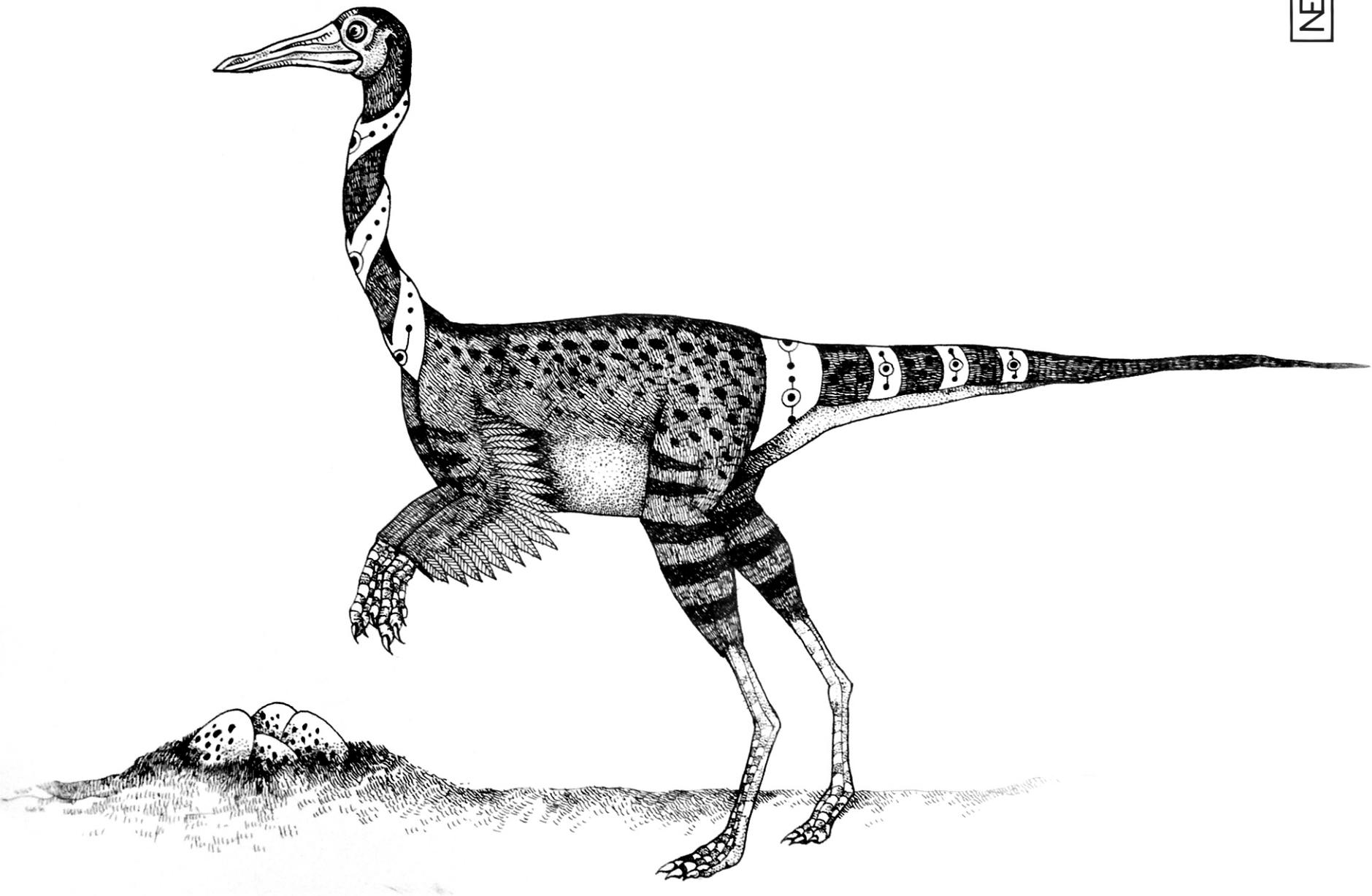
Tal vez el caso más conmovedor sea la historia contada en el cortometraje *La Soufrière: esperando un desastre inevitable*, en 1977. Se trata del retrato de un habitante de la isla de Guadalupe, en las Antillas, que se niega a abandonar la isla cuando esta ha sido enteramente evacuada, unas 76.000 personas se refugian en las proximidades, frente a la inminente erupción de un volcán. El hombre es un campesino que se queda a esperar la catástrofe. A poco de empezar a filmar, Herzog se encuentra con que otros dos se han sumado a esa extrema

decisión. Tres hombres entregados, que saben que quedarse significa dejar de existir. Sin embargo, cuando todo parece indicar que solo quedarán las ruinas de lo que fue, la actividad del volcán se detiene, y la catástrofe no sucede.

Y podríamos seguir así, recorriendo su vasta filmografía como realizador (entre largometrajes, cortos y documentales se pueden contar más de cincuenta obras) y encontrando en todos los casos algún paso más en la misma dirección: el interés por lo que permanece, en el devenir de la vida en este planeta.

El resto, el fósil, el remanente. La huella, la marca, la superficie testigo. La vieja práctica heredada, el saber anterior, la ensoñación que se transmite.

Hacia allí nos lleva, obra tras obra, la mirada de Herzog. A observar detenidamente lo congelado, lo intacto, lo pétreo, que está habitado. A indagar eso que queda y que ha quedado, y a encontrarnos con lo relicto, lo que resiste y lo que insiste.



# información



## Sigue *Antesis* segunda época!

Estimadas lectoras y estimados lectores, este número de nuestra revista es el producto de un año de trabajo. De nuestra parte ponemos gran esfuerzo y cariño para lograr un trabajo cuidado, de alta calidad. El formato y el diseño de *Antesis* están pensados para eventualmente imprimirla en papel. Por ahora, solo podemos ofrecerles el formato digital en PDF.

Ya tenemos activas la nueva página web y las cuentas de Facebook e Instagram. Asimismo, conservamos todos los números en la plataforma Calameo, para valernos de la simulación de lectura de una revista papel. Sin más que agradecerles por seguirnos y apoyarnos, les dejamos los enlaces correspondientes para que tengan sus propias experiencias virtuales con *Antesis*.

 <https://antesis.com.ar/>

 <https://www.instagram.com/antesisrevista/>

 <https://www.facebook.com/Antesisrevista>

 <https://es.calameo.com/accounts/4331794>



“Pues los hombres solo pueden expresarse a través de formas dejadas por determinados materiales. Ello, por supuesto, también es válido para la lengua.

Pero si este modelo existe, [...], si, entonces, esta huella está, se ve mucho mejor de dónde procede y si la composición ya está, por así decirlo, óptima, [...] Solo aquello merece el nombre de cultura, ninguna otra cosa. Todo el resto no es cultura’. Estas son sus propias palabras [...] Un arte que no tuviese ese carácter de huella sería para él señal de degeneración.

Esta idea de huella está ligada a la convicción de que es necesario percibir lo esencial de lo que, en el presente, es una realidad; ya que si no percibimos esta realidad, estamos percibiendo algo que no es más la realidad.”

Werner Schade (1989). “Substances, poids et forces”. En *Joseph Beuys. Premières aquarelles*. Múnich : Schirmer/Mosel [Schade cita a Joseph Beuys, trad. propia, N. de R.]. Obra: Joseph Beuys, *Reina de las abejas*, 1958, bronce dorado, 14,4 x 9,6 cm)